

LA NACION

REVISTA SEMANAL

Año II

Buenos Aires, 11 de enero de 1931

N.º 85



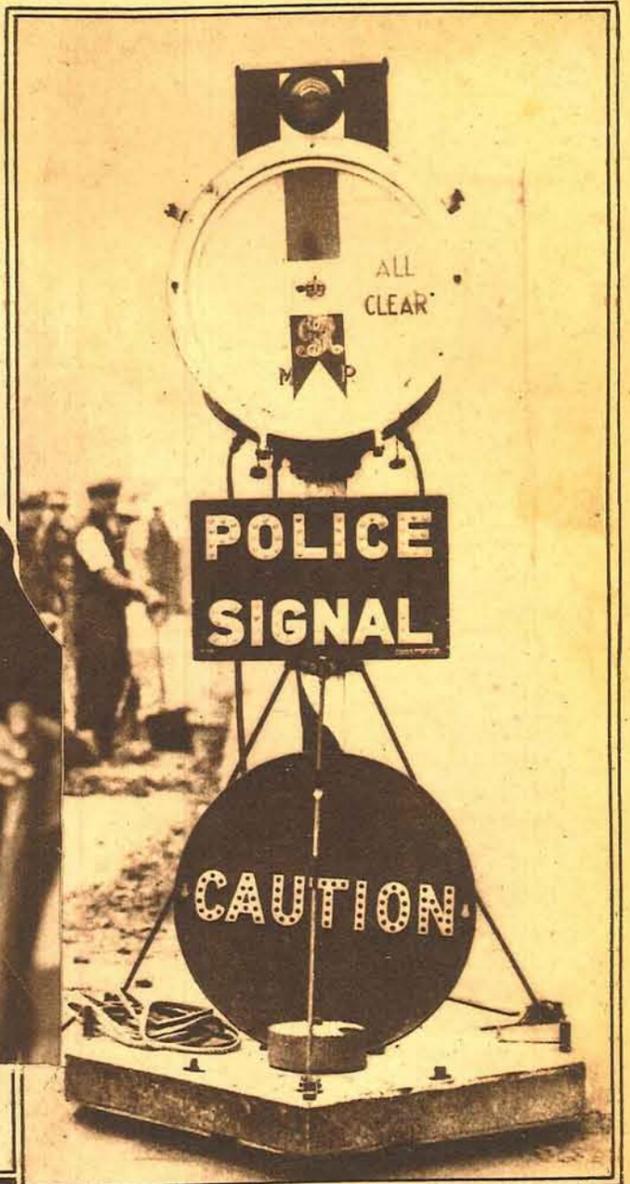
CONSTANCE
BENNETT



Niños de una escuela británica preparando la masa del famoso "pudding".



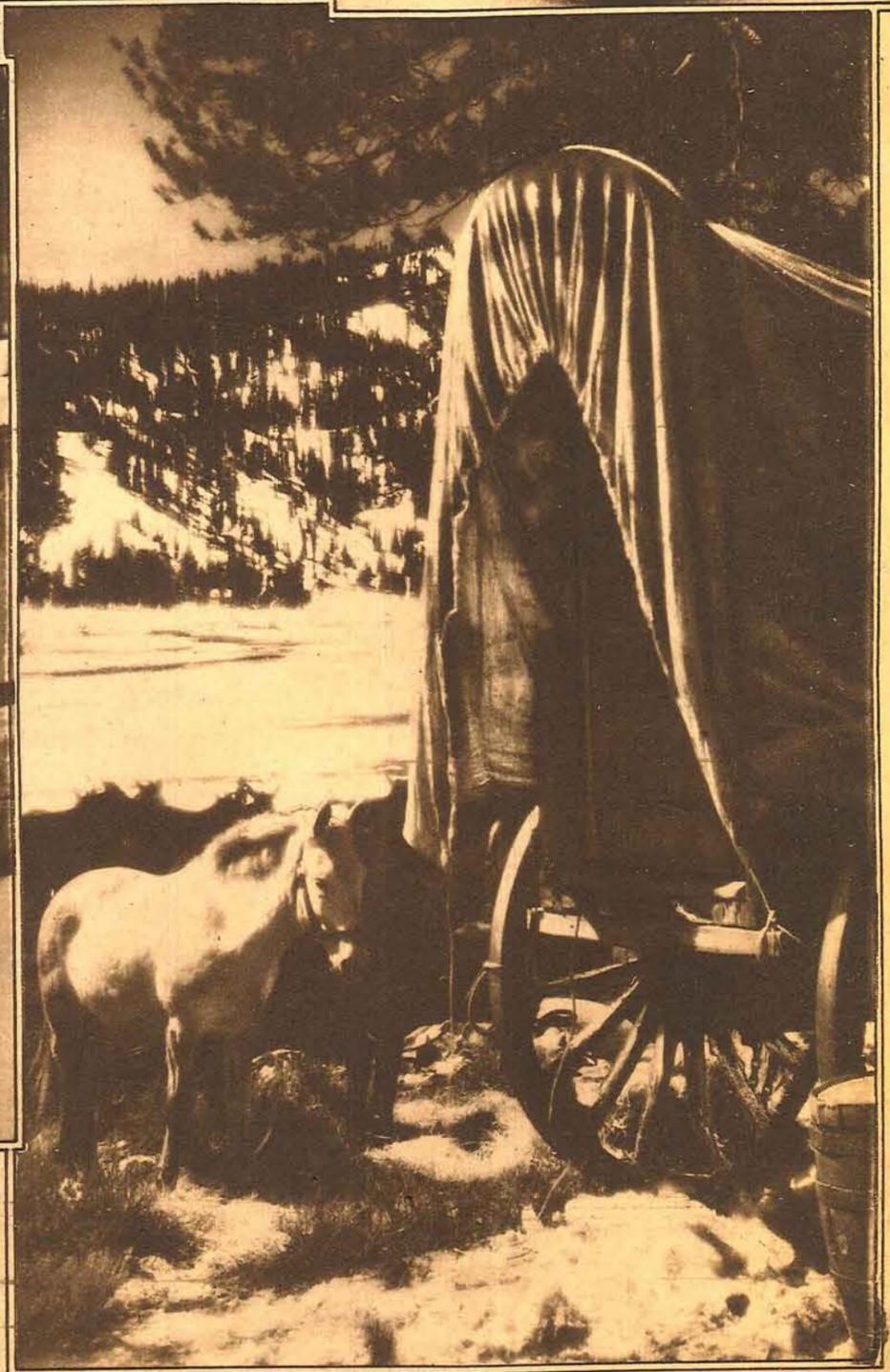
Un "vigilante automático" ha sido ensayado con éxito por la policía metropolitana de Surrey, Inglaterra. Este ejemplar se encuentra marcando la línea de separación de una calle en reparación.



Durante la "Semana del Pescado" visitaron París estas tres reinas de Bretaña, consagradas como tales en fiestas populares que alcanzan todos los años singular lucimiento.



Este carro de jarándula que parece una evocación benaventana, no es otra cosa que parte de la impedimenta de una compañía norteamericana de películas acampada en la región más alta de las sierras de California.

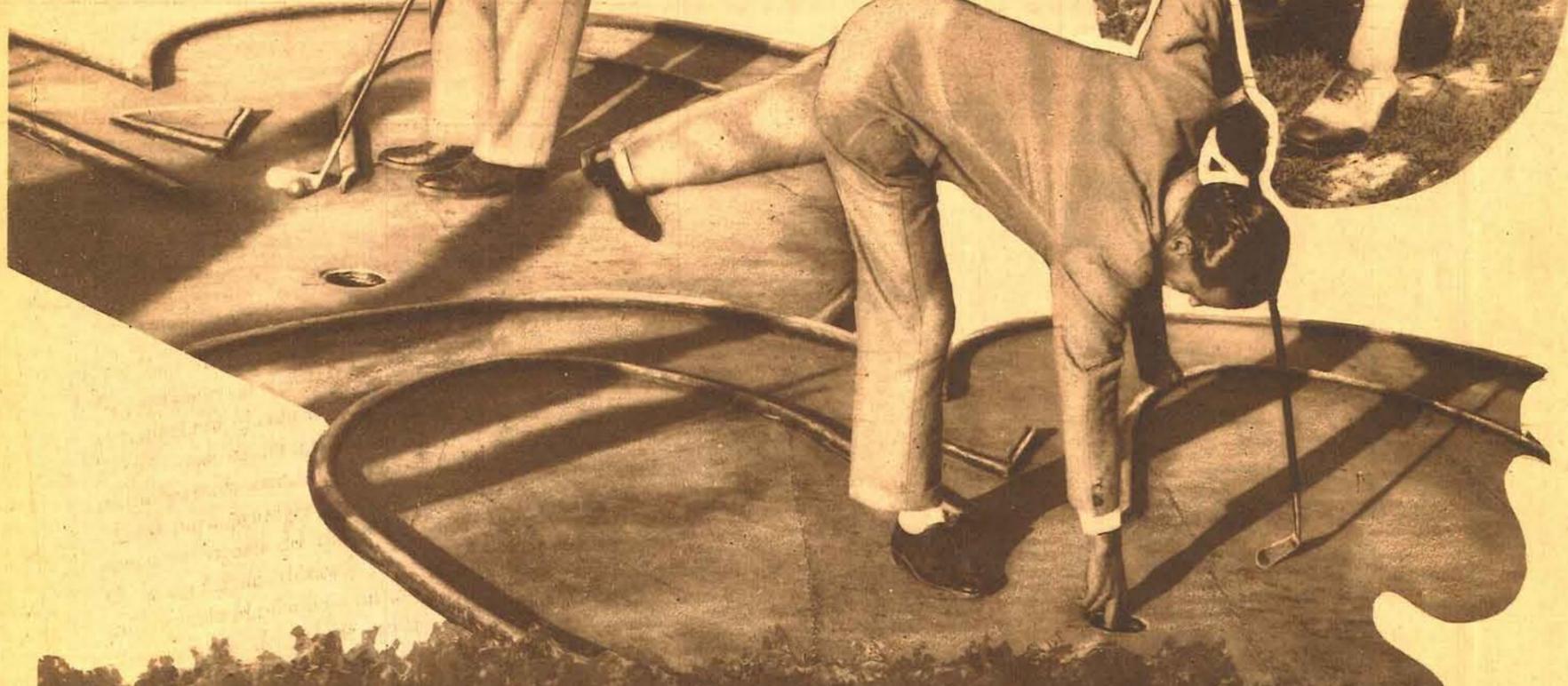


Golf miniatura v. Golf

José Jurado, la gran figura del golf argentino, sintetiza así sus impresiones respecto al "golf en miniatura":

Un pasatiempo, un entretenimiento, agradable, desde luego, muy adecuado para la época actual que obliga a estar el mayor tiempo posible al aire libre, huyendo del encierro en las salas de los teatros o de cinematógrafos, con la gran ventaja de distraer y alejar las preocupaciones, eso es, a mi juicio, el llamado "golf en miniatura".

José Jurado



Instrumentos nativos

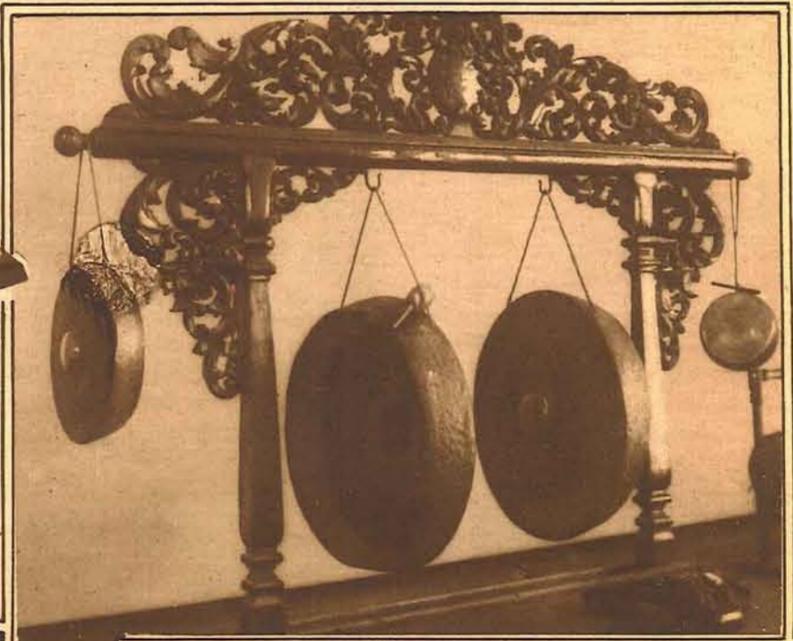
Puede afirmarse que el acordeón cuenta en Rusia con gran cantidad de partidarios y que es tan característico del pueblo ruso como la "balalaika".



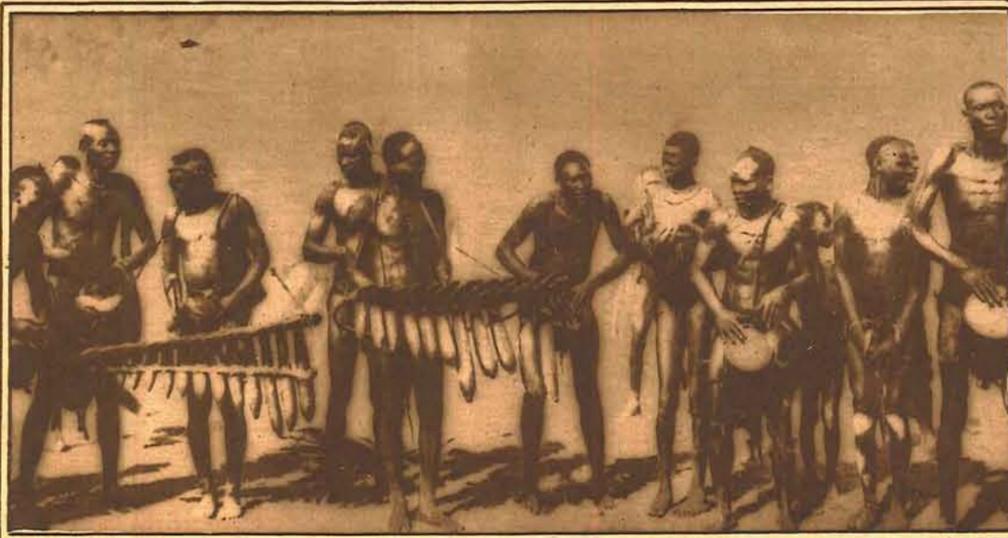
Hay pocos instrumentos tan originales y de sonido tan atrayente como esta especie de guitarra, instrumento nacional del Japón.



Discos de metal de diversos tamaños, parecidos a los "gongs" chinos comparten con los timbales y el "tom-tom" la preferencia de los nativos de la isla de Java.



Gigantescas, de un ronco sonido que produce un efecto peculiar, son estas cornetas, ampliamente populares en el Tibet.



En el Africa, juntamente con los tambores, las tribus ejecutan sus danzas al compás del curioso instrumento que muestra la fotografía y que guarda una gran analogía con el xilofón.



En Checoslovaquia anima las fiestas regionales esto que a primera vista parece una enorme pipa, pero que en realidad es lo que se conoce por "gaita" como instrumento español y escocés.



Un nuevo record teatral establecido recientemente Maurice Chevalier al preparar una revista en 24 horas con motivo de su "debut" en el Dominion Theatre. El popular artista recurrió a dos cuerpos de baile y tras severos ensayos logró triunfar en forma amplia.

La más hermosa pescadora de ostras del Japón es esta joven llamada Mary Ann Mc Carthy, apellido irlandés adoptado por ella tras haberlo leído en un periódico de Tokio.



Entre las originalidades a que se presta la temporada de sports de invierno, se cuenta hoy la de realizar carreras de patinaje con obstáculos como el que muestra la fotografía: el corredor tiene que pasar por un tonel.



Los Rayos Solares

Los efectos que causan los rayos solares, son sin duda la única preocupación de quienes se esmeran en cuidar la belleza de su cutis durante el verano.

Anule esos efectos aplicándose diariamente la Crema de Almendras GLENZ.

CREMA GLENZ



¿No Conoce Usted

"GETS-IT,"

El Maravilloso Callicida?

APLIQUESE unas cuantas gotas al callo irritado. A los dos o tres días se desprende fácilmente y sin dolor. "GETS-IT", el callicida universal, nunca ha fallado.

"GETS-IT"

Chicago, E. U. A.





Veraneo popular

La temporada estival lleva a los balnearios y piletas grandes contingentes de bañistas, y Tigre, San Fernando, Quilmes, Olivos y Vicente López, ofrecen los domingos y festivos, el espectáculo del Buenos Aires popular, en su franca lucha con el calor.

*Cabello largo
& melena!*

Opiniones de ROSITA MORENO, actriz de las películas parlantes en español, exclusivas para LA NACIÓN.



Divídase el cabello por la mitad y fórmese dos amplias ondas a cada lado. Si el cabello es largo, fórmese dos trenzas, si es corto, puede asegurarse detrás de cada oreja.



Fórmese un rodete con las trenzas debajo del lóbulo de las orejas. Puede dejarse algunos zarcillos de pelo sobre la oreja para que atenué la línea del peinado.

Este peinado completo, da la apariencia de una masa de cabello suave y complicada. Se reúne el cabello en la parte posterior de la cabeza. Los rulos pueden extenderse por debajo de la oreja de manera que puedan ser vistos parcialmente desde el frente.



El cabello se pega en el centro como se describe más abajo, y las dos trenzas se colocan detrás de cada oreja. Las trenzas se disponen directamente hacia la frente.

La verdad del viejo dicho de que "la cabellera de una mujer es el complemento mejor de su belleza", ha logrado pocas veces confirmación más elocuente que la que hoy le presta la tendencia de la moda a volver a las trenzas largas. La mujer moderna llevaba ya demasiado tiempo perjudicando su apariencia, al tener que aceptar la limitación estricta de peinado que le imponía el cabello corto. El restablecimiento de la moda del cabello largo le permitirá, en cambio, obtener beneficio del empleo de cien "coiffures" distintas, imposibles hasta ahora con la melena ondulada. Y quisiera yo dar a usted, señora, un pequeño consejo a este respecto. No copie usted el peinado de otra dama sencillamente porque a ella "le sienta bien". Hay muchas probabilidades de que a usted no le ocurra lo mismo. Ensaye usted diferentes estilos, hasta que dé por fin con el que mejor le vaya.

Rosita Moreno

Las trenzas se insinúan hacia adelante, sobre la oreja derecha y se sujetan sobre la oreja izquierda. Esto produce un efecto llamativo. Las trenzas deben ser largas para poder rodear la cabeza.

Kodak
Europeo

DE NUESTRA AGENCIA
EN PARIS

UNA ALTA PERSONALIDAD.—*Lu* llegada a Londres del gigante americano Jack Erlich—el hombre más alto del mundo,— en un reservado de ferrocarril, recuerda la reciente llegada al Jardín de Plantas de París, de una jirafa que precisó una jaula ad-hoc. Jack Erlich hará las delicias del respetable en un circo; seguramente será un número de altura.

Si sus biceps logran el desarrollo apetecido, algún empresario lo elevará ¡es un decir! a la categoría de púgil. No olvidemos que Primo Carnera fué descubierto en una barraca de feria, en Arcachon. Y con el tiempo, el boxeo podrá contar así, midiéndose por la largura y no por el peso, con la "categoría de gigantes"...



A REY MUERTO, REY PUESTO.—*El* nuevo ministerio francés se presentó a las Cámaras el día 18 de diciembre. He aquí a su presidente M. Steeg leyendo la declaración ministerial que los señores diputados escuchan con gran interés, o demasiado interesadamente acaso. A la declaración ministerial siguió la declaración de guerra. Rumores, barullo, campanillazos, suspensión momentánea de la sesión... ¿Pero no es esto el parlamentarismo? Otra batalla más... ¡y a ver qué pasa!



EL AÑO NUEVO EN EL VIEJO MUNDO.—*El* Christmas en Londres no se explicaría sin el pavo y sin el plum pudding... Y en torno a este espectáculo de la glotonería, surge la nota tierna y delicada—como en otra de las fotografías—del soldado con licencia que besa y abraza a los suyos con el ánimo decidido de pasar juntos una Nochebuena lo más alegre posible...



JOSEFINA BAKER, BIZCA Y CON FALDA LARGA.—*La* Federación Francesa e Internacional de danza, ha organizado el campeonato de 1931, de danzas modernas. Lo preside nada menos que André de Fouquières, árbitro de la elegancia. Y es presidenta Josefina Baker; ¡nada más...! Josefina también toma parte, pero "hors concurs". Y contorsiona los ojos, como contorsiona brazos y piernas... según esa "pose". El magnesio ha deslumbrado el salón... Impresionada la placa... ¡puede el baile continuar!

Las isletas de la pesquería desparramábanse bajo los sombríos cielos invernales, como pájaros acuáticos sobre la superficie del mar, rodeadas por hielos flotantes y por las olas grises del océano.

De las casitas salpicadas entre los peñascos subían volutas de humo, y de los angostos canales que separaban las isletas alzabase un rumor creciente, cuando, a la caída de la tarde, una barca tras otra regresaban de los bancos con su pesca. Descargábanla en las rocas o la depositaban en los muelles para venderla o bien coltejeaban en torno de los barcos mercantes anclados en la extensa rada. Más embarcaciones llegaban de alta mar, con las jarcias cargadas de nieve, bajo una bandada de gaviotas y aves marinas que luchaban con el viento y chillaban agriamente.

Cuando los recién venidos estaban lo bastante cerca para que fuese posible ver sus tripulaciones, los marineros parecían fanáticos seres sobrenaturales, pues la salpicadura de las olas y la nieve del aire se habían congelado en sus trajes de cuero, en sus cejas y barbas.

En la isleta más avanzada en el mar había una casita solitaria, como un guardián frente a las mareas del océano. Al anochecer, atracaba allí una barca y en seguida sus tripulantes empezaban a descargar la pesca del día. Su dueño era Andreas Skaret. Como la mayoría de los pescadores de la estación, era un modesto labriego de los fiordos interiores, que se ganaba la mitad de su vida pescando en los barcos durante el invierno, y, como sus cuatro hijos ya eran hombres, podía gobernar su propia barca, vivir en su casa propia de la estación y hasta, por lo común, seguir su propia ruta entre los bancos ocultos bajo el agua.

Una vez que depositaban el pescado en las peñas, los cinco hombres bajaban a pie de la barca a la playa, deteniéndose de vez en cuando a golpear los muslos con las manos para entrar en calor. Sus trajes de cuero, atiesados por el frío, crujían, al caminar los marineros. No podían pensar en meterse en la casa a comer, aunque no habían probado alimento desde la mañana. Antes debían cuidar del pescado, para que no se helase sin sacarle el hígado.

El viento les azotaba con aguanieve y agua de mar; pero los cinco pescadores le daban la espalda, manejando sus cuchillos y haciendo correr en abundancia la sangre de los peces. Cada uno llevaba una linterna de la que irradiaba un resplandor amarillento que bañaba las rocas resbaladizas. El mar seguía entonando su ronco cantar y a poca distancia alzaba sus lenguas de espuma que se desplomaban mugiendo en las tinieblas.

Nadie hablaba una palabra; pero a eso de medianoche, el viejo gritaba con fuerza bastante para ser oído en la tormenta:

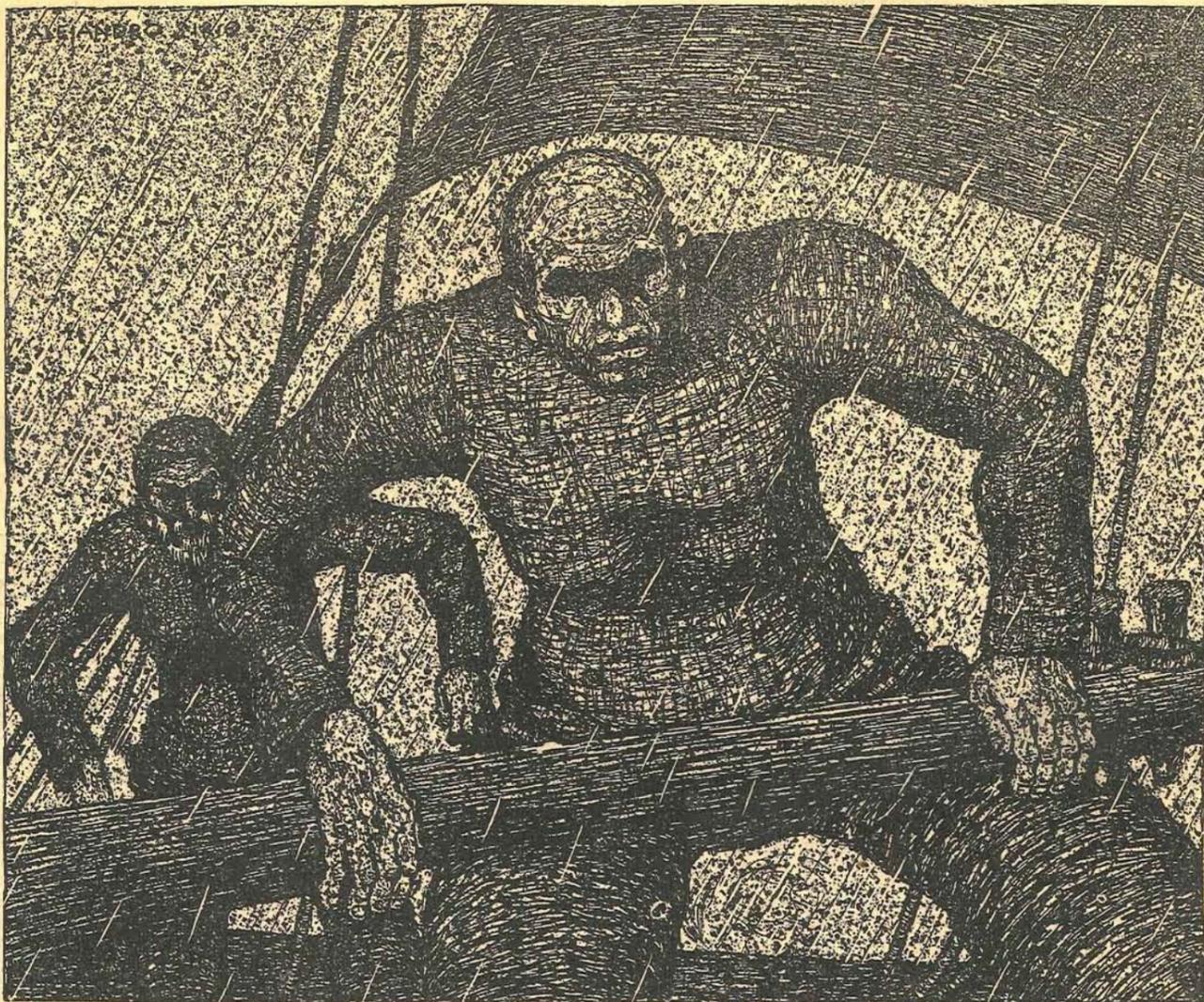
—Karl, vete a casa a prepararnos algo caliente.

Poco después envainaba su cuchillo ensangrentado y se encaminaba, paso a paso, a la chocita. Una vez dentro, permanecía de pie, extendiendo las manos frías sobre la estufa mientras se deshela la nieve que le envolvía las muñecas, de suerte que el pescado, la sangre y la viscosidad caían sobre las brasas, haciéndolas chirriar. También, a poco, su gran barba castaña empezaba a deshela, derritiéndose lentamente las innumerables estalactitas que la enmarañaban. Pasaba tiempo antes de que las botas marinas se ablandaran suficientemente para poder sacarlas de los pies. Las medias estaban heladas, y hasta que no se las cambiaba y se cal-

PESCADORES

por JUAN BOJER

ILUSTRACIONE/ DE ALEJANDRO /IRIO



zaba suecos de madera secos, no preguntaba el anciano a su hijo:

—¿Está pronta la sopa? Sería bueno comer algo caliente.

Con gesto de cansancio se daba una palmada en la rugosa frente, bostezando, y en seguida parecía desplomarse, sentado, con los codos sobre las rodillas, contemplando el fuego.

La puerta se abrió y los otros tres hijos entraron ruidosamente. El frío viento invernal entró con ellos por la puerta abierta, como blanca humareda, y sus trajes helados enfriaron la piqueta.

El menor virtió una cazuela llena de sopa humeante de pescado en una fuente de estaño colocada en la mesa, y le añadió patatas y pescado asado. Era tan estrecha la habitación y estaba tan llena de cajas y otros objetos, que tenían que andar con cuidado para ocupar sus asientos.

Por último, cuando se hubieron sentado en torno de la humosa lámpara de aceite de pescado, hallábanse demasiado cansados para hablar. Se limitaban a comer. Sólo un instante levantó del plato el padre los ojos castigados por la intemperie, para preguntar:

—¿Amarrasteis la barca como es debido? Puede que tengamos tormenta esta noche.

Los tres hermanos mayores siguieron comiendo un momento antes de mascar "hum", lo cual significaba "sí".

Cuarenta años de vida pescadora habían tornado el rostro del anciano, semejante a una corteza parda y rugosa. Sus hombros se encorvaban, pero él comía con deliberada tenacidad, que le hacía sudar copiosamente. Los dos hijos mayores eran de corta estatura y fornidos, como su padre; los dos menores, gigantes, bien plantados. Sus manos hinchadas brillaban de puro rojas cada vez que hundían las cucharas en la sopa, y como se las habían enjugado apenas en los pantalones, conservaban aún manchas de sangre y de viscosidad, sobre todo en las muñecas.

Terminada la cena, el hijo menor encendió las pipas y se fué a la cama, luego de colgar los trajes mojados. Eran las camas, tarimas de madera, clavadas en la pared, una sobre otra. Ya acos-

tados, pusiéronse los hijos a fumar, lanzando salivazos a todos lados. El padre permaneció a horcajadas sobre un cajón, de espaldas a la estufa, como si aun no se hubiese calentado bastante.

Al cabo, se acostó también. Apagaron la lámpara. La estufa seguía aún caliente y los vestidos empapados en agua de mar secábanse, exhalando un vapor salobre y de viscosidad de pescado; pero, pocas horas después, la turba se había consumido y el aire helado de la noche se colaba en la choza por las muchas rendijas de las paredes de madera. Los trajes, que hasta ese instante habían estado escurriendo agua, volvieron a atiesarse y se revistieron de blanca escarcha.

Los cuatro hermanos roncaban tranquilamente, muertos de cansancio y proseguían su faena hasta en sueños. Cabalgaban en olas de altas crestas, tiraban las redes, gritaban a voz en cuello y acaso, de rato en rato, vislumbraban la figura de una anciana que en una pequeña granja del fiord esperaba que la primavera le devolviera a su marido y a sus cuatro hijos.

A la mañana siguiente, cuando se disponían a embarcarse, el anciano permaneció sentado, vestido con el traje de mar, restregándose la espalda con la mano.

Dos de sus hijos estaban ya en la playa, al costado de la barca; el tercero se echó una red al hombro, al salir. El padre hizo ademán de levantarse, y se volvió a sentar.

—¿Está enfermo, padre? — le preguntó el hijo que aun estaba con él. El padre se dió una palmada en la frente.

—No he sentido calor en toda la noche. El hielo está dentro, me parece. Y siento una punzada aquí, en la espalda. —Tome unas gotas de éter; tal vez le hagan bien.

El anciano se levantó sólo para dejarse caer en un montón de trapos sobre un cajón.

—No, padre; mejor es que se quede hoy en tierra.

El hijo le ayudó a meterse en cama, abrigándole bien. Luego le administró éter; llenó de turba la estufa y se mar-

chó. A los pocos minutos, la barca se hacía a la mar.

Al atardecer regresaron los mozos con una buena pesca. Como de costumbre, su primera preocupación fué abrir el pescado para que no se helase con el hígado dentro. Como ahora había un hombre menos, pusieron más tiempo en la faena.

Cuando hubieron desembarcado los peces, el hijo menor corrió en seguida, con sus pesadas botas de mar, a ver cómo se sentía su padre.

El cuarto estaba helado. En el obscuro camastro, el anciano yacía arrebujado en su cobija de piel de cabra. Tenía la cabeza extrañamente encarnada; gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Padre, cómo se siente?

El anciano se dió vuelta. Sus ojos estaban enrojecidos. Movié débilmente la cabeza y se arrebujó en la frazada.

El mozo regresó a las rocas, donde trabajaban sus hermanos. El mayor le llamó para que los ayudase. Una hora después gritaba otra vez:

—¿No hay probabilidades de que padre nos dé una mano?

—No — respondió el otro, y no se habló una palabra más.

II

Era ya muy pasada la medianoche cuando permitieron al hermano menor que fuese a la choza a preparar la comida. Cuando ofreció la sopa caliente a su padre, el anciano la rehusó moviendo la cabeza. No quería tomar nada.

Los otros hermanos entraron haciendo gran ruido, mientras se desvestían entre cajones y cajas. El enfermo se retorció. El barullo le aumentaba el dolor de cabeza; pero no se le ocurría ni por un momento pedir a sus hijos que callasen.

Terminada la comida, el mayor preguntó:

—¿Está enfermo, padre?

Tras una pausa, la voz de éste respondió desde la cama: "Hum", lo cual significaba que se sentía muy mal, efectivamente.

Los cuatro hermanos menores cargaron sus pipas, llenando la pequeña habitación de humo nauseabundo. El padre tosió, pero no dijo nada.

Cuando estaban a punto de acostarse, murmuró, por fin:

—Dadme un poco de trementina. Este dolor de la espalda no quiere dejarme.

—Creo que no se convertirá en pulmonía — dijo el menor, quedamente. Los otros, que estaban sentados en sus camas, quitáronse las pipas de la boca y miraron al anciano con rostro serio.

Cuando el mayor hubo terminado de fumar, sacó una botella de su baúl y rebuscó en él hasta dar con un guante de lana que empapó en trementina.

—¿Dónde le duele? — preguntó.

El viejo suspiró y se movió un poco.

—Oh, cambia de sitio, pero prueba aquí — dijo, indicando su costado izquierdo.

Todavía estaba completamente vestido. El hijo menor le desabrochó el traje y puso el fomento de trementina en el ancho y velludo pecho de su padre. El enfermo se quejó.

—Me parece que no sería malo que tomara también un poco de trementina — observó el hijo menor.

—Sí, he oído decir que es bueno contra los dolores del pulmón — apuntó el tercer hijo, moviéndose en su cama y despidiendo más humo que nunca.

Sin aguardar la respuesta de su padre, el mayor llenó un vasito hasta la mitad, virtió unas gotas de trementina en el líquido y se inclinó con el vaso en la mano sobre la cama.

—Beba, padre.

El anciano apenas se daba cuenta de

lo que hacía. Volvió el rostro hacia arriba y dejó que el mozo le echara el contenido del vaso en la boca. Tragó mal unas cuantas gotas y estuvo tosiendo un buen rato.

En seguida todos se acostaron, mientras la tormenta sacudía la casita, el mar rugía y la ventanilla íbase blanqueando con cristales de hielo.

A la mañana siguiente, cuando el menor de los hijos se acercó al lecho de su padre con una taza de café, creyó un instante que el padre estaba ya curado, porque hablaba y se reía solo; pero, a los pocos minutos, se inclinó a hablar a su hermano mayor.

—Levántate, Isak — dijo, en voz baja —. Padre está mal. Tengo miedo.

Aquel día no salieron al mar; quedaron, sentados cada cual en su baúl, fumando, sin hablar casi. Comprendían que su padre estaba gravemente enfermo y no se les ocurría nada para curarlo. De rato en rato uno se levantaba a mirar por la ventana. Las barcas pesqueras regresaban. Tal vez alguna venía colmada de pesca. Para no perder todo el tiempo, empezaron a remendar redes que trajeron a la choza del corbetizo de la playa. Entrado ya el día, el enfermo tuvo una pequeña hemorragia. Después de esto, no se habló nada. Las agujas remendadoras iban y venían en silencio ininterrumpido.

Hacia el anochecer el segundo hijo dijo rudamente:

—Quizá debamos ir en la barca a buscar al doctor.

Había que navegar veinte millas hasta la tierra firme, donde vivía el médico más cercano.

Media hora después el hermano mayor ensartó una nueva aguja y dijo:

—Si se trata de una pulmonía, tendrá que quedarse en cama varias semanas.

—Hum — dijeron los otros, mirando arriba por un instante.

—Y alguno tendrá que velarlo día y noche.

—Hum.

—Pero la pesca con tres hombres es imposible y no resulta fácil conseguir un hombre a jornal.

—Hum — murmuraron los demás, asintiendo.

Al cabo, el mayor se levantó para mirar por la ventana.

—Tal vez lo mejor sería embarcar a padre y llevarlo a casa a que lo cuide madre.

—Hum... sí.

Clavaron la vista en el espacio durante un instante.

—Y luego tal vez encontremos un jornalero, y podamos volver a terminar la estación.

—Hum.

Al anochecer el anciano empeoró y a la mañana siguiente los hijos llevaron a efecto su resolución, a despecho del tiempo incierto. La ventisca agitaba la ropa de cama mientras conducían el enfermo a la barca. En ésta no había camarote y tuvieron que improvisar una litera en las escotas de popa, al aire libre. Primeramente pusieron paja en el suelo, en seguida una manta de piel de cabra y una almohada en la popa. En el cuarto pensaron un momento en clavar tablas para hacer una camilla; pero el tercero de los hijos dijo con tono jactancioso:

—¡Oh! creo que yo me las arreglaré.

Vistieron a su padre con su mejor traje marino, pero no le calzaron las botas de mar, porque estaba incapacitado para ayudarlos en la menor faena marina. Como que apenas se daba cuenta de lo que hacían con él, y balbuceaba incesantemente como un ebrio.

III

Por último, el tardo y pequeño cortejo bajó por el sendero abierto en las rocas, en dirección a la barca. Primero venía el hermano mayor con un cajón de provisiones, luego el tercero, avanzando despacio sobre las peñas resbaladizas, cargando a su padre en brazos como a un niño. Los dos hermanos venían después, llevando cada cual una cesta de pescado fresco para su madre.

La barca estaba con la proa hacia tierra, pero anclada a cierta profundidad, de modo que el tercer hijo hubo de dejar a su padre sobre las rocas, para levantarse las botas todo lo arriba posible. Hecho esto, volvió a cargar al anciano, vadeó el trecho de agua, cuidando de seguir el buen camino a fin de no dar un paso en falso. Por último, el enfermo pudo reposar en su hamaca.

Cubriéronle hasta los ojos con mantas de piel de cabra y la cabeza con un gorro grande de pieles, de suerte que no se le pudiese ver. Sin embargo, al salir de la sonda una salpicadura de agua salada cayó sobre el gorro, congelándose inmediatamente.

El anciano seguía parlotando. Ima-

ginábase encontrarse en su casa y rezongaba a su mujer porque la comida no estaba pronta.

Izaron la gran vela redonda, que el viento hinchó y la barca se hizo a la mar, rumbo al continente. El hermano mayor manejaba el timón; el menor, cuidaba de las maromas, y, junto al mástil, los otros dos vigilaban la amura, porque el viento Este soplabla de través.

El gris océano desplegábase en oleadas largas y pesadas; el viento cantaba en el velamen y las jarcias. Era a mediados de febrero; un cielo azul, limpio y helado, extendiase sobre el mar infinito. Pronto la estación pesquera no fué en el horizonte más que una hilera de puntos borrosos.

Desde el instante en que el hermano mayor empuñó la barra del timón, nadie pensó, con el tiempo que hacía, en averiguar el estado del padre. El capitán de una barca tiene que ocuparse en la navegación, cuidar de todos los pequeños incidentes de la embarcación y ver que todos los hombres de a bordo cumplan su cometido, y, a la vez, tiene que atisbar cada ola, grande o chica, que se viene, apreciar su ímpetu, su dirección y su efecto contra el barco. Isak era famoso por haber heredado de su padre la aptitud de gobernar bien, pero ahora su tarea se hacía doble. Tenía que hacer marchar la barca todo lo aprisa posible y al mismo tiempo evitar embarcar demasiado agua, a fin de no mojar al padre. Además, un capitán sin brújula tiene que estar constantemente obediendo a su instinto secreto, que le dicta el rumbo a seguir.

El viento arreció, y las olas monstruosas y encrestadas de blanco llegaron amontonadas del Este, rugiendo y espumajeando; pero en el instante mismo en que cada una iba a romperse sobre el barquichuelo, éste le apuntaba su proa oblicuamente hacia arriba y seguía corriendo; luego corría un trecho sobre la cresta espumante antes de volver a hundir la proa en la profunda sima que se abría entre la ola escalada y la siguiente, para encaramarse de nuevo sobre ésta, en seguida. Era una partida empeñada entre el mar y el timonel, en la que éste tenía que burlar a cada ola que amenazaba con tragarse a la barca. En estos trances, el barquito llega a formar un todo con el cuerpo y el alma de su capitán o timonel y se convierte en un raro instrumento que manejan sus diestras manos. Cuando era imposible dejar de embarcar algo de agua, Isak la embarcaba audazmente y el menor de los hermanos hacía prodigios para achicarla. Los dos hombres a proa estaban ya tan cubiertos de salpicaduras congeladas que parecían monstruos marinos árticos.

A lo lejos, hacia el Oeste, apenas vislumbraban unos arrecifes que hacían escupir espuma al mar hacia el cielo. Hacia el Este, una faja amarilla de nubes hinchadas de viento pesaban sobre el horizonte, espejando su luz de tal modo que algunas olas crecían doradas y otras obscurísimas; pero en su mayoría eran grises, con crestas de espuma.

El rostro del hermano mayor permanecía absolutamente impasible, mientras él se mantenía en su puesto, manejando el timón de un lado a otro, capeando al viento sudoeste. El rugido del mar y el débil gemido del aparejo ahogaban todos los demás ruidos. Un par de gaviotas solitarias acompañaba a la barca, describiendo círculos sobre ella y chillando desesperadamente. La barca seguía su marcha hacia el continente, con su preciosa carga.

Las nubes se espesaron en el Este; el viento arreció. A poco el capitán tuvo que mandar: "Tomen un rizo". "Tomen un rizo", gritó el hermano menor, tirando su achicador. "Tomen un rizo", oyeron gritar a la bodega de proa, y al punto los dos hermanos se arrojaron sobre la vela para bajarla, en tanto que el menor soltaba la driza.

Siguieron adelante con poco trapo. A eso del mediodía el cielo estaba comple-

tamente anubarrado y la nieve empezó a azotar antes de la tormenta. Por último, la nevasca les cercó de modo que apenas podían divisar a dos largos de la barca, en cualquier dirección. La tormenta arreció y tuvieron que tomar otro rizo. Ya no se podía ni siquiera pensar en el padre.

Con sólo medio velamen, la pequeña embarcación huía como un pájaro asustado. El achicador en manos del hermano menor era ya una herramienta inútil, convertida como estaba en una masa informe de hielo. Todo se trocaba en hielo: guantes, botas, sombreros de lona, barbas.

Así pasaron horas y horas. Las dos gaviotas que seguían a la barca, la abandonaron y volvieron a la estación de pesca. Por impedir al capitán la nevasca cegadora ver con claridad, fué tomado de sorpresa varias veces por olas atronadoras que caían sobre la embarcación como cataratas. Todas las cosas a bordo sobrenadaban. El mozo más joven ya no se preocupaba del peso de su achicador, sino que achicaba y achicaba, y aunque las olas barriesen a su padre de la barca habría seguido achicando sin tregua. A la sazón ya debían divisar el faro. El capitán robaba frecuentemente a la maniobra unos momentos para mirar a un lado y a otro, pero en vano. Con menos velamen, la barca perdería su gobierno y necesitaba apresurarse a escalar las olas.

Las velas tornábanse pesadas con las salpicaduras del mar. Ya el mástil no tenía jarcias, sino cables de hielo. El pesado aparejo hundía más la nave y la hacía embarcar más agua.

Pasaban las horas y el faro no aparecía. Afortunadamente ninguno de los tripulantes podía ver lo pálido que se iba poniendo el capitán. Por fin, terminó el crepúsculo y de repente el hermano menor gritó:

—¿Dónde estamos? ¿No han visto el faro?

El capitán fingió no haber oído.

—¡Sigue achicando! — rugió.

Y el mozo apresuróse a obedecer.

Todos sabían que en medio de un temporal a menudo el viento cambia sin que los marineros se den cuenta de ello. El barco se desvía de su rumbo primitivo paulatinamente, confiando el capitán en las velas, por hallarse incapacitado de ver nada más que agua y ráfagas de nieve. Si el viento hubiera cambiado al Sur, los hermanos estaban poniendo proa directamente en el Océano Ártico.

Cayeron las tinieblas y la pequeña embarcación se hundía cada vez más pesadamente. De improviso el capitán sintió que una mano le apretaba el brazo. Volvió la cara y vió a su padre, que, levantándose a gatas de su camastro, se aferraba a la bayatola para no ser arrastrado por las olas.

—¡No, no, padre! ¡Acuéstese! — aulló el hijo.

—No, no; esto anda mal. Tenemos viento Norte y me parece que es malo dar bordadas y gobernar en línea recta con viento contrario.

Y antes de que pudieran darse cuenta de lo que hacía, el viejo estaba en la bodega, sin sus botas de mar. En el mismo instante caía sobre la barca una ola, amenazando hacerla zozobrar. No había tiempo que perder en averiguaciones sobre la salud del padre. Este empuñó la barra del timón, ocupando su lugar acostumbrado a bordo y el hermano mayor fué a ayudar a su hermano a achicar.

—¡Viren de bordo! — ordenó el viejo. Con su obediencia arraigada los hijos obedecieron la orden. La barca se levantó por sí sola, viró en redondo y huyó ante el viento y las olas. Durante mucho rato cabalgó en las encumbradas crestas de las olas con rapidez bastante para hacer que la vela se hinchase contra el mástil.

Ya el anciano no tenía pulmonía ni fiebre. Todo su ser estaba concentrado en el solo propósito de salvar las vidas de los tripulantes y el barco.

Terrible cosa, la de dejarse llevar por el tiempo: significa para los pescadores

echarse en manos del azar. Tal vez navegue rumbo al puerto, tal vez mar adentro, rumbo a la muerte. El capitán cree que el viento sopla del Norte, pero es muy posible que sople del Sur. De un momento a otro puede chocar contra un arrecife y naufragar, y no es imposible que se lance derechamente contra la playa. Nadie sabe nada a ciencia cierta. En sus adentros, el marino se encomienda a Dios, al navegar no sabe hasta dónde.

Los dos hermanos achicaban, achicaban, pero a cada instante se hacía más difícil el desaguar la barca.

En breve, el anciano estuvo blanco de nieve, como los demás. Si tenía fiebre, las olas que caían sobre él por detrás, le refrescaban por cierto. De pronto sus hijos le vieron soltar la barra; y escupiendo sangre, desplomarse en la bodega.

Las olas empujaban la embarcación con loca rapidez, zarandeándola como una pelota, en las tinieblas. El mar estaba tan grueso que el barquito gobernaba con gran dificultad, y, ¿adónde iba?

De súbito se sintió un fuerte crujido. El velamen cayó, cubriendo a los que estaban en la bodega de proa y el mástil se desplomó tras él. El hielo había astillado la madera y por último la había quebrado.

La barca permaneció un instante cabalgando todavía en la cresta de una ola; luego se dió vuelta, ofreciendo su ancho bordo a la ola siguiente que se desplomó sobre ella con toda su fuerza. En seguida una ola mayor aun la levantó en vilo, la arrojó al abismo entreabierto, y a los pocos segundos, desapareció bajo las aguas.

Cuando reapareció, con la quilla arriba, llevaba a cuatro de sus tripulantes suspendidos de su aparejo inferior. Uno tras otro, se encaramaron sobre la barca volcada y subieron a la quilla. El mar les había arrebatado los sombreros de lona y su cabello mojado, chorreaba.

La barca se zarandeaba, y era difícil mantenerse sobre la quilla, de lo contrario, como todos los pescadores náufragos, habrían estado completamente tranquilos. Sabían lo que les quedaba por hacer. Como a una señal, los cuatro gritaron a una con todos sus pulmones, pidiendo auxilio, clamor que se oía desde muy lejos. Una ola arrastró al menor, pero éste se asió de una cuerda y volvió a encaramarse.

De pronto el mayor gritó: "¡Padre!", y los demás hermanos repitieron angustiados: "¡Padre!".

—¡Allí! — gritó el mayor, apuntando en una dirección. Vieron una cosa que alzaba una ola. Instantáneamente el segundo hermano apoyándose en la quilla y extendiendo los brazos se lanzó entre las olas, desapareciendo bajo una que reventaba. Sus hermanos no tenían tiempo que perder en cuidar de él; tenían que aferrarse a la vida.

—¡Padre! — oyeron gritar de pronto en medio de las tinieblas y vieron a su hermano una vez más. Nadaba, llevando algo a cuestas. Una ola lo levantó tan alto que lo vieron contra el cielo, lo alzó con su padre a cuestas y presenciaron los esfuerzos desesperados que hacía para alcanzarlo.

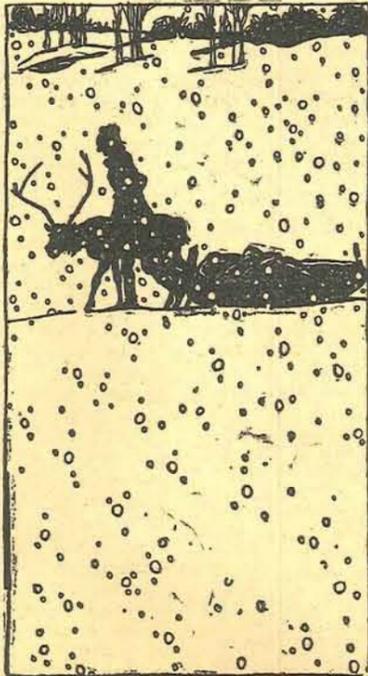
—¡Padre! — gritaron los tres hombres aferrados a la barca volcada —, ¡Padre! — respondieron las tinieblas; pero inmediatamente una ola cayó sobre el que nadaba. Se sumergió en la sima, y al desplomarse otra ola, desapareció.

Muy entrada la noche el mar arrojó a los tres náufragos en una playa. Vieron las luces de una casa contigua; pero, al sentir tierra firme bajo sus pies, les fué imposible caminar, de cansancio. Habían arribado a Hitra, una de las islas fronterizas a la costa, pero de extensión considerable.

Al cabo de uno o dos días levantábase de la cama. La barca había aparecido, no en malas condiciones, después de todo. La repararon, pusieronle nuevo aparejo y se hicieron al mar, rumbo a la casa materna, con sus tristes nuevas.

Luego de quedarse allí durante una semana o más, contrataron a dos marineros y regresaron a Lofoden a terminar la estación de pesca.

A principios de la primavera un pescador de Hitra, que acarrea algas en la playa, halló dos cadáveres de pescadores vestidos con trajes de pesca. El anciano estaba sin botas, y como a un muñeco grande, estrechábanlo contra su pecho los brazos del joven. Ambos cuerpos estaban encajados en un bloque de hielo verde-mar. El pescador descargó sus algas y se acercó a los cadáveres, pero tuvo literalmente que cortarlos con su azada para colocarlos uno junto al otro en su trineo.



LA MUSICA EN PARIS

Seguidillas toreras

UNA REFORMA



SERGE PROKOFIEFF



MAURICE RAVEL



CAMILLE SAINT - SAENS



PAUL WHITEMAN



TED LEWIS

YA se sabe cuán temible es la fuerza de la rutina en todas las manifestaciones de la actividad humana. Pero hay pocos dominios en que esa fuerza encuentre ocasiones tan brillantes para afirmar su poderío con tanta violencia como el de la técnica musical. En su "carrera de las antorchas" los músicos no han tenido siempre tiempo para reflexionar con calma acerca de los innumerables problemas materiales que suscita su arte. Aceptan dócilmente todas las tradiciones sin analizarlas. Llegan así a conservar costumbres de un anacronismo asombroso y a aceptar disciplinas de una complejidad injustificable, debido, sencillamente, a que carecen de espíritu crítico y reformador.

Acaba de acontecer un hecho minúsculo que es, a este respecto, singularmente demostrativo. Prokofieff ha resuelto hacer editar todas sus partituras de orquesta con el tono de "do". Esto no parece gran cosa, pero es, sin embargo, una revolución que hará temblar sobre sus cimientos a todo el templo de la música. Ya conocen ustedes la servidumbre de los instrumentos llamados "transpositores". Saben ustedes que los clarinetes, las cornetas de llaves, los cuernos y los saxofones no tienen, debido a razones de acústica, la escala de "do" como escala natural. Estos instrumentos tocan en "mi bemol", en "la", en "si bemol", en "fa" o en "re". Quiere decirse que el compositor está obligado, si quiere obtener de estos instrumentos la nota que desea, a escribir con no llevan el mismo nombre. En este juego de escondite y de añagaza se escribe un "si" para obtener un "mi" o un "sol" para obtener un "fa". Esta inocente manía no perjudicaría a nadie si quedase limitada a la parte colocada en el pupitre de un instrumentista. Poco importa

que llame "re" lo que los demás llaman "si bemol", puesto que el resultado acústico es el mismo. Lo que resulta grave es la obligación de escribir las partituras de orquesta teniendo en cuenta esas convenciones particulares.

Con relación a los treinta y dos pentagramas que un director adiciona de una sola ojeada, y en los cuales caza, en todos los rincones y en todas las alturas, los sonidos que constituirán un acorde, su mirada choca sin cesar con tonalidades imaginarias, creadas por instrumentos cismáticos que debido a su conformación se aíslan de la disciplina general. Mientras toda la orquesta toca en "sol" con un sostenido en la clave, puede notarse que los clarinetes viven bajo el régimen de tres "sostenidos", que el corno inglés tiene dos y que los cuernos no tienen ninguna alteración en la llave. En cada ocasión es necesario rectificar ese error voluntario y dar a la nota engañosa tan pronto su verdadero nombre como su verdadero sonido. Esto hace que, en el silencio de una cámara, la lectura y, sobre todo, la audición de una partitura de orquesta sea más dolorosa que un rompecabezas chino. Orgullosos de su brillante pericia, algunos directores de orquesta dirán que esta acrobacia no les asusta, pero otros, más francos y más sinceros, confesarán que este inverosímil puzzle — que en los tiempos de Mozart no exponía a ninguna meningitis — provoca ahora, en las partituras modernas, dificultades de lectura realmente excesivas.

Por lo demás, esto únicamente afecta a los directores de orquesta. El disco al hacer entrar en nuestras casas ejecuciones completas, adornadas con todos los colores instrumentales, ha creado una nueva curiosidad en los oyentes. Desde el momento en que éstos

tienen en sus manos una gran orquesta completa, los poseedores de una máquina parlante quieren saber cómo está distribuida una partitura de orquesta original de Debussy, de Richard Strauss o de Ravel.

Para ello adquieren una de esas encantadoras partituras de bolsillo, que debieran ser el complemento natural de un disco serio. Pero pronto les desilusiona la obligación de corregir a cada medida cinco o seis faltas de impresión voluntarias que en ella introducen los instrumentistas transpositores, impidiéndoles seguir hasta el fin su instructiva lectura.

Saint-Saëns había solicitado en su época la partitura de orquesta en "do", pero careció de la energía necesaria para imponer esta reforma. Y Prokofieff, con una simplicidad perfecta, acaba de aplicarla a sus obras. Merced a ella, con una ojeada pueden leerse sin dificultad todas las columnas verticales de los signos de notación. Claro es que en el material de orquesta subsisten las viejas convenciones. En ese punto están en su lugar, no molestan a nadie, y en un ensayo, el director de orquesta que conoce la regla del juego, no tiene más que efectuar en tal sentido la pequeña corrección necesaria, cuando se trata de discutir una "errata" con el ejecutante de una pequeña trompeta en "re" y de una "sopranino" en "fa".

Naturalmente, los editores acogerán sin agrado una modificación de ese género que tiende a transformar su técnica tradicional. Pero se equivocarían si trataran despectivamente esa innovación. En este momento no deben vender gran cantidad de partituras de orquesta a los aficionados. Pero el día en que esas partituras dejen de ser ilegibles para la mayor parte de los músicos, ¿no creen ustedes que los editores saldrán ganando con ello?

UNA EVOLUCION

ES absurdo sostener, como lo hacen con demasiada frecuencia los que toman sus deseos por realidades, que el jazz está condenado a muerte y que el tango va a desaparecer. Esto es una exageración manifiesta y, por lo demás, resulta una eventualidad que ningún músico acogería con satisfacción. Pero lo cierto es que los ritmos americanos del Norte y del Sur no reinarán ya como dueños únicos en nuestros dancings. No deberán ceder el sitio, pero sí acordar hospitalidad a ciertas danzas que se creía definitivamente abandonadas.

En el primer plano de ellas se encuentra el vals. Ya es sabido que su rehabilitación progresa hoy día con extraordinaria rapidez. Ravel fué un buen profeta cuando escribió su poema sinfónico, no para una tumba, sino para una cuna. El vals va a renacer. Queda automáticamente vuelto a poner en primer plano por la moda de las faldas largas. El fox-trot había nacido de la falda corta, que dejaba las piernas libres para ese alegre y deportivo trotecillo. Pero la vuelta a la gran corola ondulante imponía inmediatamente los giros, las vueltas. Cuando una falda tiene diez metros de amplitud, es preciso hacerla dar vueltas. Por consiguiente, la resurrección del vals está asegurada, ya que deriva de una necesidad del tocado.

Pero la cosa no ha quedado

ahí. Se quiere hacer ahora que resuciten la polka, la mazurka, el "schottisch", el paso de los patinadores y la cuadrilla lanceros. Por doquiera se registran esos encantadores documentos y el público se arrebató los discos con esas obras. La música de moda, la que se vende con una facilidad desconcertante es la de los "balsmusettes", es la que resonaba antes de la guerra bajo soporales de nuestras provincias. Del mismo modo que la moda del tango ha engendrado, en los medios populares, el gusto enfermizo por el acordeón, así la magnífica floración del jazz, de los blues y de los fox se resuelve en la apoteosis de la corneta de llaves. No se puede decir, evidentemente, que haya en ello ningún progreso musical. Cuando se comparan las armonías sutiles y la instrumentación deliciosa de Paul Whiteman, de los Jack Hylton, Ted Lewis y tantos otros con el desolador prosaísmo y la chatura irremediable del "Sultán Polka" y del "Curso blanco", no podemos felicitarnos, desde el punto de vista musical, por semejante evolución del gusto.

Este movimiento no puede ser considerado como un paso hacia adelante. Pero está en la lógica de las cosas. Nunca he dejado de asombrarme del éxito formidable que tenían obras tan delicadas como las que nos brindaba la música sincopada. Las pequeñas obras maestras que ofrecen los Revelers, por

ejemplo, no poseían, a mi juicio, ninguna de las virtudes propias necesarias para seducir a una multitud ignorante. Y, por ello, cada vez me sentía más maravillado de ver cómo un público completamente cerrado a la música se extasiaba con esas pequeñas joyas que únicamente la "élite" podía apreciar en todo su valor. En realidad, esa escritura ágil y ondulante, esas elegancias armónicas, esas finezas de presentación seguían siendo letra muerta para la gran mayoría de los oyentes. En el fondo, les fatigaba la complejidad de ese estilo y por esto han aprovechado la primera ocasión que se les ofrecía para volver a discursos musicales que estuviesen más a ras de tierra.

La reacción que hoy día se dibuja contra la música de dancings demasiado finamente escrita es exactamente la misma que intentó desacreditar al debussyismo. Se quiso substituir el refinamiento con la simplicidad brutal. El centelleo y la irisación fueron destronados por los tonos grises. Puesto que el jazz era la apoteosis del impresionismo orquestal, en materia de música ligera, es natural que ahora veamos cómo intenta suplantarlo la polka aldeana, seca y paupérrima.

Es el eterno movimiento de péndulo que tiene el buen o el mal gusto público. Falta ahora saber cuál será la amplitud de esta última oscilación.

EMILE VUILLERMOZ

(Para LA NACION) PARIS, noviembre de 1930

I

El cielo se ha llenado de barandillas; y de ellas se han colgado mis seguidillas.

Tarde torera
préndete con claveles
la madroñera.

Rojos claveles.
Y a tu traje de luces
ponle caireles.

II

A la fiesta van majos.
Y un Rey de España
que alterna el manzanilla
con el champaña.

Y van Duquesas,
a ver a los espadas,
en sus calesas.

Morenos lirios.
— Va a la plaza la Virgen
de los martirios —

III

En palcos y tendidos,
humanas flores,
ofrecen la alegría
de sus colores.

Tarde gitana;
tarde de cascabeles
de oro y grana,

¡luz más fuerte
que hay un hombre que juega
frente a la muerte!..

IV

Un torerillo niño,
verde aceituna,
talle corto y sonrisa
de media luna,

está en barrera
en la festiva tarde,
tarde torera.

¡No te tires al ruedo,
no, torerillo,
que es la fiera muy grande
para un chiquillo!..

V

El cielo está colgado
de barandillas.
Y por el aire cantan
mis seguidillas.

¡Ay, quién me diera
ser aire de esta tarde,
tarde torera!..

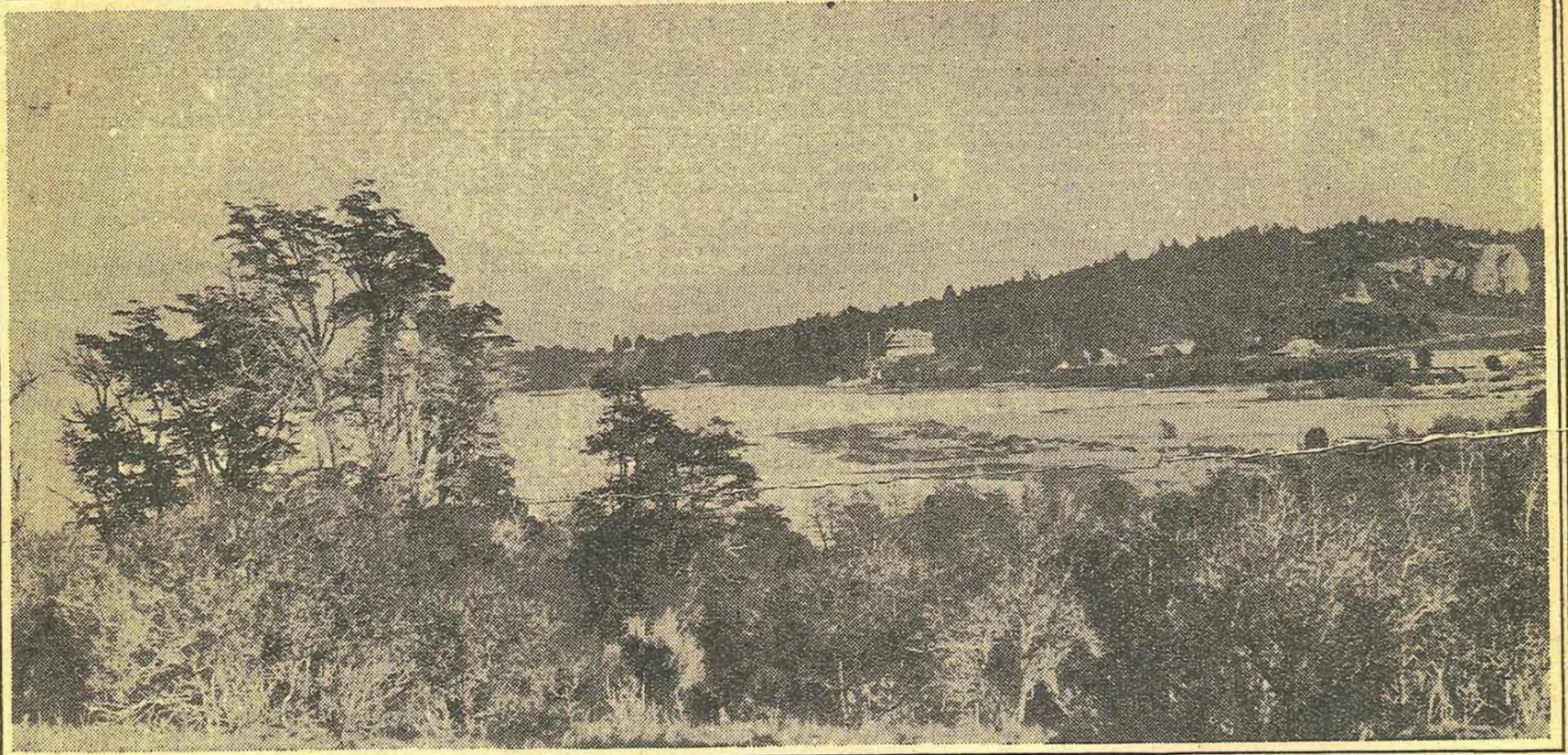
Concha Méndez Cuesta

Cómo regular la digestión

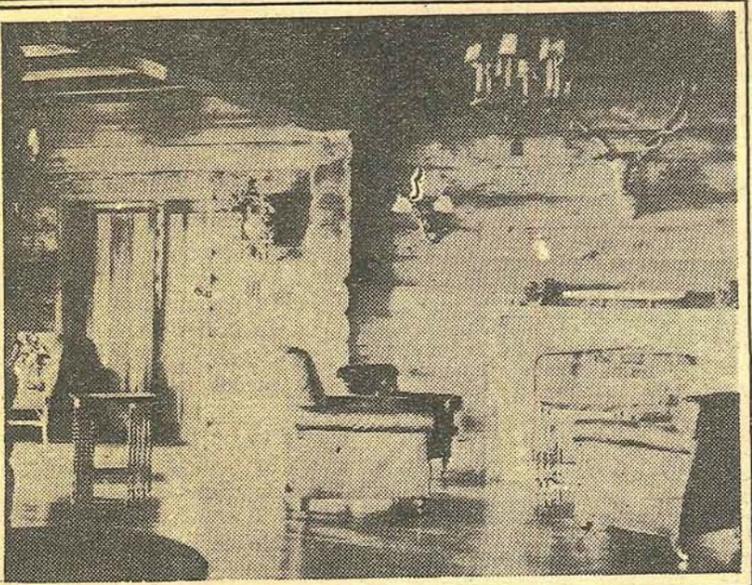
Para la digestión normal necesita el estómago cierta cantidad de ácidos; pero los excesos que cometemos o la calidad de las comidas traen como consecuencia un exceso de secreciones ácidas, con sus trastornos y molestias, tales como dolor, ardor, flatulencia, etc.

En muchas personas que descuidan sus primeros síntomas, llegan estas molestias a convertir su vida en un infierno. Conviene pues atender la acidez estomacal en sus primeras manifestaciones, recurriendo al bicarbonato cálcico, producto científico y muy agradable, del que basta media cucharadita para calmar al instante toda molestia o dolor, regulando la acidez y obteniendo la digestión más perfecta.

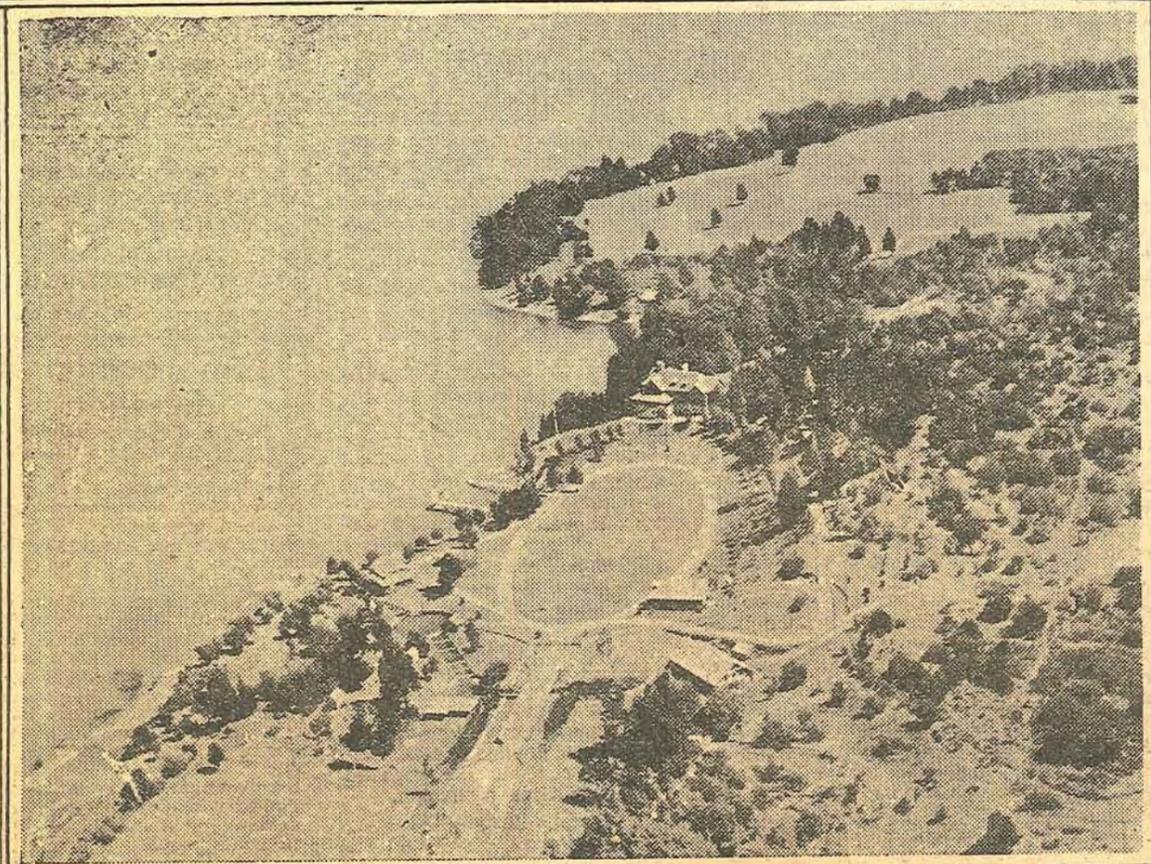
Pida folleto gratis a Laich y Rey, Belgrano 2544, Bs. Aires.



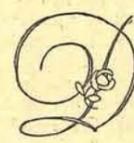
Una parte de la pintoresca península Huemul, sobre el lago Nahuel Huapi, cubierta de bosques y rodeada de imponentes montañas



Un rincón de la vivienda tipo "log-cabin" de la estancia Huemul, donde se alojarán el Príncipe de Gales, el príncipe Jorge y su comitiva durante su permanencia en la región de los lagos andinos



EL ITINERARIO DE LOS UNA DESCRIPCION DE LAS PINTORESCAS RRERAN LOS ILUSTRES VIAJEROS Por GUILLERMO



DECIA cierta vez un eminente viajero norteamericano, que arribar a Buenos Aires, viniendo desde Mendoza, equivalía a entrar a una casa por el camino de su huerta.

El Príncipe de Gales y el príncipe Jorge, llegarán a Buenos Aires desde el Nahuel Huapi, lo que es sinónimo de penetrar a la morada por los caminos de su parque señorial. El Nahuel Huapi es el más grande de los lagos andinos y la casa de esta región adonde se alojarán el heredero de la corona británica y su comitiva, ocupa uno de los parajes más bellos de esta zona matriz de la belleza natural.

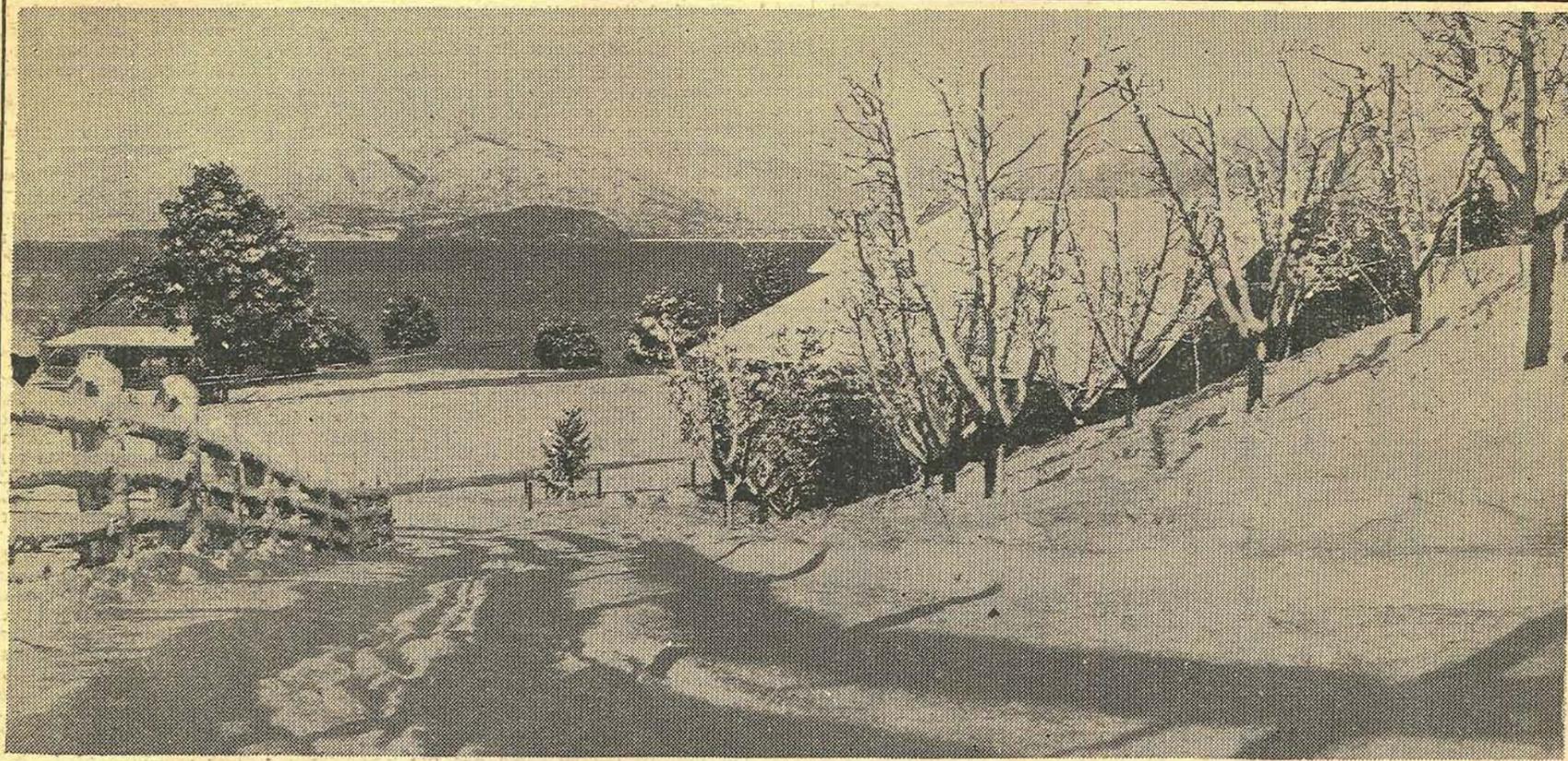
La vivienda es la casa-habitación de la estancia de los señores Ortiz Basualdo y Anchorena, posesión que ocupa 11.000 hectáreas de terreno en la península Huemul, de la cual toma su nombre la heredad.

La estancia está destinada a la explotación del ganado vacuno y lanar, y a ser, además, una reserva de caza. Posee también un plantel de yeguas para polo.

En particular, la casa es de madera, del tipo "log-cabin", y se asienta sobre cimientos de granito. Consta de tres pisos, excepción hecha de los sótanos, y posee cuarenta habitaciones, amplios salones y "verandahs" sobre el lago Nahuel Huapi. Toda la madera de la vivienda y de los muebles que la ocupan, pertenecen a la región y ha sido aserrada en los talleres del establecimiento. Los troncos que forman el edificio son de ciprés, y para los muebles se ha utilizado mucho el radal, madera andina muy decorativa, pues tiene un color amarillento con veteaduras verdosas, que dan al conjunto la apariencia del ónice.

El lugar está rodeado de montes naturales de ciprés, alerce, cohigües, maitenes y radales, y el conjunto está señoreado por los picachos enhiestos del Cerro Huemul. Cerca de la vivienda, hay además una cancha para polo, "courts" de tennis y actualmente se está delineando un campo para golf. Tres grandes lanchas y diversas embarcaciones menores se utilizan para las excursiones por el lago y los viajes a Bariloche, que se encuentra a tres leguas del lugar, sobre la orilla rinonegrina del Nahuel Huapi. En realidad, la estancia Huemul corresponde al territorio del Neuquén.

Vista aérea de la vivienda y parques de la estancia Huemul, donde se alojarán los eminentes viajeros. La casa está a 800 metros sobre el nivel del mar, y a veinte metros de ellos una cascada vuelca sus aguas en el Nahuel Huapi



**PRINCIPES BRITANICOS
REGIONES DEL LEJANO SUR QUE RECO-
A SU ENTRADA EN LA ARGENTINA
ESTRELLA**

Aparte de la morada principal, hay en la estancia un pabellón de caza vecino al coto, donde se reservan huemules, jabalíes y baguales.

El Príncipe de Gales y sus acompañantes llegarán a la zona del Nahuel Huapi a fines de febrero, es decir, en momentos en que el clima de la región se presenta templado, sin llegar a ser caluroso. Las observaciones meteorológicas realizadas para Bariloche, dan para esta comarca una temperatura media que oscila entre 14 y 12 grados; es decir, que desde el punto de vista térmico, las condiciones del lugar, equivalen a las que en la Capital Federal reinan entre los meses de abril y de mayo. Con todo, aquellos turistas que deseen visitar la región en la época de la visita principesca, no harán mal si toman sus precauciones contra las oscilaciones de la temperatura, pues la máxima media para el mes de marzo, es de 18.6 y la mínima de 6.8.

En cuanto a la humedad relativa de la atmósfera, la zona del Nahuel Huapi presenta un índice de 63.2 y 67.3 para los meses de febrero y marzo, respectivamente, épocas en que la Capital Federal presenta las cifras de 70.9 y 75.1. Todo ello equivale a decir que si bien en la zona andina de nuestra referencia hará más frío que en Buenos Aires, la mayor sequedad de la atmósfera permitirá que el organismo sienta menos sus efectos.

Según las comunicaciones enviadas al Ministerio de Relaciones Exteriores, y salvo, naturalmente, casos fortuitos que modifiquen el itinerario, el Príncipe de Gales y su comitiva saldrán de Bariloche hacia San Antonio Oeste, por la vía del Ferrocarril del Estado.

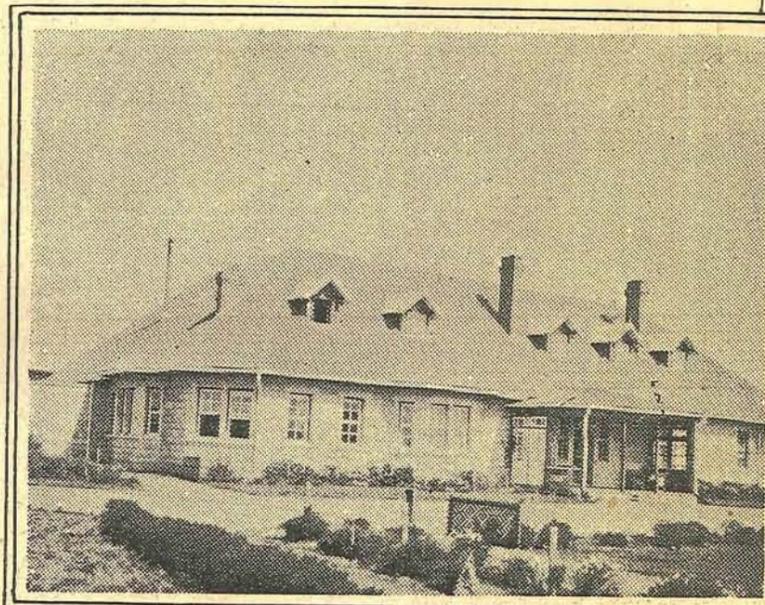
Visitarán de este modo, primeramente, la ciudad más importante de nuestra cordillera del Sur. Bariloche, cuyo verdadero nombre es San Carlos de Bariloche, es la capital del departamento del mismo nombre.

La ciudad de Bariloche se divide en dos partes: una baja a orillas del Nahuel Huapi y otra alta, situada en una especie de plataforma. En ambas partes, existen magníficos chalets construidos con materiales de la región, hoteles dotados de confort moderno, casas de comercio abundantemente provistas, alumbrado eléctrico, calles bien delineadas.

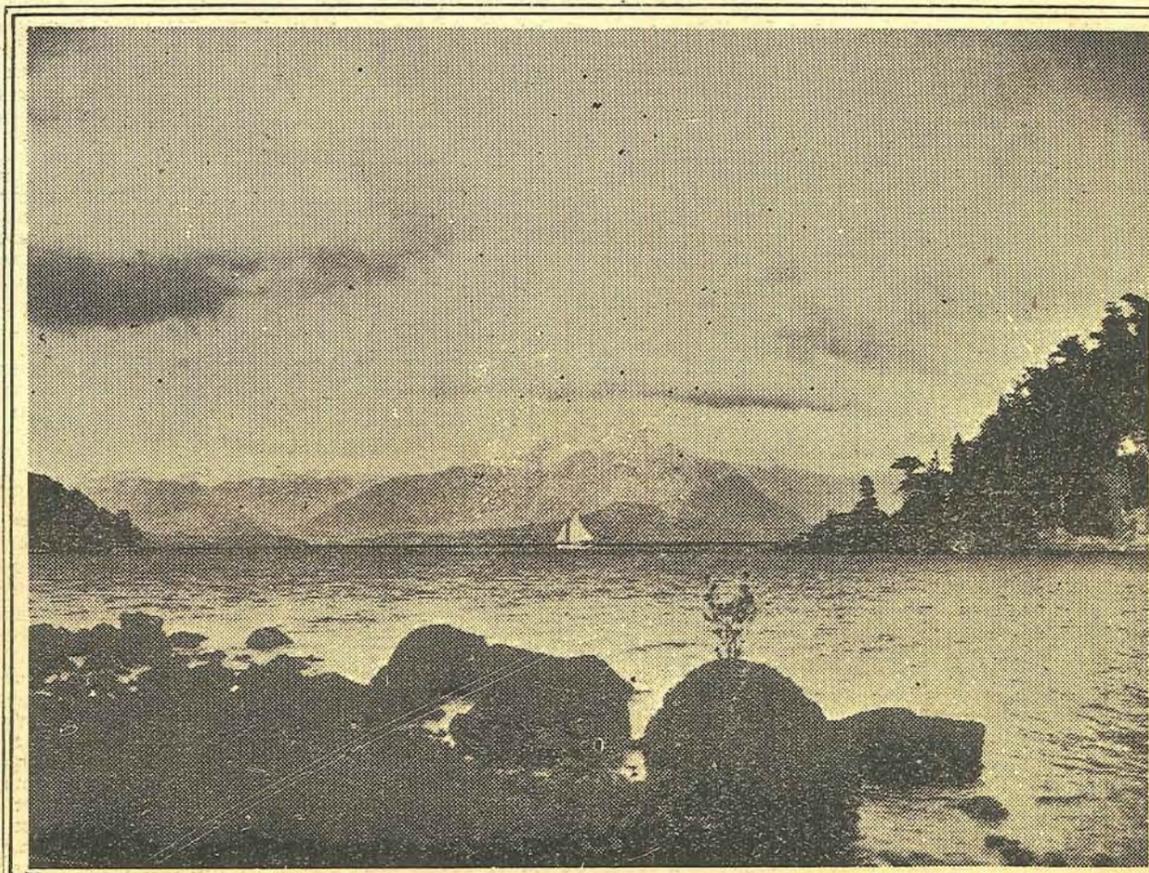
Desde Bariloche hasta Pilcaniyeu — el pun-
(Continúa en la pág. 28)

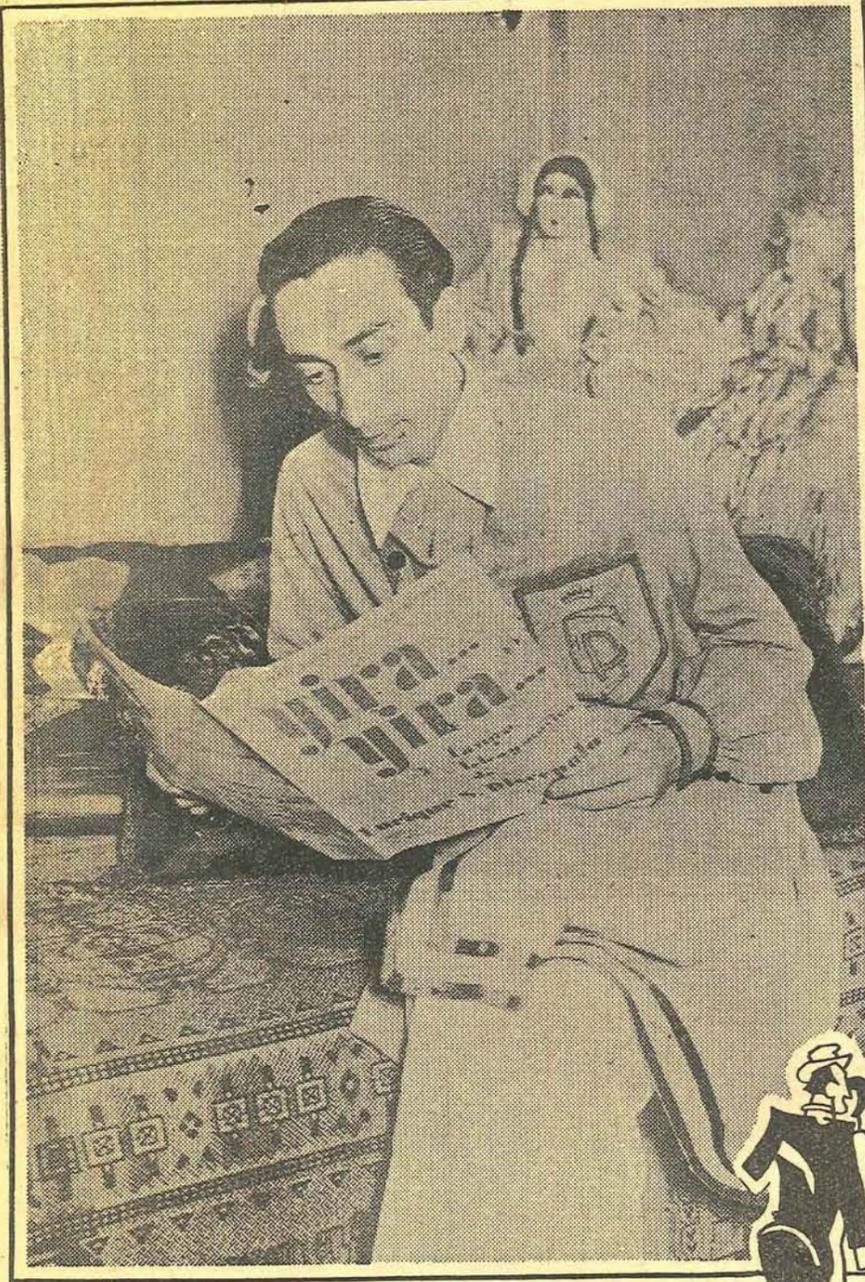
Otro rincón del Nahuel Huapi en su porción rionegrina. Los bosques de las orillas y la serranía circundante forman al lago un marco digno de su nombradía

En invierno, cuando la nieve cubre las laderas que rodean al Nahuel Huapi, cambia la fisonomía del lugar, mas no su cautivante belleza



Nueva casa del administrador general de la estancia Pilcañeu, en Pilcaniyeu, que servirá de vivienda a los príncipes británicos durante su viaje por tierras patagónicas





CADA tango tiene su momento en el oído de la ciudad. Ahora es "Yira... Yira..." el que suena con su dolor, hondo y pesado, como arrastrando fracasos, desilusiones y años. En ciertas notas parece que arrastrara cadenas, tal vez porque algunos pasajes tienen el arrastre, largo y penoso, de "Los barqueros del Volga".

*Yira!... Yira!...
Aunque te quiebre la vida
aunque te muerda un dolor...*

Y, "Yira... Yira...", con el mismo dolor largo, el esclavo que arrastra toda la ribera, y el hombre que deambula, roto, por la ciudad.

Enrique Discépolo ha hecho este tango, sin darse cuenta de toda su trascendencia, sin prever su enorme, su resonante, su caudaloso éxito, sin pulsar en toda su vibración, por mucho que la haya sentido, su entraña desgarrante. Es que sus tangos, y éste sobre todos, tienen más sufrimiento y más profundidad de la que él los barniza en la tragi-comedia de sus letras, como viste su inquietud constante de producción en la sonrisa de su físico juvenil. Viéndolo venir hacia mí, en el café de Corrientes en que nos hemos dado cita, menos que mediana la estatura, enjuto el físico, luminosa y alegre la mirada, abiertos y giratorios los brazos de alambre, vestido todo en un tono muy claro, movedido y optimista, el que no lo conozca lo tomará por un adolescente, que pasea la modesta alegría de un traje nuevo. Sólo conociéndolo bien, conversando largo y a fondo, tocándole los temas que siente, surge a la superficie el espíritu escondido tras la permanente sonrisa. Entonces, este muchacho, enjuto, anguloso, pálido, sin cara, es todo espíritu en la luz de los ojos, en el fuego de la palabra, en el dolor del acento. Pero, en seguida ve que se ha puesto demasiado serio y corta la narración grave con una ironía, salpica la trascendencia de la vida con una travesura, no quiere entristecerse, no quiere ser se-

rio, como el personaje de su tango que se ríe en el trance amargo:

*Ella que pensaba
amurarme el uno
justo el treinta y uno
yo la madrugada.*

★★★

Enrique Discépolo hace todo el tango. Es decir, es uno de los pocos, de los contadísimos autores que hacen la letra y la música. Sin embargo, eso no obsta a que, al preguntarle yo cómo los hace, con esa tendencia innata a restarle importancia a todo, me responda:

—¡Yo qué sé! Como me salen.

—Milagrosamente —le digo.

—Eso es; milagrosamente — me responde—. Porque sí, porque me surgen, porque de pronto voy caminando por la calle y se me aparece un tango en el oído.

Y después, tomando el tema un poco más en serio, empieza a explicar:

—Primero se me ocurre la letra. Pero no tal cual luego se publica, ni la escribo así, en verso, o lo que sea lo que yo hago, de primera intención. Se me presenta el asunto, el tema, la situación del tango. Este tema me empieza a dar vueltas en la cabeza durante varios días. Hasta que, de pronto, estoy sentado en la mesa de un café, leyendo en casa o caminando por la calle, que es lo más frecuente, y empieza a zumbarme en el oído la música que corresponde a ese estado de espíritu, a esa situación de tango, que me ha venido trabajando. Y aquí se me presenta la tragedia. Porque yo no

sé música. No creerán los que oyen mis tangos, lo poco que sé de música. Al piano, apenas le saco cuatro notas. Aprendí violín un año y medio y nunca pude tocar ni medianamente bien. Y desde luego, no sé escribir música. Entonces, cuando el tango me empieza a silbar en el oído, salgo corriendo a buscar un amigo que lo escriba. Muchas veces no lo encuentro en seguida. Entonces empieza la desesperación porque esas notas que de pronto se me han presentado, porque es así, se me han presentado, no se me van y empiezo a cantarlas y sigo cantándolas en voz alta, aunque vaya por la calle y todos se paren a mirarme como a un loco, aunque esté en un café y de todas las mesas se vuelvan hacia mí. En ese momento nada me importa. Lo único que me preocupa es que no se me escape mi tango, retenerlo con el canto, hasta que me lo vengán a atar en la escritura.

★★★

Es curioso cómo se le ocurren y cómo van evolucionando sus tangos, hasta adquirir su forma definitiva. Por ejemplo: "Esta noche me emborracho", que tiene en sus notas una gráfica mueca de alcoholista, tuvo un punto de arranque, que ciertamente no se sospecharía en la realización final. Discépolo me cuenta:

—Me encontraba en Córdoba, en una estación de tuberculosos. Habíamos ido a acompañar a un amigo, que al poco tiempo murió. El cuadro de este amigo, que se sabía enfermo, y que no hacía por curarse porque sabía que era inútil, comenzó a invadirme con su enorme, con su inapelable dolor. En una casita de enfrente vivía un matrimonio que los dos estaban tuberculosos; que trataban de ocultárselo a ellos mismos, de aturdirse; y todo era inútil. Se me empezó a aparecer entonces la idea del alcohol, del aturdimiento, de no pensar en los males que no tienen remedio. Pero con este tema no podía hacerse un tango. Era demasiado tétrico; habría salido llorón; y eso a mí no me gusta. En Córdoba recogí la semilla. Luego la trasladé a la ciudad, y la ciudad le dió forma. Forma completamente distinta, pero con dolor igualmente inapelable. El tiempo que envejece es tan indescribible como la muerte que lleva. La ruina de la mujer que ha sido joven y ha sido linda es tan triste como el espectáculo de la salud que se va. Y de todos modos, para todo lo que no hay remedio, yo sentía el grito de mi tango: aturdirse.

Discépolo se queda un momento silencioso. Luego, tomango brío, agrega:

—Yo veo el dolor en todos los que tengo delante; me posesiono de su situación, comprendo cuáles son sus problemas y en seguida me pongo en su lugar y siento como sienten ellos mismos los sufrimientos ajenos. Puesto en su situación, el tango sale como si les doliera a ellos mismos.

Y entonces recuerdo lo que otra vez me decía, que confirma esto que me dice ahora. Cuando acaba de hacer "En el cepo", un tango que no retomó, le oía comunicarme entusiasmado:



ENRIQUE DISCEPOLO HA HECHO "YIRA..." SIN SABER MÚSICA

Por OCTAVIO RAMIREZ

botó, le oía comunicarme entusiasmado:

—Yo he querido pintar la situación de un hombre que está pobre, caído, sin recursos, no teniendo nada y ambicionándolo todo. He querido colocar a ese hombre frente al mundo, viendo pasar la vida que sonríe, el dinero que corre, los placeres que nublan; y se retuerce en la impotencia de ver que no son para él. He visto tantas veces en la calle el hombre de traje raído, de cara desencajada, de andar medroso, que ve pasar una mujer envuelta en un crujir de sedas y se muere pensando que será de cualquier otro menos de él; y el automóvil que pasa brillando de insolencia y nunca podrá ser para él; y el dinero que corre y él nunca lo podrá hacer correr; y he sentido el dolor de ese hombre como en un

cepo, debatiéndose de impotencia, de envidia, de fracaso; y ese enorme y concentrado dolor del hombre encadenado a su triste destino, frente a la felicidad que pasa sin tocarla, es lo que he querido hacer llegar bien hondo, torturado, pero sin llorar, con voz fuerte y atragantada "En el cepo".

Y yo ahora le digo:

—"En el cepo" contenía, en la música y en la idea, en potencia a "Yira..."

—Sí—me contesta—. Y eso que "Yira..." es anterior. Hacía tres años que le estaba dando vueltas. Pero no salía. Y eso que surgió tal vez como el más espontáneo, como el más sentido, como el más mío de mis tangos, porque ése sí está inspirado en un momento de mi vida.

Y me cuenta:

—Venía yo de una jira en la que nos había ido muy mal—como sabéis. Discépolo también es actor—y después de trabajos, fatigas, contratiempos, luchas, regresaba a Buenos Aires sin un centavo. Me encontré con mi hermano Armando, también en un mal momento, y me fui a vivir con él a una casita de la calle Laguna. Allí surgió "Yira...", en medio de las dificultades diarias, del trabajo amargo, de la injusticia del esfuerzo que no rinde, de la sensación de que se nublan todos los horizontes, de que están cerrados todos los caminos. Y ante las frases de Discépolo van surgiendo las estrofas del tango:

*Cuando estés bien en la vía,
sin rumbo, desesperao...*

*Cuando te dejen tirar
después de cinchar,
lo mismo que a mí...*

Pero en aquel momento, el tango no salió. No se produce en medio de un gran dolor, sino con el recuerdo de ese dolor. Vinieron tiempos mejores. Discépolo hizo "Esta noche me emborracho". "Justo el 31", "Chorra". La vida se hizo más tolerable. Se renovó de pronto el recuerdo. Y el tango que estaba en potencia, surgió un día con sacudimiento de entraña.

★★★

Yo veo estos tangos de Discépolo distintos a todos los otros tangos. El tango ha sido triste o festivo, marcadamente impreso en una u otra línea. Tango dramático o tango cómico, sin términos medios. Los de Discépolo no son ni lo uno ni lo otro, por ser las dos cosas, en dosis perfectamente equilibradas. Todos tienen un fondo melancólico, como el episodio triste que los hace surgir. Pero Discépolo no quiere ponerse grave. Ante la vida que agría, sonríe para no dejarse amargar. El buen humor barniza el sufrimiento. La ironía disimula el fracaso. El hombre atado a la mujer ridícula se ríe de su desventura en cuatro notas que graban en el tango la típica "cachada" de la ciudad:

*Le tiraban nueces
mientras me gritaban:
"ahí va Sarrasani
con su chimpancé".*

Y esta fusión de los dos elementos, este sentido tragicómico del tango, que en "Justo el 31", como en "Chorra", es marcadamente pintoresco, con predominio de la nota festiva, se hace más acentuada y adquiere mayor fuerza en sus otros tangos de más medula, en "Esta noche me emborracho" y en "Yira..." Aquí ya el dolor se alía al ridículo en notas tan proporcionadas y que engarzan tan justas, que realizan a perfección en el tango lo que en el teatro se conoce con la clasificación de "grotesco". Enrique Discépolo consigue así hacer en sus tangos lo que en nuestro teatro ha hecho, como ningún otro, su hermano Armando. El drama y el ridículo, el dolor y la risa, la situación dramática y la frase festiva. El sufrimiento del hombre que encuentra hecha una ruina ambulante a la mujer que más quiso, y en seguida, para no ponerse grave, la frase pintoresca que marca el contraste del "grotesco":

Flaca, dos cuartos de cogote...

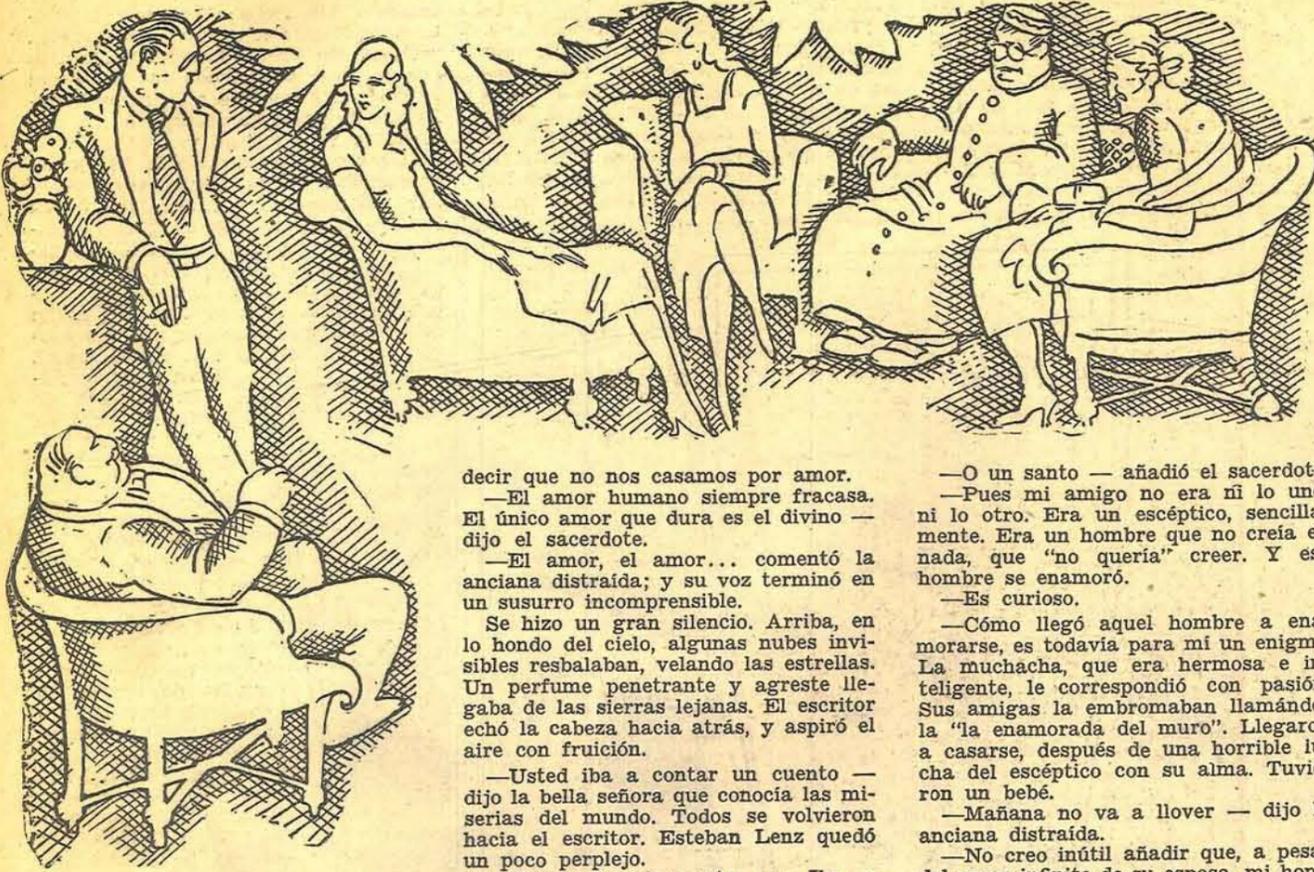
Y el cuadro de la miseria, mirada con buen humor:

*Cuando no tengas ni fe
ni yerba de ayer
secándose al sol...*

Discépolo me dice:

—No hay que ponerse grave. Eso queda muy feo. Siempre hay que buscarle la vuelta para sonreír de todo.

El tango de Discépolo es una "cachada" al dolor.



RA una noche de verano, en un hotel de turistas, perdido entre sierras.

—El amor suele ser, salvo raras excepciones, un sentimiento inconsistente y frágil, una trampa combinada de la imaginación y de la naturaleza, una ilusión tan torpe y tan sin base, que asusta y aflige. La prueba de ello es que la mayoría de los que se casan podrían haberse enamorado de otras cien personas distintas, siempre con la misma buena fe y con idénticos argumentos para convencerse de que ése, y no otro, era el amor único, eterno, predestinado — dijo el escritor Esteban Lenz.

—Pero ¿es que van a hablar otra vez del amor? — interrumpió con tono protector el comerciante Márquez. Esteban Lenz, cuyos cabellos comenzaban a blanquear, paseó una mirada rápida por su pequeño auditorio. Estaban allí Mabel, una hermosa morena entusiasta por los deportes, el ya citado comerciante Márquez, una bella señora de mediana edad que parecía conocer las miserias del mundo, una anciana distraída, y un sacerdote.

—Lo mismo podríamos hablar de otra cosa — dijo el escritor —. ¿Qué piensan ustedes? ¿Lloverá mañana?

—¡Ojalá no llueva! — opinó Mabel —. Los caballos para el paseo ya están pedidos, y el "lunch" también. Sería una lástima.

La bella señora de mediana edad se volvió hacia Esteban con una sonrisa. —Tiene usted teorías pesimistas sobre el amor — dijo.

—No tengo teorías, señora — contestó el escritor —; pero he visto muchas cosas. He visto personas enamoraditas llegar al odio más perfecto después de algunos años de convivencia. He visto fracasar lamentablemente casi todos los matrimonios que conozco.

—Falta de conformidad cristiana — terció el sacerdote.

—Eso también. Eso, y otras muchas cosas. Lo natural sería que hubiera un gran amor sencillo que durara toda la vida, como en las novelas románticas. Pero la gente se complica terriblemente los sentimientos, y por eso nada dura. Por eso, y por todo lo demás.

—Lo que usted dice, es un poco vago — comentó la señora con aire pensativo —. Sin embargo, me parece que lo comprendo. Si... Yo también creo que un solo amor basta. Así debería ser. Y así es, a veces. Hay casos extraños... Casos que hacen dudar. No siempre el amor se equivoca.

—Me olvidé de tomar mi té — dijo la anciana distraída.

—Por eso hablé de excepciones — explicó el escritor —. Yo mismo conozco un caso...

—Lo que pasa es que la gente se casa por amor, y los únicos matrimonios que verdaderamente resultan, son los de conveniencia — apuntó el comerciante Márquez —. Mi mujer y yo, por ejemplo, hace ya quince años que estamos casados, y nunca hemos tenido el más leve disgusto. No necesito

decir que no nos casamos por amor.

—El amor humano siempre fracasa. El único amor que dura es el divino — dijo el sacerdote.

—El amor, el amor... comentó la anciana distraída; y su voz terminó en un susurro incomprensible.

Se hizo un gran silencio. Arriba, en lo hondo del cielo, algunas nubes invisibles resbalaban, velando las estrellas. Un perfume penetrante y agreste llegaba de las sierras lejanas. El escritor echó la cabeza hacia atrás, y aspiró el aire con fruición.

—Usted iba a contar un cuento — dijo la bella señora que conocía las miserias del mundo. Todos se volvieron hacia el escritor. Esteban Lenz quedó un poco perplejo.

—Cuento, precisamente, no. Iba a contar un caso ocurrido a un amigo mío, cuyo nombre no quiero decir. Pero ya ha pasado el momento.

—¿Por qué? — dijo Mabel —. Un cuento de amor siempre interesa.

—Es que es y no es un cuento de amor. Los que esperan hallar en él romanticismo, juramentos, lágrimas, van a sentirse defraudados; los que sólo gozan con el lado escéptico del amor, también. Es un cuento que no tiene órbita fija.

—Mejor. Eso suele pasar con los cuentos vividos — dijo la dama de experiencia —. Cuéntelo usted.

—El protagonista fué a mi amigo mío.

Era uno de los hombres más serios, concentrados, que parecen ignorar que la palabra es un don divino. Además, era un escéptico. El amor es estúpido — solía decir en sus raros momentos expansivos —. El amor es la mayor desgracia de los hombres. El amor es un pasatiempo para holgazanes y para imbeciles —. Todo lo que decía era por el estilo. Solía abrumarme de ideas materiales al respecto, y nunca hubo en la vida un hombre que peor opinase sobre el amor. No hablaba ni de mala fe, ni por despecho. Lo hacía sensata y razonablemente, con argumentos científicos y convincentes, porque sabía mucho. No era tampoco de exterior desagradable, como podría creerse por sus ideas. Más de una mujer se hubiera sentido orgullosa de ser su compañera. Pero él no quería casarse.

—Una bonita especie de egoísta era el tal amigo suyo — dijo el comerciante.

—¿Por qué egoísta?

—Un hombre que no cumple con su misión en la vida es un egoísta.

—O un santo — añadió el sacerdote.

—Pues mi amigo no era ni lo uno, ni lo otro. Era un escéptico, sencillamente. Era un hombre que no creía en nada, que "no quería" creer. Y ese hombre se enamoró.

—Es curioso. —Cómo llegó aquel hombre a enamorarse, es todavía para mí un enigma. La muchacha, que era hermosa e inteligente, le correspondió con pasión. Sus amigas la embromaban llamándola "la enamorada del muro". Llegaron a casarse, después de una horrible lucha del escéptico con su alma. Tuvieron un bebé.

—Mañana no va a llover — dijo la anciana distraída.

—No creo inútil añadir que, a pesar del amor infinito de su esposa, mi hombre no renunciaba a sus viejas convicciones. Lo que aquella pobre muchacha sufrió no es para contarlo. Algún tiempo después, el bebé murió. Fué un golpe espantoso para el matrimonio.

Poco a poco fué naciendo en mi amigo la diabólica idea de que su mujer no lo quería bastante; de que, si él también se muriera, no tardaría en querer a otro hombre. Este miedo le atormentaba hasta hacerle perder el juicio.

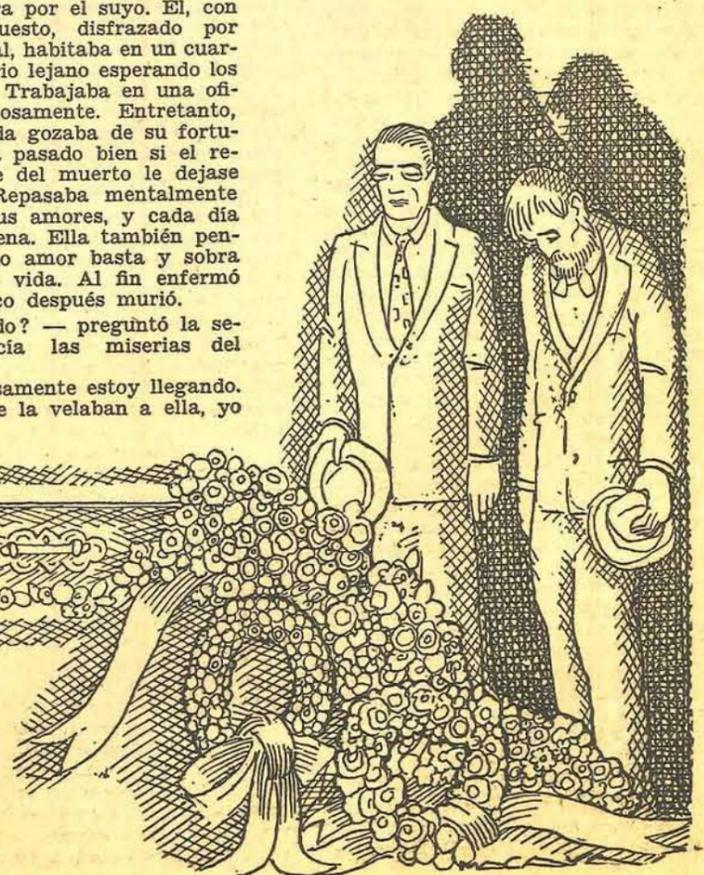
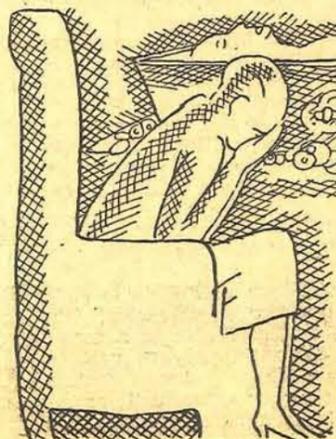
—¿Qué hombre extraño...! — dijo Mabel.

—Esos escépticos son así. No hay amor más candente que el de un escéptico. Mi amigo, que era un gran

apasionado, no podía desear sus penosas imaginaciones. Cinco años después, sin decir nada, sin dejar siquiera unas letras de despedida, se fué de su casa para siempre. Como al Matías Pascal de la novela pirandelliana, le creyeron muerto, y tomaron el cadáver de un suicida cualquiera por el suyo. El, con un nombre supuesto, disfrazado por una barba natural, habitaba en un cuartucho de un barrio lejano esperando los acontecimientos. Trabajaba en una oficina y vivía penosamente. Entretanto, su presunta viuda gozaba de su fortuna, y lo hubiera pasado bien si el recuerdo constante del muerto le dejase algún sosiego. Repasaba mentalmente la historia de sus amores, y cada día era mayor su pena. Ella también pensaba que un solo amor basta y sobra para llenar una vida. Al fin enfermó gravemente. Poco después murió.

—¿Y el marido? — preguntó la señora que conocía las miserias del mundo.

—A eso precisamente estoy llegando. La noche en que la velaban a ella, yo



estaba en casa, entristecido por aquella muerte.

Era una noche como ésta, calurosa y oscura. Abrió una ventana que daba a la calle, y a un paso de distancia vi a un hombre de pie, a un hombre delgado, de tupida barba negra. Me hizo pensar en alguien que en otro tiempo había conocido —. No puede ser — me dije, desechando la idea. Entonces el hombre se me acercó, y con voz familiar me preguntó:

—¿No te acuerdas de mí? —. El estupor me paralizó. En seguida reaccioné y le hice entrar. Mi amigo estaba palidísimo. Entre sollozos me contó que había hecho aquello para tener constancia del amor de su mujer. La constancia la tenía ya, pero ¡a qué precio! Y pensar que ni siquiera podía ir a darle un beso de despedida... Luego me dijo cómo, desde una habitación desalquilada enfrente de su casa, había espionado durante todo ese año las idas y venidas de su mujer, su soledad, su tristeza: cómo le latía el corazón cada vez que la veía pasar frente a las ventanas; los celos espantosos que sentía cuando alguien iba a verla; su arrepentimiento punzante una vez que la vió llorar. Luego, poco a poco, había ido dejando de verla. Una vez oyó hablar vagamente de que se iba a casar con un banquero conocido. Después supo que estaba enferma. Más tarde tuvo, también por casualidad, algunos datos sobre su dolencia. Y he aquí que ahora...

—Yo la he matado... — repetía con desesperación.

No lo pude consolar. A riesgo de que alguien lo conociera, fuimos juntos al velorio. Mi amigo permaneció toda la noche de pie en un rincón cercano al atúd, mirando fijamente el cadáver. Todos me preguntaban quién era aquel hombre —. Un escribiente enamorado de ella — contesté —. Se parece mucho al marido muerto — decían todos. Cuando llegó el momento de irnos, mi amigo se acercó al cajón, y acercando una mano, rozó apenas los cabellos de su mujer. Luego se llevó con disimulo la mano a los labios. Se tambaleó como si fuera a desmayarse, y acudí en su auxilio. Lo saqué de allí más muerto que vivo. Nunca más lo volví a ver.

El fin de la historia pareció prolongarse en el largo silencio que la siguió.

El auditorio de Esteban Lenz quedó realmente pensativo.

—No es muy alegre su cuento — comentó al fin jovialmente el comerciante —. Además, trata de cosas absurdas, y el protagonista, con perdón de usted, señor Lenz, no es más que un loco. No conviene que las muchachas oigan esos cuentos. ¿No es verdad, Mabel?

—Son narraciones pecaminosas — dijo el sacerdote —. Aquel hombre no era católico.

—Es verdad — terminó gravemente la señora que conocía las miserias del mundo. No era católico, pero era un hombre, un hombre de hierro. No todo el mundo es capaz de hacer una cosa así.

—Iré a tomar mi té — dijo la anciana distraída.

"Mais, où sont les neiges d'antan?" — FRANÇOIS VILLON. — "Ballade des dames du temps jadis".



El fragor de las ovaciones que obtuvisteis en las acrobáticas cavatinas y "arias de bravura", hace tiempo que por completo se extinguió. No ha dejado huellas del arte avasallador de esas gargantas — gargantas de "pájaros canoros" — en que a las sinceras efusiones de un corazón ardiente se mezclaban las impuras manchas de la vanidad. Vuestras sucesoras actuales... ¿pueden llamarse sucesoras? Falta en ellas el inspirado soplo, la fe en ese arte del "bel canto", cuya disciplina ardua y cuyos secretos se han perdido a fuer de no interesar a nadie. Y el objeto de vuestros desvelos: las óperas de Stradella, Mayer o Donizetti provocan la general reprobación o un interés histórico y recitativo.

Sin embargo, cuando leemos vuestros nombres en un antiguo tratado musical o contemplamos vuestras efigies en el "foyer" de un ruidoso teatro de Lyon o de Bolonia, pensamos en los desvanecimientos de nuestras abuelas, al escuchar las quejas de "Aureliano en Palmira", o en el alegre repiqueteo de sus dedos siguiendo el ritmo acelerado y chispeante de "Crispino e la comare"... Los tocados rebuscados, los extravíos, las alegóricas elegancias de que bicisteis gala, nos divierten como las astucias de los niños. Ingenuas perversas, "desaparecidas en el abismo de donde no se vuelve", al evocar vuestro recuerdo tenemos la sensación de sumergirnos en un pasado remoto. Y como de un envejecido legajo de cartas escritas con letra menuda, del cual fueron surgiendo — entre el oropel de la retórica — flores desecadas y bucles primorosos, de vosotras también parece desprenderse una fragancia tenue, nostálgica, marchita.

A partir del siglo pasado, la ópera italiana había perdido casi por completo las nobles tradiciones de la escuela florentina, que ilustró un Caccini, y de la escuela de Venecia cuyo modelo fue la "Ariana" de Claudio Monteverdi. Preponderaban, en cambio, las formas caras a la ópera napolitana, compuesta de "pezi-staccatti": coros, arias, dúos, tercetos, trozos concertados, ligados entre sí por recitativos más o menos insignificantes. En estos recitativos, que musicalmente carecían de todo valor, se condensaba la acción por completo, resultando las óperas una larga serie de arias de virtuosismo, de sonatas vocales. Los asistentes, acostumbrados a la mezcla "contra-natura" que se les ofrecía, no prestaban al drama la menor atención, pero se entusiasman lo indecible por los trozos que el tenor o la "prima donna" tenían que interpretar.

Imaginemos la Ópera de Milán en el año 1817. Se representa "Elena", del viejo Mayer. Los abonados prolongan los intervalos recorriendo el "foyer" sombrío e inmenso de la Scalla, mientras discuten el tema que apasiona los espíritus: la lucha entre el romanticismo y la academia. Algunos, en el antepalco, toman sorbetes y chocolate, dirigen requiebros candentes a las damas o juegan al naípe. De pronto, cuando la orquesta ataca "cierto sexteto sublime", víctimas de una súbita transfiguración, quedan silenciosos. En los palcos, por entre las pesadas cortinas de felpa, asoman sus rostros extáticos. Es entonces cuando Stendhal percibe en la mirada de Lord Byron una expresión de arrebamiento que lo deja literalmente fulminado. "De sorprenderlo una mujer en aquel instante — agrega Stendhal — se habría sentido dominada por la pasión". Una vez concluido el sexteto sublime, sin conceder importancia al resto de la obra, todos vuelven a la partida comenzada...

El trozo de batalla que el cantante llevaba siempre en sus maletas, dispuesto a insertarlo en cualquier ópera que hubiera de interpretar, llamábase "aria

di baule". El cantante Marchessi, por ejemplo, tenía por aria de baúl la de Ciro, y la cantaba en obras tan distintas, como Semiramis, Artaserse, Cleopatra y Dafné. La letra de estas arias desarrollaba ideas generales, imágenes, comparaciones y sentencias que, no teniendo nada que ver con la acción, podían bien o mal pasar de un drama a otro. Los compositores Porpora y Jomelli intentaron severas reformas, pero luego tuvieron que ceder, y el mismo Rossini se vió obligado a transigir por las exigencias

mente. Este último, muy amigo de su padre, la presenta una noche en "L'Abbaye-Aux-Bois" y Felicia entona el aria "E pur diceste. ¡Oh bocca bella!" bajo la mirada benévola de la excelsa Julieta, en cierta "seance" que ha quedado famosa, durante la cual Delfina Gay recita versos y Chateaubriand lee fragmentos de las "Memorias de Ultratumba". Ya es casi una mujer. Posee las formas redondeadas de las españolas, su carnación blanca, animada por el tinte de una sangre impetuosa. En 1825, mientras su padre ac-

menguante para emprender una acción enérgica, tendiente a obtener un contrato ventajoso a su favor. Indignada, rechaza las propuestas insignificantes que le hace, prefiriendo renunciar al teatro que someterse a la atroz humillación de papel de partiquina. Es una española voluntariosa y contumaz.

De pronto, el destino le brinda su oportunidad. Pocos días antes de estrenar "El Barbero de Sevilla", Judith Pasta se enferma. María Felicia, ¿acaso podía ser de otra manera?, la substituye en su papel. Con febril ansiedad, en pocas horas aprende todos los recitativos de la obra y, desde la noche del estreno, queda consagrada. En adelante su vida escénica será

una ininterrumpida sucesión de éxitos. Triunfa en "El Cruzado" meyerberiano, a pesar de la vacuidad de esa música, y al finalizar la temporada desarrolla una "tournée" por Nueva York, Manchester y Liverpool, de donde se embarca con rumbo a Nueva York. Su padre, apurado de fondos, le concierta matrimonio con un rico comerciante, hombre viejo y sensual, hacia el cual Felicia no experimenta el menor afecto. Desposada, hácese pública la miseria de su marido, y esto ocasiona, como es lógico suponer, una separación inmediata. Cariacotocidos, padre e hija regresan a París. La travesía es tormentosa e

incómoda. La diva, mareada, chupa el zumo de limones agrios y llora sin consuelo. Está decepcionada de la vida. No cree en los afectos humanos. Pero poco tiempo después, en un recital, conoce al violinista Beriot. Y entonces, sin esperar que termine su proceso de divorcio, contra la opinión de todos y en especial de su padre que espera esta vez, con mejor suerte, conseguirle un protector opulento y poderoso, súbitamente enamorada se entrega a él.

No goza largo tiempo de su dicha. Paseaba en Hyde Park una mañana, semejante a aquellas Amazonas de las estampas de Gavarni, cuando su caballo la arroja por tierra. Este accidente, al parecer de escasa importancia, adquiere carácter alarmante. Durante un concierto, después de una larguísima y trabajosa cavatina entre los aplausos desbordantes del público, Felicia sufre un desmayo. Los médicos la sangran copiosamente — esas abominables sangrías del siglo pasado —; el mal progresa y en 1836, a los 28 años de edad, fallece en Manchester "la bella Malibrán".

Fué también una discreta compositora que ha dejado numerosas romanzas, como ser: "La Bayadere", "La Resignation", "Le Retour de la Tyrolienne", etc. Su voz era de mezzo-soprano, pero mediante hábiles artificios podía cantar, ya como contralto, ya como soprano aguda. Con suma facilidad pasaba de una a otra voz y este rasgo atrevido, que ahora nos hace sonreír escépticamente, prestaba extraordinario carácter a sus interpretaciones. Sus excentricidades e incorrecciones geniales suscitaban ataques y vehementes controversias. Inventó formas que impuso como tipos. Obligó a admitirlas y hasta imitarlas. Había siempre audacia en la elección de adornos para su canto, incluso en aquellos de mal gusto a los cuales recurría, ávida del éxito popular. La extensión de su talento recién podía comprenderse viéndola en escena: entonces su imaginación se exaltaba y mil improvisaciones acudían a su mente. Nadie pudo resistirse a su patético canto. Alfredo de Musset, luego de escucharla, compuso sus famosas "Stances a la Malibrán".

Bien diferente a ella por el estilo severo, no exento de afectación, con que revestía sus interpretaciones, fué Judith Pasta, notable intérprete de Rossini y creadora de las heroínas de Bellini. Recordemos su retrato que Stendhal nos hace en uno de sus libros:

"Joven y bella, de alma exaltada e inteligencia rápida, no se aparta jamás en sus gestos de las normas del bello ideal. Su voz no tiene un solo "metal"o". Posee dos fisonomías diferentes y es de considerable extensión. Para avivar el colorido de una frase emplea el "falsetto" hasta en las notas medias y

(Continúa en la pág. 22)



La Malibrán

Giuditta Pasta

Madame Colbran

CANTATRICES DE ANTAÑO

POR JORGE PINTO

de aquel "castratti Vellutti", de voz "dolicísima e ideale" y de la soprano Colbrand, que no podía sostener las notas largamente y cuya mayor habilidad consistía en los "gorgheggio". Los intérpretes, sobre los cuales descansaba el interés artístico de la función, engalanaban con primores de su cosecha los trozos del repertorio.

El público regresaba frenético a sus casas, el rostro congestionado, los ojos brillantes de entusiasmo, canturreando los trozos más conocidos, comentando a los artistas, discutiendo la mayor o menor potencia de sus órganos vocales. En la actualidad, tan solo los toreros en España o los boxeadores en los países de América, despiertan este furioso e indomeñable entusiasmo colectivo.

Los dramas terribles o las farsas ingenias que se llamaban "Ciro en Babilonia", "Didone Abandonata", "Don Pascuale" o "El Turco en Italia", requerían protagonistas excepcionalmente dotados, con una voz amplia y dúctil, plástica, escultural o grácil atractivo. De entre este brillante cortejo formado por Mme. Henri, de l'Opera de Paris, la Shroder Devrient, la picante Marcolini, la Mariani, las hermanas Grissi, etc., recordemos algunos rasgos de tres cantantes que llenaron de admiración a todos los públicos de Europa en el siglo pasado.

Quizá ninguna haya suscitado tan calurosos homenajes como María Felicia García, conocida con el nombre de "La bella Malibrán". Era hija del celebrado tenor y compositor español Manuel García, quien la inició desde niña en el estudio de la música. María le acompañó en su carrera de virtuoso, acostumbándose a una vida lujosa y chocarrera. El espectáculo de civilizaciones diferentes, el trato con gentes heteróclitas, de todo pelaje, dieron amplitud a su espíritu y libertad a sus maneras. Bien pronto vióse libre de los pocos prejuicios que pudo inculcarle su padre, andaluz embustero y sin escrúpulos, que exaltaba su imaginación con ficciones historias y gustaba ponderar, en rueda de amigos, la extraordinaria voz de "la pequeña", su peregrina belleza.

A los quince años María domina cinco idiomas y es una pianista original y vigorosa. Durante los agitados días de la Restauración, bajo el reinado de Luis XVIII, vive con su padre en París, rue de la Serpente, barrio de la Universidad, rodeada de bohemios que elogian sus encantos y su voz angelical. Entre esa multitud que frecuenta su casa, destacan algunas figuras de valer intelectual: la condesa Merlin, Prosper Mérimée, que la animan a cantar pública-

mente. Este último, muy amigo de su padre, la presenta una noche en "L'Abbaye-Aux-Bois" y Felicia entona el aria "E pur diceste. ¡Oh bocca bella!" bajo la mirada benévola de la excelsa Julieta, en cierta "seance" que ha quedado famosa, durante la cual Delfina Gay recita versos y Chateaubriand lee fragmentos de las "Memorias de Ultratumba". Ya es casi una mujer. Posee las formas redondeadas de las españolas, su carnación blanca, animada por el tinte de una sangre impetuosa. En 1825, mientras su padre ac-

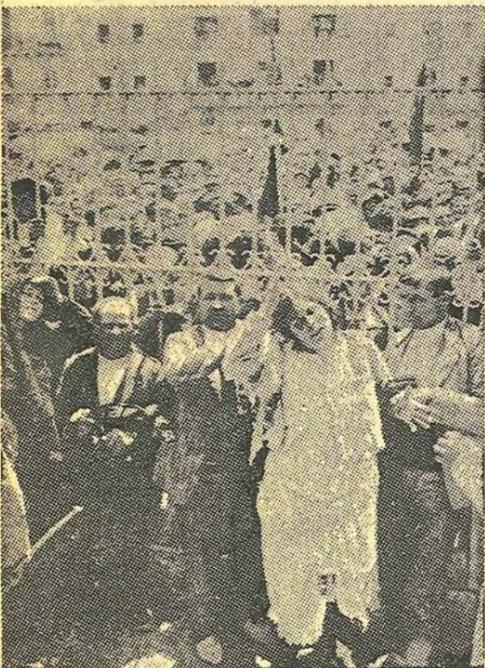
túa como primer tenor en King's Theatre, Felicia triunfa en los salones londinenses. Elisabeth Forster la invita a cantar. Continuando las ilustres tradiciones de la casa, es la mujer "plus mecenienne de l'Europe", sucesora en el Ducado de Devonshire de la célebre Georgina, esa tuerta espiritual que Gainsborough pintó de perfil en el retrato de Chatsworth. En Devonshire House, entre damas de la nobleza inglesa centellantes de diamantes y esmeraldas, aparece Felicia sin una sola joya, pálida y sombría, con un vestido de terciopelo rojo color "sangre de buey". Todo el mundo — dice lady Morgan en Whig Society — ha felicitado a Elisabeth por su brillante "adquisición"...

Estos fáciles triunfos, este público de señoras amables que le hacen cumplimientos, de caballeros que admiran ante todo su belleza y pretenden seducirla, ¿la satisfacen por completo? Felicia no queda contenta. Tiene diez y siete años. Se halla en la plenitud de su gracia y de su voz. ¿Habrá de conformarse con la gloria reducida y trivial de los salones? Por aquel entonces Judith Pasta obtiene un éxito clamoroso en el papel de Ana Bolena. Felicia la escucha, y sus anhelos de artista, sus ambiciones de mujer vanidosa se despiertan. Contéplase a sí misma, desde el tablado, en lugar de la actriz napolitana, recibiendo el homenaje de la multitud delirante y ebria de entusiasmo.

Manuel García le aconseja que espere en el futuro y se resigne. Sus predicas tan sólo logran irritarla. Las anécdotas mezcladas con embustes, los relatos fabulosos de los triunfos obtenidos en sus jiras por Rusia y Alemania, la dejan impávida. A veces, como en los primeros tiempos, él intenta referir: — "Cuando Catalina II, en 178 —, luego de oírme cantar me regaló una tabaquera guarnecida de diamantes"... Pero una mirada de Felicia le hace vacilar y suspender la narración. Ya no es una chiquilla. Comienza a sentir un obscuro desprecio por ese verboso andaluz, que adivina sobrado egoísta bajo sus efusiones y volubilidad; demasiado ocupado de sí mismo y de su voz



Procesión de disciplinantes (siglo XVII)



Una endemoniada de Jaca en el momento de ser exorcizada



Los disciplinantes de Goya

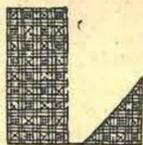


La procesión de epilépticas y endemoniadas de Molenbeek, por Breugel

DISCIPLINANTES Y EXORCIZADOS

(Para LA NACION) MADRID, noviembre de 1930

P
O
R
R
A
M
O
N
G
O
M
E
Z
D
E
L
A
S
E
R
N
A



LOS disciplinantes y los endemoniados se mezclan en la misma zarabanda de epilepsia y fanatismo.

Aun hay posesiones en el norte de España en que los disciplinantes se levantan túrgidos y pintan en su espalda un cuadro de sangre y martirio.

Cuenta Regoyos en el libro que escribió en compañía del poeta belga Verharen, que la autoridad ha querido prohibir esos azotes voluntarios y desgarrantes, pero los flagelantes ociosos durante el año de la prohibición, sufrieron graves enfermedades porque acostumbrados a la sangría abundante de su procesión anual, la sangre preparada para ese flujo depurador les infeccionó al quedar en sus venas, sin purgación ni sangría.

Los látigos acabados en bolas de cera incrustadas de cristallitos en punta, funcionan sobre las espaldas, abjurando la sangre mala, vacunando de congestiones, sonsacando los humores perniciosos.

Estudiando este complejo de los disciplinantes quizá se pudiese encontrar en el deseo pro salus de la sangría, el fervor humano por echar la sangre mala, un rito del pasado instintivo y depurativo.

Sobre lo que ofrecen a Dios en su martirio los flagelantes está lo que se ofrecen de curativo a sí mismos, el voluptuoso verter sangre espuria, además del frenesí de las desgarraduras bajo la expectación de un público de mujeres y hombres. ¡Heroicidad precaria y suicidante!

En los sótanos de la iglesia de San Ginés, de Madrid, a mediados del siglo pasado, se celebraban aquelarres de disciplinantes que se azotaban unos a otros en confuso sadismo. Un francés que quiso asistir al espectáculo fué vituperado por aquellos hombres enardecidos y por pura casualidad salió indemne del antro, él que sólo era curioso.

Goya asistió con su atención empincelada al festejo de los flagelantes y perpetuó la insania de la escena, sangrantes las

mejillas de las espaldas, rubricados de rojo los omoplatos.

Sentenciados por sí mismos y con capirote eran como los sentenciados por la Inquisición, sino que sin hopa ni destino de cenizas. Purgaban a la vista de todos pecados interiores gracias a las sanguijuelas rojas que veían su espalda.

La multitud hipócritamente robaba voluptuosidad a la proyección del sadismo y ponía en sus espaldas cosquilleos y parches voluptuosos.

Junto a los disciplinantes aparecen los endemoniados que aun continúan yendo en procesión hacia el exorcismo en algunos pueblos de España.

El día de Jaca es un día terrible en que los epilépticos llegan de muy lejos buscando la salud en la confrontación con las reliquias y los santos.

Una epilepsia menos voluntaria que la de los disciplinantes caracteriza a estas almas embravecidas. Temores religiosos, ardores instintivos, hereditarios, contumaces les llevan al pie de las catedrales, custodiadas por los fuertes sicarios que las contienen.

Escapados al rigor de su vida en el día grande en que intentan su curación, tienen visperas de gozo en la soledad de los montes, pues han huido para curarse entregándose al libertinaje del último ataque.

Hombres y mujeres encuentran cuevas de última noche en las proximidades de la ermita milagrosa o de la catedral imponente y aplastan en mutuo alarido la sierpe de su epilepsia.

Es esta humanidad de flagelantes y endemoniados una humanidad desconsiderada que aun no ha aprendido a reducirse a sí misma sin aspavientos ni desgañamientos, como ya está reducida la humanidad civilizada que sabe retorcer el pescuezo a sus conatos de epilepsia y a sus deseos de sadismo.

En sitios menos fanáticos que España, esta epilepsia descomulgada solía curarse obligando a los pacientes al baile y al ajetreo durante muchas horas seguidas, mientras la gaita aliviaba el esfuerzo y daba ritmo a la zarabanda.

En la España abrupta se achaca al diablo todo frenesí; y tanto epilépticos como pseudo epilépticos son conducidos a las procesiones en que aparece a la luz de la calle la imagen milagrosa o la urna en que se guardan sus esquiras.

Día fuerte y espectacular es el de la conducción de los epilépticos al atrio de los exorcismos. Merienda de almas coleantes celebra la multitud en las grandes plazas desde las que se ve mejor todo.

Los epilépticos y las epilépticas llegan en el momento paroxístico de su furor, cuando van a echar de sí al diablo a la vista de todos, descompuestas y desabrochadas las ropas, en el último instante de ser poseídas.

Todos contemplan con seriedad el momento solemne en que se debate el ser humano y en que se va a descartar lo que hay de superstición de lo que hay de epiléptico en el que es sometido a la prueba pública.

Fuerzas de hierro se contradicen en el ser sometido a la curación suprema. Es dos seres en uno, el ser bueno y el ser malo y los dos luchan en una misma persona.

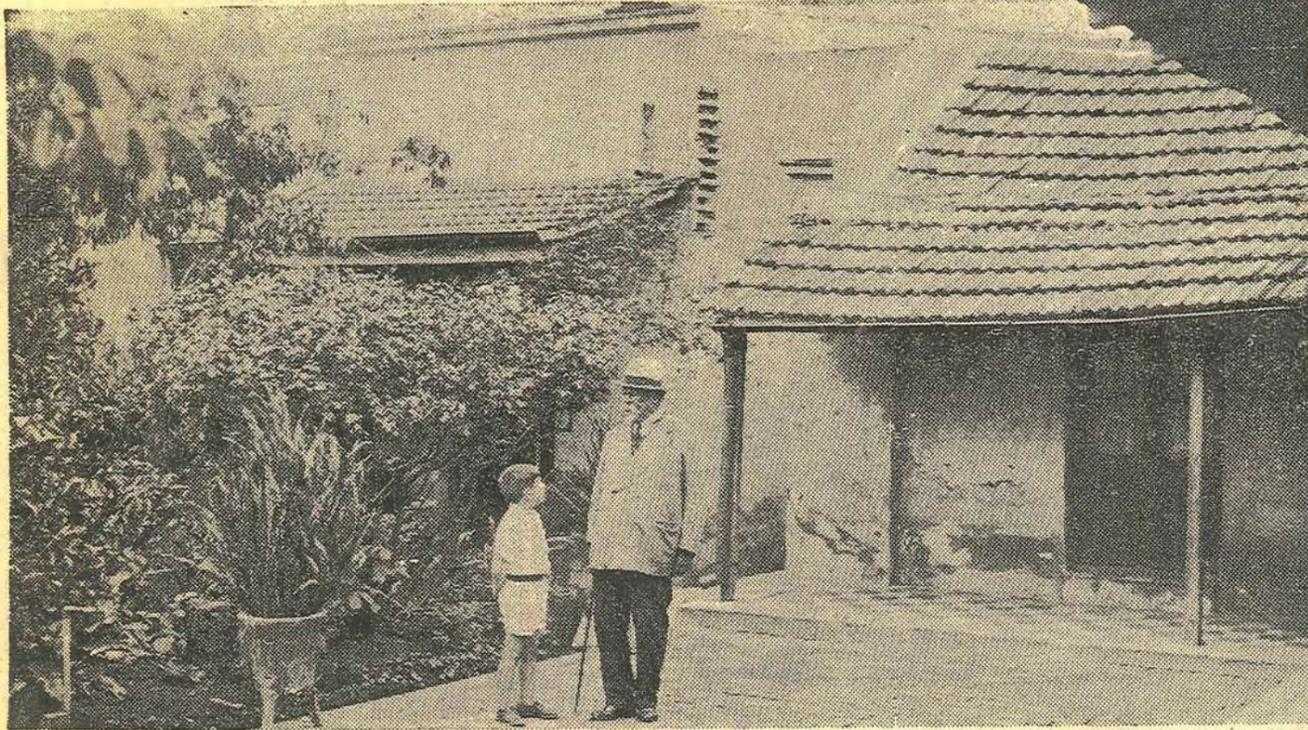
A los energúmenos que les conducen les cuesta gran trabajo contener a esos dos elementos que luchan y que vierten blasfemias y veneraciones mezcladas.

La multitud sobrecogida ve lo que tiene de forajido el ser humano en libertad de instintos y goza también solapadamente el paroxismo de las víctimas como esos gozadores perversos que sólo quieren la locura y el aspaviento de sus víctimas.

Un día se aclarará bien lo que quiere decir el contorsionismo de estas víctimas y la vergonzosa delectación de las multitudes, y la epilepsia tendrá que ser secreta para no caer en depravaciones de estilo público.

Bajo la luz de lo que significa cada cosa quedarán desmascaradas muchas costumbres bárbaras y eso abolirá el juego vergonzoso de las multitudes prevaleciendo de ciertos espectáculos.

Mostremos todo lo que hay debajo de esta incontinencia de lo fanático y que la distorsión humana tenga cauces de más dignidad.



El cantor popular con su nietecito Horacio, quien oye encantado sus consejos

FIGURAS POPULARES

El cantor del Delta

POR
MARIANO MENDOZA

Don Leopoldo Murcho, a quien el pueblo de San Fernando va a regalar una casa en las islas, por ser el cantor del Delta y un servidor desinteresado de la ciudad



El vecindario de San Fernando ha organizado una subscripción popular para construirle una casa a D. Leopoldo Murcho, quien, entre varios títulos meritorios, ostenta la dignidad lírica de llamarse "el cantor del Delta". La casa le sería levantada en una isla, junto al Arroyón, en parcela que ya le fué donada por D. Angel Márquez — consignemos su nombre — y en la vecindad de los frescos sauzales que decoran el paisaje agreste.

La noticia, que leí en un periódico, me dejó asombrado como es de imaginarse. ¡El Delta ya tenía su cantor y se le iba a regalar una casa! Dos motivos para dejar estupefacto a cualquiera.

Resolví trasladarme a San Fernando, y conocer al señor Murcho. Y así lo hice. Me proporcioné el regalo de un paseo a la vera de la costa, después de varios años, saboreando la riqueza del paisaje, gozando los ojos en el color y la luz. Los caseríos de las barrancas, las oleadas de perfumes que el aire arrebatada de jardines y arboledas, y aquella plata celeste del río, ardiendo toda, fulgurando toda, bajo la deslumbrante dulzura del sol...

Llegué a sentirme como hecho de otra substancia, saturado de aquel aroma, de aquella maravilla de colorido. Y cuando llegué a San Fernando, era el más ágil y feliz de los hombres.

En esta ciudad, el panorama arquitectónico se modifica. San Fernando, por sus líneas generales, pertenece al pasado. Los rojos tejados de Olivos y San Isidro, son allí desconocidos. En cambio, triunfan la azotea, los colores claros, las calles tiradas en línea recta. Igual que Morón, San Fernando es una vieja ciudad criolla de provincia, con el añejo sabor de nuestro pasado.

Todo el mundo conoce al señor Murcho. En la estación, por las calles. Me es sumamente fácil llegar hasta su domicilio, atravesando un barrio lleno de jardines, y de casas a la antigua usanza, pues muchas tienen su cancel de hierro y su puerta de entrada en el zaguan. Don Leopoldo vive en su modesta casita, de gran patio y viejos aleros. Es un anciano de robusta apariencia y alegre rostro, que sale a recibirme con campechana cordialidad.

Sentados ya en una salita, inició la conversación.

—He leído en un diario, esa noticia extraordinaria...

—Sí, señor... todo es verdad. El vecindario de San Fernando, que me quiere mucho, ha tenido esa buena idea... Yo he nacido aquí, en esta, y ya cuento setenta y un años... Aquí he vivido, he trabajado y escrito mis versos a las bellezas naturales, que me han granjeado el título de "cantor del Delta"...

—Muy bien, muy bien... Vamos a conversar de todo eso...

Don Leopoldo, que ha subrayado casi todas sus frases con alegres risas, es un hombre de jovialidad sanguínea, que se desborda en fácil y agradable locuacidad. Sus ojos pequeños, que parecen maliciosos y son, en realidad, muy cordiales, le dan una expresión de picardía, pero de picardía sana, picardía de abuelo jugando con sus nietos. Y allí

corretean por el patio alguno de estos picaruelos, o asoman tras de la puerta sus ojos curiosos.

—Setenta y un años y nacido aquí... ¿Usted conocerá la historia de esta ciudad? — le digo, sintiéndome con apatencia de recuerdos y anécdotas.

—Conocí, sobre todo, a grandes hombres que vivieron y pasaron por aquí... A Marcos Sastre, que fué, puedo decir, mi maestro, en el sentimiento de la naturaleza. Usted sabe que escribí el "Tempe Argentino", describiendo la flora y la fauna del Delta... Ese gran educador y naturalista, tuvo su escuela aquí cerca, que todavía funciona... Conocí a Sarmiento...

—¿A Sarmiento?...

—Sí, señor... y le acompañé muchas veces, siendo yo un muchacho, a la isla que dicen Carapachay, por el arroyo que la baña... Ya le voy a contar, después que hablemos de esto...

—Cuenta ahora, nomás... Y vamos mezclando una cosa con otra... A mí me agrada conversar así, en ese agradable desorden, porque encierra su espontaneidad pintoresca...

Pero D. Leopoldo ya tiene en las manos algunos papeles importantes y se ha calado las antiparras. Va a leerme el acta, nada menos, por la cual se resuelve invitar al pueblo de San Fernando a realizar la subscripción. Es

un documento que me lee con su desbordada alegría, voz vibrante y movido ademán. Me quedan en el oído algunas frases, del documento muy honroso para él. Los vecinos se congregan para rendir un homenaje a D. Leopoldo Murcho, "no solamente como escritor y cantor de nuestra región isleña, sino como viejo prestigioso servidor de esta ciudad que le viera nacer, donde a través de cincuenta años de luchas férricas y desinteresadas, dejó bien sentado su sólido prestigio de servidor honesto"... "en épocas de epidemias, supo neutralizar los males"... "en su larga actuación, no percibió remuneración alguna"... "El delicado poeta y probo funcionario, hoy en el ocaso de su vida, nadie más merecedor de tener su casa propia, en el sitio del sueño constante"... "nido donde añore días mejores y tenga una vejez feliz"... Y vienen luego muchas frases de vecinos prestigiosos.

—¿Eh?... ¡Qué "actita"!... — se interrumpe D. Leopoldo, radiante de felicidad. Y agrega en seguida —: ¿pero usted querrá conocerme como poeta?... ¡Naturalmente! Yo no he publicado nin-

gún libro. Todo lo que he escrito, se halla desparramado por nuestros diarios y revistas... Yo soy un cantor natural... como sale... Recuerdo a este respecto que Belisario Roldán, discutiendo con varios amigos, les decía: "Murcho escribe así, porque es su manera... No puede ni debe cambiarla"... Y así escribo yo, señor... Aquí tiene. Este es mi canto "El Delta del Paraná y sus conquistadores"... Voy a leerlo, así se forma usted una opinión... Me lee toda la poesía que, según me entero, le fué premiada por la ciudad. Retengo al pasar algunos versos, que pintan con gracia:

*Y de color de esperanza
está vestido el sauzal.*

*A mi alma de niño, entonces
en sus primeros albores,
la saturaron tus flores
a orillas del albardón.*

*las barcas
que van por ondas plateadas
besando el verde juncal.*

Luego se exaltan las figuras de Sarmiento y Marcos Sastre, que habitaron el Delta y propulsaron su progreso; se recuerda a los indios guaraníes (?) que lo habitaban en edades prístinas, y pasando de un salto la era colonial, se loa debidamente a todas las razas que ahora lo pueblan y engrandecen. Termina de leer, rebotando de entusiasmo.

—¿Qué le parece esta poesía?... — me pregunta. Y yo, después de pensarlo un breve rato, le contesto:

—Me parece casi tan buena como "El Ombú", de Domínguez...

Y así es. El está con los maestros del pasado. Su canto se lo premió la Comuna; bien, en San Fernando no existen, como en Buenos Aires, anuales concursos de poesía. Siendo así, me aho-

Tonada

Yo nací en el valle,
agua y arena.
Yo nací en el valle,
lo dejé por ella.

Caminito andando
veinticinco leguas
arribita, abajo,
por entre las peñas.

Cariñito tuyo,
¡ay lo que me cuesta:
ojos de la cara,
sangre de mis venas!
Dijecito de oro,
agua y arena,
por quererte tuve
que olvidar mi tierra.

Yo nací en el valle,
agua y arena.
Yo nací en el valle,
lo dejé por ella.

Rafael
Jijena Sánchez

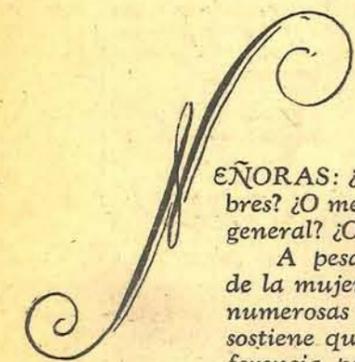
sión de cien pesos mensuales... —Una miseria... Así es, D. Leopoldo. Si alguien se merece su casita, es usted, poeta hasta la médula de los huesos, más por su vida de desinterés que por sus propios versos... Y ahora, cuénteme el episodio de Sarmiento, que estoy deseando conocerlo.

Sarmiento, que entonces era presidente — comienza a referir con la mejor voluntad —, todos los sábados hacía un viaje hasta su isla de Abra Nueva, navegando en una lancha llamada "El Talita", acompañado por D. Demetrio Seguí, subprefecto del Tigre; por los coroneles Lázaro Iturrieta y Ceferino Ramírez, por Fernando Montes de Oca, Evaristo Pineda y otros. Yo, que era un niño, me sumaba a la compañía... Llegado a la isla, se quedaba hasta el lunes, dirigiendo los cultivos o reposando, mientras conversaba incesantemente... Un día, mientras se hallaba debajo de un gran sauce, deshallando a la sombra, y rodeado por todas las personas que le he citado, nos refirió lo que le había ocurrido con el alcalde de la isla...

(Continúa en la pág. 23)

EL HOMBRE, LA MUJER Y SUS MUÑECOS

(Para LA NACION) LISBOA, noviembre de 1930



SEÑORAS: ¿Sois más inteligentes que nosotros los hombres? ¿O menos inteligentes que los hombres, por regla general? ¿O sois quizás inteligentes de otra manera?..

A pesar del medio siglo o más de competencia de la mujer con el hombre, en todas las escuelas y en numerosas profesiones o carreras, todavía hay quien sostiene que la inteligencia no tiene sexo, o no se diferencia por el sexo, y que, si la igualdad cerebral absoluta no se manifiesta aún entre ambos sexos, es que la carga, secular sujeción de la mujer a las tareas subalternas o ínfimas atrofió, por la falta de uso o hábito, las facultades superiores de la inteligencia femenina.

Contra esta creencia o sentimiento hablan elocuentemente los hechos contemporáneos, los testimonios de la historia y los datos de la biología. Los datos de la biología enseñan que las hijas (salvo el sexo y los pocos caracteres íntimamente vinculados con él) heredan tanto de los padres como de las madres, y deben, por lo tanto, recibir junto con la sangre, en muchos casos, aquello que se considera como inteligencia masculina. Las enseñanzas de la historia demuestran que, aun en las mismas épocas pretéritas en que la mujer recibía poca o ninguna instrucción, hubieron damas notables, como literatas, eruditas, artistas y organizadoras sociales, siempre que, por excepción, se les diera una educación intelectual semejante a la de los jóvenes de su tiempo. En cuanto a los hechos contemporáneos, todos vemos que, en igualdad de instrucción y preparación, las realizaciones del término medio de las mujeres equivalen exactamente al término medio de los hombres, en las actividades corrientes de la vida profesional. Médicas, abogadas, profesoras, artistas decoradoras, ejecutantes musicales, administradoras de negocios o de establecimientos píos, pueden dar y han dado tan buenas pruebas, y a veces mejores, que sus colegas o competidores del otro sexo.

Puede, pues, decirse desde luego, sobre la sólida base de una montaña de hechos, que, en general y en término medio, la inteligencia de la mujer es idéntica a la del hombre; y que adonde éste llega puede llegar y ha llegado aquella, sin desnivel ni fracaso. De otro modo más gráfico: pesada en masa, en la balanza de la actividad humana corriente, la inteligencia de mil hombres no hará inclinar su platillo un milímetro más abajo que la inteligencia paralela de mil mujeres.

Equiparada así definitivamente, en el plano intelectual, la mujer media al hombre medio, veamos ahora qué dicen los hechos y qué nos enseña la observación pasada y presente, cuando se tienen en vista las cumbres de la intelectualidad, la inteligencia excepcional, aquello que confusa y vulgarmente se llama "genio" y que representa invención, creación, revolución de las ideas, todo cuanto de nuevo y grande se alcanza en el dominio de la ciencia pura, de la filosofía, del gran arte, de la más alta poesía. A este respecto se dice aún, y parece ser cierto, que la mujer aun no ha volado ni puede volar tan alto como el hombre...

¿Será esto por falta de alas, o porque durante siglos y siglos de subalternidad, las alas de la inteligencia femenil se anquilosaron "contra natura" para los vuelos más altos? Felizmente no nos faltan hoy inteligencias femeninas excepcionales, para responder a esta pregunta en nombre de las mujeres, por parte de ellas, y sin que pueda desconfiarse de que la respuesta venga adulterada por orgullo o vanidad masculina.

Gratando de establecer comparaciones entre la conformación o aptitud intelectual del hombre y de la mujer, ha observado la señora Gina Lombroso Ferrero lo siguiente: "La mujer, tan curiosa respecto de los seres vivos que la rodean, de todo lo que puede ver y palpar, no tiene curiosidad por penetrar las leyes que rigen el Universo. La mujer mira el Universo con ojos de madre. Plantas, animales o el mismo ser humano, no la interesan como objetos de estudio, sino principalmente como entes susceptibles de sufrimiento o alegría, por el amor que pueden ofrecerle, o por el cariño y celo de que ella los puede rodear. La ciencia por la ciencia, el arte por el arte, la fe por la fe, todo lo que está fuera de lo concreto y de lo útil, poco significa para la mujer".

Si esto fuera exacto, la curiosidad intelectual de la mujer sería, por lo tanto, más concreta, más pragmática, más utilitaria (y hasta podría decirse: más "humana") que la del hombre. Y, siendo así, seguirá viéndose lo que se ha visto, a pesar de la concurrencia creciente de las mujeres a los estudios superiores: continuará habiendo pocos, raros espíritus creadores femeninos en el dominio de las ciencias puras o de la filosofía.

La observación de Gina Lombroso, mujer excepcional por la inteligencia, viene a confirmar las confesiones de una excepcionalísima mujer: Sofía Kovalevská, de cuyo Diario y Epistolario se desprende que

su genio matemático era para ella una tortura más que un placer, porque la proscibía de la vida corriente y de los contactos humanos, que le daban mayores satisfacciones que su ciencia.

En este mismo sentido se manifestó recientemente mi inteligentísima amiga, la doctora Matilde Bensaude, con ocasión de una bella conferencia que hizo en Lisboa y de la que la presente crónica sólo es una simple y modesta glosa.

Matilde Bensaude se doctoró hace años en botánica, en la Universidad de París, estudió después y practicó la misma ciencia en Wisconsin, Estados Unidos, y en la investigación científica pura encontró nuevos senderos, que la hicieron en seguida conocer y apreciar en el mundo de la botánica especulativa.

Pero, a pesar de los buenos auspicios con que se abría su carrera, esta joven y sabia investigadora no tuvo descanso hasta que dejó la especulación pura para consagrarse, por fin, a la patología vegetal y a la genética, ramas de la botánica de aplicación más directa a la agricultura, y por lo tanto, de más directo provecho humano, en las cuales está prestando relevantes servicios de laboratorio en el Instituto de Rocha Cabral, en Lisboa, así como en los campos agrícolas u hortícolas experimentales del Estado portugués.

Haciendo suyas las conclusiones de Gina Lambroso y citando como muy significativas las confidencias de Sofía Kovalevská, Matilde Bensaude agrega a ellas su propia deposición moral confirmativa:

"Es muy cierto — dice — que nosotras las mujeres que nos consagramos a la investigación, podremos estar meses y años en nuestros laboratorios sin ver los seres humanos que aprovecharán del resultado de nuestras pesquisas; pero nos basta la certidumbre de que existen, y hasta nos basta la idea de que imaginariamente existen, para que adquieran calor de vida moral en nuestros cultivos, probetas y estufas, que, sin eso, nos rodearían con un silencio helado de piedras tumulares..."

■ ■ ■

Si estas sabias e inteligentes mujeres tienen razón; si lo que ellas sienten y confiesan refleja lo que pasa en el alma de todas o de muchas de las señoras que se dedican a las ciencias, podremos decir que el hombre (vir) y la mujer (femina) pertenecen con derechos y dignidad igual a la especie "homo sapiens", al ser superior que quiere saber y es capaz de saber; pero que la inteligencia de la mujer no puede consagrarse tan fácilmente, ¿o tan fríamente?, a la abstracción y a la filosofía, porque la atrae a la tierra el peso del sentimiento.

Y es una suerte que así sea. Hay una fatal desnaturalización en esta ansia masculina de contemplar interrogativamente la naturaleza, para lo que tenemos que colocarnos fuera de ella, matando en nosotros mismos la vida, cuando hacemos de ella un espectáculo. La mujer, por el contrario, prefiere vivir a ver vivir, y así se muestra más fiel a la naturaleza universal y a la misma razón humana. ¿Se mantendrá para siempre esta tendencia? o ¿llegará tal vez el día en que, libre por fin de su feminidad concreta, la mujer conozca, aprecie y busque, como el hombre, la gran orgía metafísica?

Yo espero que no, y que hasta la consumación de los siglos se mantenga esta saludable diferenciación de inclinaciones intelectuales, que por otra parte veo manifestarse, muy significativamente, desde la infancia de los sexos.

En efecto, todos vemos que el niño trata desde temprano a su muñeco exactamente como el hombre adulto e interrogador considera los más profundos problemas de la vida. Después de un corto período en que la apariencia los satisface, la regla es que la criatura masculina rompa con implacable curiosidad el juguete, "para ver cómo está hecho por dentro".

La niña, no. Su afán es serle útil a su muñeca, amarla sin reservas, prodigarle cuidados y cariños, vestir con nuevas apariencias esa apariencia que le basta, porque la encanta tal cual es. Mientras que nosotros, los hombres, analíticos y feroces, nada conservamos, por lo regular, de la juguetería que poseemos en nuestra infancia, las niñas, cuando se casan, llevan muchas veces en su ajuar de novias, bien conservada y siempre querida — para regalársela a la primera nena que tengan — la vieja muñeca preferida con que tanto jugaran de pequeñas...

Crear ideas, inventar, descubrir, escrutar las esencias, la misma constante ansiedad ideológica de mejorar el orden humano, son actos o actitudes característicamente masculinas, en cuya base está muchas veces el frío coraje de destruir, un coraje que, a pesar de su nombre, no procede precisamente del corazón.

ACOSTINHO de CAMPOS

REBOUX

Sombrero en fieltro rojo obscuro con un movimiento nuevo. También puede ser en terciopelo negro. Este modelo se adapta extraordinariamente para el nuevo peinado de la mujer chic



SOMBREROS

POR

MISS EVELYNE GREIG

(Para LA NACION) PARIS, noviembre 1930.



Este "gorrito" encantador de ROSE DESCAT está hecho en un jersey rayado marrón y negro



ROSE DESCAT. Para el sport esta preciosa boina de jersey rayado verde, colorado y marrón. La echarpe hace juego con la boina

La mujer elegante, que tan recientemente llevaba una "toilette" sencilla y un sombrero de forma "cloche", abandona por completo aquella moda para entregar su imaginación a los encantos de la época exquisita del Romanticismo... Un ramo de violetas prendido sobre el manguito nos trae el recuerdo de las damas de Oscar Wilde y pudiera ser el símbolo de nuestra inclinación a aquellos tiempos.

Cada mujer parece haber descubierto de nuevo la individualidad y la importancia de su peinado y, a la vez, descubre la infinita variedad que depende del sombrero, el cual puede caracterizar una fisonomía al poner en relieve las facciones y el óvalo de la cara. Los nuevos sombreros son encantadores marcos de una ilusión diferente. Ya no decimos "me gusta éste o tal sombrero por tener ésta u otra forma". Ahora nos gusta un sombrero porque nos va bien, o porque nos da una nueva expresión, o porque sienta bien a nuestra forma de cabeza, o porque armoniza con nuestro peinado y la disposición del cabello. Muchos sombreros no cubren más que el centro de la cabeza, dejando muy descubierto un lado, mientras que del otro se inclina con coquetería. El interés de un sombrero no consiste en un punto determinado. Cada lado, delante y detrás, ofrece un interés distinto y detalles inesperados que antes hubiesen podido llamarse contradicciones, pero que ahora nos parecen partes de un conjunto. Se nota decididamente el esfuerzo hacia el retorno de los sombreros más personales, más difíciles de ejecutar, más adornados, más de vestir, en una palabra, y completamente en armonía con las "toilettes" más femeninas de la temporada. Hasta la boina ha sufrido muchas transformaciones conforme viaja por el mundo cosmopolita, alejándose de su humilde origen vasco. Estas boinas que hacen tan joven se moldean sobre la cabeza, muy caídas de un lado.

La universalidad del fieltro ha sido abandonada, y los detalles más encantadores, la ingeniosidad más sorprendente en la rebusca de las más bonitas combinaciones de materias y de colores son evidentes en las grandes casas de las creadoras.

El terciopelo es más "chic" que nunca, pudiendo decirse que ha tomado gran boga, y lo emplean para los sombreros de tarde y de noche, trabajado de mil maneras diferentes y en combinaciones de color muy nuevas y originales. Rebox hace preciosos turbantes de terciopelo ajustados a la cabeza con mezclas de color muy interesantes. Al señalar esta novedad no podemos dejar de repetir que la gran artista presenta una colección que revela una vez más su genio y su maestría.

AGNES

Modelo de un gran "succes" en París este invierno y adaptado para la moda de primavera o verano. Fieltro blanco adornado de lana blanca y negra retorcida en forma de madeja en un gracioso movimiento hacia atrás. También puede ser tejido en seda con el adorno igualmente en seda blanca y negra. Como se observa en el dibujo, el cuello del vestido hace "pendant" con el adorno del sombrero

Precioso sombrero de PATOU de paja "sisol", combinado para completar la elegancia del vestido con cuyo crespón de China está adornado



Para el deporte y la mañana, los fieltros jaspeados o "chínés" hacen sombreros sencillos guarnecidos de cinta lisa o "gros grain". El jersey de cadeneta es particularmente seductor, así como las mélusines que, mezcladas con fieltro, hacen adorables sombreritos, a veces discretamente adornados de pequeñas fantasías de plumas. Marie Christiane presenta con mucho éxito una toca muy joven de mélusine azul, combinada con incrustaciones de "gros grain", color "bois de rose". La importancia de esta casa crece de día en día y ocupa ya un lugar importante en el concepto de la clientela parisiense, que observa con interés el desarrollo de su personalidad.

El jersey a rayas es también frecuentemente empleado y rinde efectos de gran novedad. Rose Descat, cuyo gusto exquisito es proverbial, nos enseña en sus últimas creaciones estos dos modelos que reproducimos. Las echarpes que hacen juego con los sombreros son un complemento acertadísimo que puede constituir la nota de elegancia en una "toilette".

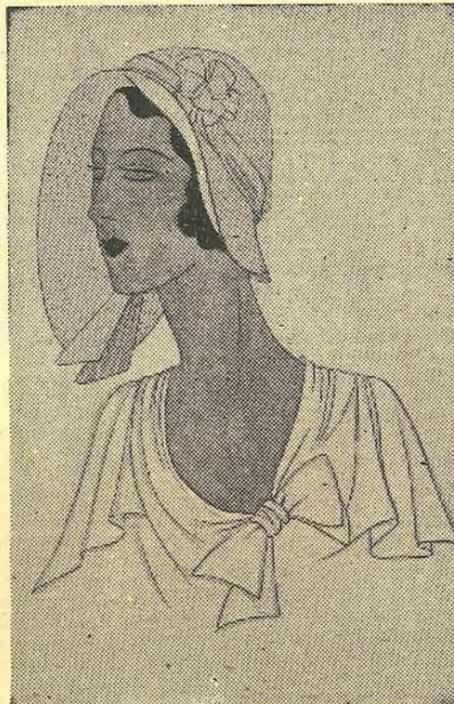
En la colección de Agnés abundan las ideas más originales. Sombreros muy despejados, un perfil muy descubierto y a veces adornos de un plumaje fino. Mezclas de fieltro y jersey, terciopelo, etc.

Reynaldo Luza ha dibujado este modelo, cuya línea es encantadora.

Habiendo vuelto a usar el sombrero de restaurante, las modistas nos muestran tocas y turbantes de tal belleza que sería difícil escoger uno o dos, por miedo a quedarse con el deseo de otros cuyo encanto nos parecería tan irresistible como el de los ya elegidos. María Guy ha creado esta toca hecha en jersey de seda negro y no se puede concebir nada más bonito y a propósito para una comida en el restaurante, o para completar una "toilette" de tarde muy de vestir.

Patou y Marie Christiane nos ofrecen estos dos sombreros de paja para los primeros días de la Costa Azul. Patou presenta la mayor parte de sus modelos de deporte, de mañana y de tarde, acompañados del sombrero creado para completar la elegancia más correcta y el refinamiento más exquisito. Este modelo que reproducimos va adornado con crespón de China igual al del vestido.

En general, puede decirse que se llevan mucho los colores de tonos vivos, tal vez con preferencia el verde, los azules y el colorado obscuro, y, como siempre, con gran predilección, el negro, el blanco y los "beiges" hasta el marrón. Los sombreros de este año pueden ser el acento de color sobre un traje o vestido obscuro.



MARIE CHRISTIANE ha hecho para la Riviera estelindo sombrero de paja tostada que va adornado con terciopelo azul y rosa

Sombrero de restaurante o muy de vestir, creado por MARIA GUY. Es de jersey negro y lo adornan dos paraísos negros.

CANTATRICES DE
ANTAÑO

(Continuación de la pág. 16)

alterna esas notas con las de pecho. Su "voix de masque" es brillante, rápida, de admirable ligereza. Descendiendo, sabe velarla hasta obtener sonidos misteriosos e impresionantes. La más simple palabra de un recitativo, adquiere enorme sugestión traducida por su voz".

La Pasta no agregaba nada de su cosecha al "canto spianatto" o "sostenuto" como lo hacían otras cantantes con irrespetuosidad y chabacanería. Nunca utilizó los "grogheggi", las "volatas", los "salti" en forma de esos extensos ornamentos que engalanan las arias y desfiguran por completo su sentido primitivo. El cantante nos recuerda, entonces, las distracciones de los charlatanes, que olvidándose de lo que tienen que decir pasan de un pensamiento al opuesto sin que nada justifique tal proceder.

Judith Pasta era de una belleza majestuosa. Nariz aguileña, ojos separados, fulgurantes de infinito orgullo; cabellos negros, peinados en "bandeaux". Efectista y teatral, sus gestos revelaban constante preocupación estética. Cantó casi siempre en París y Londres, pero fué disputada por todos los públicos de Europa, y en 1825 retiróse a una villa del Lago di Como, en una actitud llena de melancolía.

Fuó la intérprete insuperable de "Ana Bolena", "La Cenerentola", "Lucrecia Borgia", "Norma" y "Niobe". Su marido, obscuro tenor, no eclipsó ni con mucho los triunfos de su esposa. Una vez preguntaron a Mme. Pasta:

—¿Quién ha sido su maestro como actriz?

—No he tenido otro — contestó — que un corazón apropiado para servir vivamente los más tiernos matices de las pasiones y una admiración casi ridícula por el "bello ideale".

En cambio, su rival aborrecida, Isabel Colbrán, era una española calculadora, cuya belleza le conquistó el puesto de favorita del rey Fernando de Nápoles y luego el de esposa de Rossini.

La infancia de Isabel transcurrió en el Madrid luminoso y colorido que nos han pintado Eugenio Lucas y Vicente López en sus cuadros. Imaginémosla, como la Rosina de Beaumarchais, celosamente guardada por dos tíos implacables, en una casona española con las paredes pintadas al temple, descascarilladas por el tiempo, y los techos estilo rococó, llenos de amorcillos y de conchas, de nubes decorativas y deidades mitológicas. Una dama de la noble familia Medina-Celli fué su primera profesora. Y de labios de esa coqueta envejecida en los manejos galantes, cuyo perfil de bruja no carecía de atractivo, escuchó la niña los más osados consejos, los preceptos más cínicos y demoletores.

A los catorce años traba relación con Luciano Bonaparte. El Lovelace del Primer Imperio que, según las Memorias Secretas de los Agentes de Luis XVIII, acostumbra a raptar a las niñas y después arrojarlas al Sena, lejos de conducirse en tal forma con Isabel, la cubre de joyas y de dinero. A partir de entonces, su fortuna quedó hecha. Estudió en París con Cherubini y fué una de las artistas más estimadas en los conciertos de la Malmaison. En Nápoles se convierte en amante del rey Fernando y amiga íntima de la reina Carolina "cette Mesaline ridée, sorciere et nymphomane". Avida de riquezas, ansiosa de celebridad, no vacila en recorrer todos los caminos, por tortuosos y bizarros que sean. Y vuelve de esos infiernos, como Euridyce, sin conservar ningún rastro en su inocente belleza, sin perder la expresión seráfica de sus ojos "a la circasiana"... En 1825 casó con Rossini, retirándose del teatro, pero aun continuó apasionando la opinión. En las fondas de París, los melómanos creíanse obligados a pedir para su cena: —"Cangrejos a la bordalesa, con mucha mostaza" — uno de los platos predilectos de la diva — y el público femenino copiaba sus pamelas, chales y capelinas, que luego se exhibían en las vidrieras de las casas de modas con el cartelito: "A la Colbrand".

De su lujo fabuloso, de sus innumerables vestidos y joyas, residencias y carruajes, tan sólo conservaba el lejano recuerdo en los últimos años. "Vivia con los ojos fijos en el pasado triunfal, ausente de la brutal realidad que la asesinaba".

JUNTA DE MEDICOS

HABIA enfermo en la casa. Se hizo junta de médicos para la grave consulta, y fué nombrado presidente, en acuerdo unánime, el bondadoso y sencillo Emmanuel Kant, el mismo filósofo a quien Giosué Carducci hizo aparecer como deificada en aquella tremenda estrofa del "Versaglia" en los "Giambi ed Epodi":

*E il giorno venne: e ignoti in un desio
Di veritate, con opposta fe,
Decapitaro, Emmanuel Kant, Iddio,
Massimiliano Robespierre, il re.*

No es el único de los graves cargos que se le hicieron al filósofo dulce y candoroso de Koenisberg. Otros le achacaban también, atemorizados por la idea de que estuviere en lo justo, la destrucción del mundo real.

Las explicaciones del enfermo adolecían de confusas, y de ellas no podía deducirse cuál era su mal, aunque la existencia de éste parecía evidente.

Aplicaron los rayos X al tórax, al abdomen, a los lomos, sin resultado alguno. La radiografía de todos los órganos indicaba una correcta y desesperante normalidad. Movidos ya más que por el deseo de salvar al paciente, por una malsana curiosidad científica, resolvieron hacer una inspección directa, interviniendo quirúrgicamente. Le hicieron la autopsia, vivo. Después de haberle puesto al descubierto las vísceras más importantes del cuerpo, llegaron a la misma conclusión: el enfermo está perfectamente sano, pero se muere a ojos vistas. Cerraron, cosieron, deseterizaron al paciente. Continuaba el grave peligro de muerte. Habían olvidado examinar el cerebro, y antes de formular el diagnóstico, tuvieron por necesario poner el cerebro bajo los rayos de Roentgen, para ver si acaso residía en los sesos la causa de esta desesperada situación. La radiografía cerebral, tomada con el mayor esmero, tampoco señalaba anomalía anatómica o funcional alguna. Continuando el estado de postración, lo indicado parecía formular en la duda una prescripción destinada a avivar las funciones en general y tranquilizar un tanto a los deudos, a quienes la situación del enfermo tenía sumidos hacia ya mucho tiempo en profunda turbación y amargura.

En consejo, uno de los médicos dijo:

—No tiene nada y se muere.
—En efecto—reiteró uno de los experimentados cirujanos—, no tiene nada. El análisis no ha podido ser ni más riguroso ni más extenso. No hay nada en el organismo por donde se pueda deducir con fundamento la causa del mal y designar el mal mismo.

—Entonces—propuso un tercero—, extendamos la minuta del resultado y digámosle a la familia que el enfermo no tiene nada.

—Tal procedimiento — interpuso Kant — traería fatales consecuencias; eso destruiría la fe de las gentes en la medicina, desacreditaría personalmente a los médicos que han tomado parte en la consulta, les daría fundamento a los escépticos para acrecentar sus dudas y las ajenas sobre la eficacia de la cirugía moderna, de la radiografía y de toda la mecánica investigadora. En cierto modo trastornaría el orden social, desacreditando a los hombres que representan la culminación del trabajo científico

—Pero, en rigor—agregó un joven llamado Schopenhauer—, no hay lesión ninguna; el hombre está muy enfer-

mo; habría muerto ya si no le sostuviere "la voluntad de vivir". Creo que debemos hablar claramente para la tranquilidad de nuestras mentes y en provecho de los deudos; después de todo, la vida es un mal sin dejar de ser una ilusión.

—Me opongo—dijo Kant—resueltamente a esa declaración. Siendo joven me aventuré a formular diagnósticos de ese género, fundado en la inexorable virtud del análisis. Los resultados mismos me enseñaron desde luego la temeridad y los peligros de ese inhumano propósito. Si yo consintiera en que aquí se expusiese la verdad, tal como la hemos descubierto en esta minuciosa investigación, procedería como si mis conocimientos y mi experiencia de la vida no hubiesen ido más allá de la irreverencia juvenil. Pero mis años y una larga "práctica" me hicieron tropezar con el sentimiento del deber, y en obediencia a esta norma es preciso decir a los deudos algo que no lastime ni los derechos de la

verdad se excluyen. La ciencia no propone jamás la verdad por objeto. La ciencia no hace más que trenzar cadenas de fenómenos ligados entre sí por la relación de causa a efecto". En el caso presente, ¿cuál es el diagnóstico representativo de la verdad? La ciencia, con todos sus recursos, se ha negado a revelarnos el mal de que sufre este hombre. ¿Cuál es nuestro pronóstico? ¿Que este hombre se muere? ¡Bella afirmación! De morir tenemos; algunos de nosotros, probablemente, daremos el ejemplo; sin embargo, aquí, donde no hay verdad, hay ciencia. Formamos experimentalmente el eslabón de una cadena, al cual se agregarán más por gentes desprevenidas como algunos de nosotros, y es posible que algún día la ciencia explique nuestra confusión en presencia de este fenómeno. Es lo más que podemos pedirle.

Con un ceño entre reconvencción, sorpresa y aplauso, volvió a hablar Emmanuel Kant:

Si la junta me permite—insinuó—, formularé un diagnóstico en que la ciencia de la vida práctica se sobreponga, como es natural, al puro conocimiento. Diré que en nuestro concepto hay un estado general poco satisfactorio que hace "imperativa" una medicación expectante.

En este momento un joven escritor y catedrático, de movimientos rápidos que se sucedían dentro de un ritmo cautivador, se incorporó para hablar. Era de tipo eslavo, hablaba alemán cadencioso y ricamente matizado. Llevaba alta y pronunciada la frente, iluminada por dos ojos vivos, pequeños, de un fulgor inquietante.

—Ignoramos—dijo— las manifestaciones y orígenes del mal, pero el mal existe. No está en los cuidadosos y expertos riñones, ni en el corazón, irresponsable y candoroso; ni en el hígado, triste y apasionado; ni en los pulmones, diligentes e ignaros; ni en ninguna de

las vísceras fácilmente observables. Hay que decirlo claro y sin ambages. El paciente va perdiendo en un ritmo gracioso la "voluntad de poder", y se muere. Está para estallar ante la visión ajena la irisada burbuja de su mentira vital. Tratemos de incorporar de nuevo al torrente de la vida, insuflándole por medio de fuertes vibraciones nerviosas la "voluntad de poder". Todas esas entidades patológicas de que ustedes hablan son imágenes verbales. Dense cuenta de esto y todo aparecerá clara y sencillamente a sus espíritus ya insofisticados.

★ ★ ★

Era la razón humana el enfermo. La junta de facultativos representaba la "Crítica de la razón pura", por medio de la cual el filósofo de Koenisberg demostró que el análisis impávido, la asendereada razón humana, flaca y elusiva cuando se estudia a sí misma, servían para convencernos de que el hombre no puede llegar a comprender ni la idea de un ser superior a las leyes naturales, a cuyo desarrollo preside, ni tampoco las nociones que de esa idea se desprenden. El diagnóstico sobre el estado general poco satisfactorio simboliza la "Crítica de la razón práctica". El médico germano-eslavo es Nietzsche, que ha negado en sus obras la necesidad de que la verdad exista, y poniendo fuera del orden filosófico y moral la libertad del pensamiento, declara que el resorte vital por excelencia es la "voluntad de poder", regida no por los postulados de la fuerza bruta, sino por la actividad de la inteligencia y las prerrogativas eternas del arte.

EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES

(Recuerdo de un viaje a Burgos)

*Tú que del mundo huyendo los rumores
La voz de tu alma al fin oír consientes:
Vente a escuchar sus pláticas fervientes
A este asilo de paz, silencio y flores.*

*Aquí fenecerán tus sinsabores
Si humilde de tus culpas te arrepientes
Rezoz mezclando y lágrimas ardientes
Que sed te den de místicos amores.*

*Pero acuérdate ¡oh frágil criatura!
Que aun luchando con fe constante y pura,
Siempre a pecar propenden los sentidos;*

*Del viento no te embaucuen, pues, las voces,
Que suelen sus nostálgicos gemidos
Ecos traer de los pasados goces.*

RICARDO VIÑES

ciencia, ni los fueros de la verdad, ni los afectos familiares.

—Pero, entonces—preguntó ansiosamente Herbert Spencer—, ¿vamos a comprometer nuestro crédito con un diagnóstico falso?

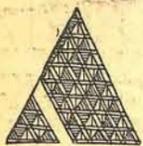
—El autor de la filosofía sintética —insinuó Carlyle en voz baja— "es un asno inmensurable".

—Carlyle murmura—observó Spencer sin alterarse—. No sé lo que ha dicho, pero afirmo que carece de importancia. "Le falta en absoluto el espíritu de continuidad". Vuelvo a preguntar: ¿se insiste en que redactemos un diagnóstico falso? ¿Existe o no existe la verdad?

—La verdad—dijo sonriente Jules de Gaultier, cuerpo fino, delgado, ojos de pensador en un rostro de nobles facciones, en que predominaba una nariz perfecta—es un idolo metafísico ante el cual se prosternan ustedes los ingleses, sin creer en él, para edificación de los demás. La verdad es para ustedes una religión comprendida en el número de las que fijó Gibbon con aquellas palabras inolvidables: "Para el pueblo todas son verdaderas; para los gobiernos todas son útiles; para el sabio todas son falsas". Nosotros—añadió—estamos aquí como hombres de ciencia. "Las nociones de ciencia y de

BALDOMERO
SANIN
CANO

CAPITULO XII



El comisario Heath no le satisfacía evidentemente esta historia. Se veía a las claras que no estaba dispuesto a modificar su criterio acerca de la culpabilidad de Bliss.

—Lo malo de esa coartada—dijo irónicamente—es que no tiene usted testigos que den fe de ella. Y es justamente la clase de coartada que se le ocurriría a cualquiera a quien se sorprendiese con las manos en la masa.

Markham intervino diplomáticamente. Por su parte, no parecía convencido ni escéptico. Mantenía una actitud de simple expectativa.

—Creo, comisario—afirmó—, que sería tal vez conveniente que empezásemos por verificar la identidad de esas huellas. Sabremos así de una manera rotunda si se trata o no de las del doctor Bliss. ¿Puede usted hacerlo aquí mismo, capitán?

—En el acto. Sacó del maletín un rodillo de goma entintado, un trozo cuadrado de cristal y un pequeño block de papel.

—Me parece que con los pulgares bastará—añadió. Pasó repetidas veces el rodillo por el cristal, y dirigiéndose a Bliss, le ordenó que tendiera las manos.

—Apriete usted bien los pulgares sobre la tinta y márquelos luego en este papel.

Bliss obedeció sin despegar los labios, y una vez que hubo dejado las impresiones digitales en el block, Dubois se ajustó nuevamente al ojo derecho la lente de joyero y examinó detenidamente las marcas.

—Parecen las mismas...—dijo—. Idénticas características que las de la estatua... De todos modos, vamos a comparlas.

Se arrodilló junto a la estatua y acercando a ésta el block de papel, permaneció comparando durante más de un minuto unas y otras marcas.

—Las mismas—dictaminó por último—. No cabe duda alguna de ello, ni hay en la estatua otras huellas visibles. Este señor—se volvió hacia Bliss con un gesto despectivo—es la única persona que ha tocado la escultura, por lo menos en lo que yo puedo advertir.

—Magnífico!—gruñó Heath. —Envíeme usted las ampliaciones en cuanto pueda. Me da el corazón que voy a necesitarlas...

Sacó un cigarro puro y le mordió la punta con aire de satisfacción.

—Y nada más, capitán—añadió—. Muchas gracias por sus servicios. Puede usted irse a almorzar cuando quiera.

—Que buena falta me hace... Dubois entregó la cámara fotográfica y el resto del instrumental a su ayudante, y éste los guardó de cualquier modo en el maletín. Después ambos peritos abandonaron ruidosamente el museo.

Heath encendió el cigarro y empezó a fumar voluptuosamente, al tiempo que miraba a Vance guiñándole un ojo.

—Me parece que basta y sobra con esto, ¿no?—preguntó. —A no ser, claro está, que se haya tragado usted el cuento de la coartada del doctor...

Se volvió hacia Markham.

—Le someto a usted el caso, señor. No hay en esa estatua más huellas dactilares que las de una persona, y si estas huellas fueron dejadas anoche o en la madrugada, me gustaría que viniesen todos los sabios aquellos de Grecia a explicarme qué se ha hecho de las huellas que dejó en la estatua el tipo que le dió con ella a Kyle en la cabeza. Kyle bien a pretender como ese...

—fué golpeado con la parte de arriba de la escultura, y el sujeto que le atizó el porrazo tuvo necesariamente que empuñar la figura por los muslos

El misterioso crimen del escarabajo

Una suela de zapato tinta en sangre

Por

S. S. Van Dine

Ilustración de Pedro Delucchi

o las piernas... Y yo le pregunto a usted ahora, Mr. Markham: ¿cree usted posible que el asesino borrara sus propias huellas digitales y dejara, en cambio, las del doctor? Comprenderá usted que no tenía medio de hacerlo aunque quisiera.

Antes de que Markham pudiese responder, intervino Vance.

—¿Quién le ha dicho a usted, Heath, que el hombre que asesinó a Mr. Kyle empuñó la estatua?

Heath se le quedó mirando con asombro.

—¿Cómo?—exclamó—. ¿Supongo que no irá usted también—señaló a Hani con el pulgar al decir esto, sin mirarle—, que la diosa, o lo que sea, despachó al millonario por su cuenta?

—No, comisario—respondió

quillado y mirando obstinadamente al suelo. Cuando el comisario salió, alzó lentamente los ojos a Vance.

—Ese policía tiene perfecta razón en lo que dice—murmuró con voz amarga—. Comprendo su actitud. Todo se pone en contra mía, todo me acusa... ¡Todo! Si, cuando menos, no me hubiese quedado dormido esta mañana, sabría lo que esa red de tentáculos monstruosos significa... Mi alfiler de corbata, el informe fi-

pronto tendió en su dirección la mano y mostró en ella un zapato de tenis, blanco.

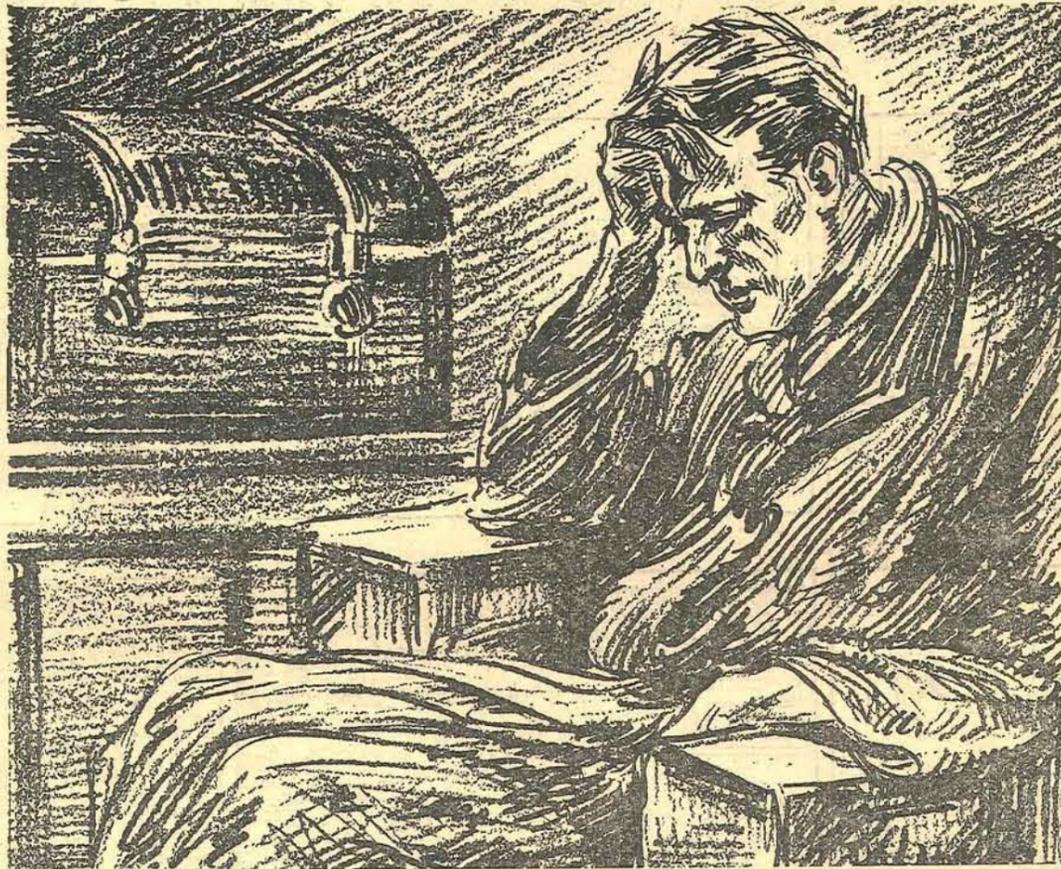
—¿Es de usted esto, doctor?—rugió casi.

Bliss le miró perplejo.

—Sí, claro... Naturalmente que es mío...

—¡Ya lo creo que es de usted!

El comisario dió un paso hacia Markham y le mostró el zapato, volviéndolo, de modo que el juez de instrucción pudiera examinar la suela. Me encontraba yo junto a Markham y pude ver perfectamente que aquella aparecía cruzada por rayas oblicuas y que el tacón presentaba una serie de pequeños orificios circulares. Pero lo que me hizo palidecer de horror fué el advertir que la suela entera estaba roja. ¡Roja de sangre seca!



Permanecía hundido en la silla, deshecho, aniquilado y mirando obstinadamente al suelo

nanciero, las huellas digitales... ¡Es terrible, terrible!

Movió la cabeza con gesto de trágica desesperación. Se llevó a las mejillas las manos temblorosas, apoyó los codos en las rodillas y quedó así, encorvado, lamentable, misero...

—Es, en efecto, demasiado terrible, doctor...—dijo Vance suavemente—. Y en eso están precisamente puestas nuestras esperanzas de resolver el problema...

Se acercó de nuevo a la vitrina y la examinó con aire distraído. Hani se había sumido otra vez en su adoración ascética a Teti-Shiret, y Scarlett, nervioso y agitado, paseaba arriba y abajo entre el bellísimo sillón real y los armarios. Markham seguía apoyado en la mesa y miraba el haz de rayos de sol que penetraba diagonalmente por las altas ventanas del fondo.

Advertí que Hennessey entraba nuevamente en el museo y reanudaba la guardia en la meseta de la escalera, hundida en el bolsillo del saco la diestra con ademán odioso.

Y entonces se abrió la puercecita que coronaba la escalera de caracol y el comisario Heath apareció en el dintel del despacho de Bliss. Descendió llevando una mano oculta a la espalda. Marchó directamente hacia el doctor y le escrutó con dureza unos segundos. De

—Lo encontré en el despacho, Mr. Markham—explicó Heath—. Se hallaba envuelto en un trozo de diario, en el fondo del cesto de los papeles, debajo de un puñado de papeletes arrugados... oculto, en una palabra.

Transcurrieron unos segundos antes de que Markham respondiera. Sus ojos fueron del zapato a Bliss y se posaron finalmente en Vance.

—Creo que esto disipa las últimas dudas—dijo resueltamente—. No hay ya para mí alternativas en el asunto.

Bliss se puso de pie cual movido por un resorte, se abalanzó hacia el comisario y miró, hipnotizado, el zapato.

—¿Qué pasa?—gritó—. ¿Qué tiene que ver ese zapato con la muerte de Kyle?

Vió la sangre en la suela y murmuró en un lamento:

—¡Oh, Dios del cielo!

Vance le puso una mano en el hombro.

—El comisario Heath halló aquí huellas de pisadas, doctor. Fueron hechas por uno de los zapatos de tenis de usted.

—¡No! ¿Cómo es posible, Santo Dios?—protestó Bliss, sin apartar la vista fascinada de la sangrienta suela de goma—. Dejé anoche estos zapatos arriba, en mi dormitorio, y hoy por la mañana me puse las zapatillas estas que llevo... ¿En esta casa ocurrió algo diabólico!

—Algo diabólico, exactamente...—afirmó Vance—. Algo infernal que excede a todas las hipótesis... Pero ten-

ga usted la evidencia de que voy a ponerlo en claro, doctor Bliss...

—Lo siento mucho, Vance—intervino Markham con fría decisión—. Sé que no cree usted en la culpabilidad del doctor Bliss, pero yo no tengo más remedio que cumplir mi deber. Traicionaría la confianza pública que me eligió para el cargo que ocupo si, después de todas estas pruebas abrumadoras, no adoptara la determinación que corresponde.

Se interrumpió y añadió en seguida, imprimiendo a sus palabras un acento de amistad comprensiva y cariñosa:

—En resumidas cuentas, usted puede equivocarse... Y mi deber es uno y terminante, de todos modos.

Hizo una seña a Heath.

—Arreste usted al doctor Bliss, comisario, bajo la acusación de haber dado muerte alevosa a Benjamín H. Kyle.

(Viernes 13 de julio, 2 tarde).

Había yo visto a Vance muchas veces en momentos de violento desacuerdo con Markham, pero aunque la procesión le anduviera por dentro en aquellas ocasiones, adoptaba siempre una actitud de irónica indiferencia. No había ahora, sin embargo, en su semblante, ironía ni indiferencia. Mostrábase grave y serio. Un surco profundo cruzaba su frente y en sus ojos brillaba una luz de irritación intensa. Apretó fuertemente los labios y hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Creí que iba a prorrumpir en protestas enérgicas contra la orden del juez de instrucción, pero permaneció silencioso y comprendí entonces que se hallaba frente a uno de los más difíciles y extraños problemas de toda su carrera.

Su mirada se apartó de Bliss y fué a posarse en la espalda inmóvil de Hani. Pero no veía siquiera. Era una mirada que se volvía hacia sí misma como en procura desesperada de algo capaz de impedir que se llevara a efecto la medida terrible dictada contra el gran egiptólogo.

Por el contrario, Heath exultaba. Una ancha sonrisa de satisfacción inundó sus facciones al escuchar la decisión de Markham. Sin separarse de Bliss, llamó a gritos al policía que seguía montando la guardia en la meseta de la escalera.

—¡Hennessey! ¡Diga usted a Snitkin que telefonee a la comisaría ocho para que marden el coche celular! ¡Y luego salga a la calle y tráigase a Emery!

Desapareció Hennessey y el comisario contempló a Bliss como un gato al ratón, cual si esperase un intento de fuga de parte del doctor. En situación menos trágica, la actitud del policía habría ofrecido sabroso relieve cómico.

—No hace falta que le envíe usted a la comisaría seccional para el registro y demás trámite burocrático—dijo Markham—. Que vaya directamente a la Jefatura. Yo asumo, desde luego, la responsabilidad de ello.

—Encantado, señor—respondió Heath sin ocultar su sincero regocijo—. No sabe usted las ganas que tengo de charlar confidencialmente un ratito con este pájaro.

(Continuará)

ACLARE SU CABELLO

Método de 3 días

Es indiscutible que el color claro dorado o rubio del cabello favorece mucho más a toda mujer. Usando la manzanilla Verum en casa, durante 3 días, como una loción cualquiera, se obtendrá con toda seguridad el color claro deseado. Después basta aplicarla una vez por semana.



EL SASTRE DILIGENTE

Dibujos de GEO McMANUS



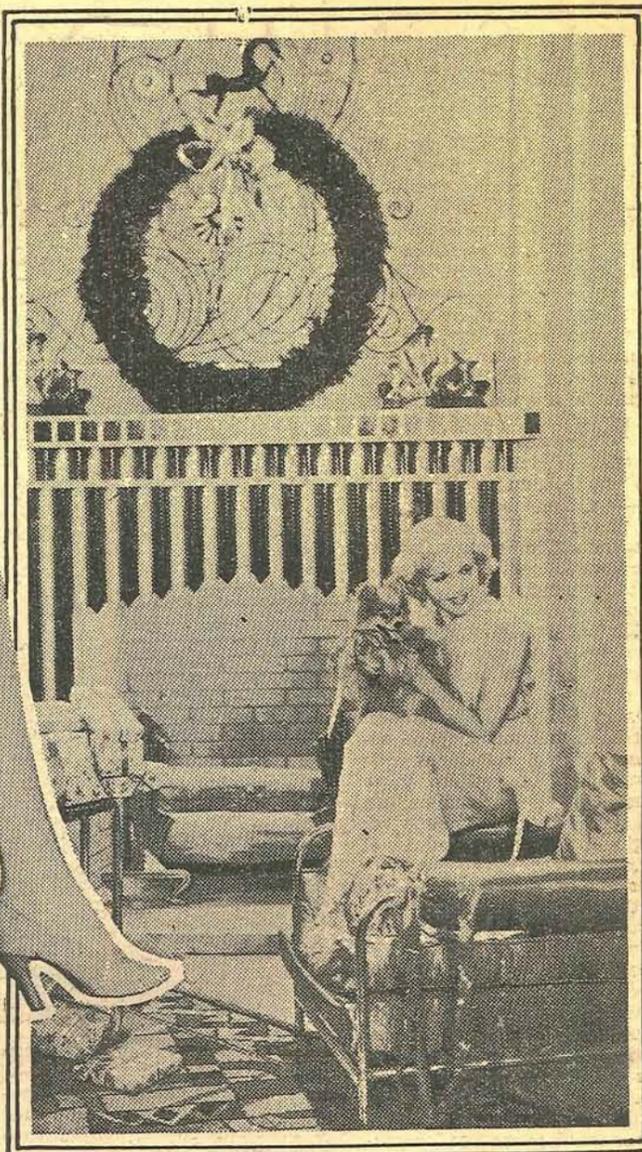
EL SEPTIMO ARTE
 CARTA DE
 HOLLYWOOD
 POR
 WHITE SCREEN

(Para LA NACION)
 HOLLYWOOD, diciembre de 1938.

CONCHITA MONTENEGRO



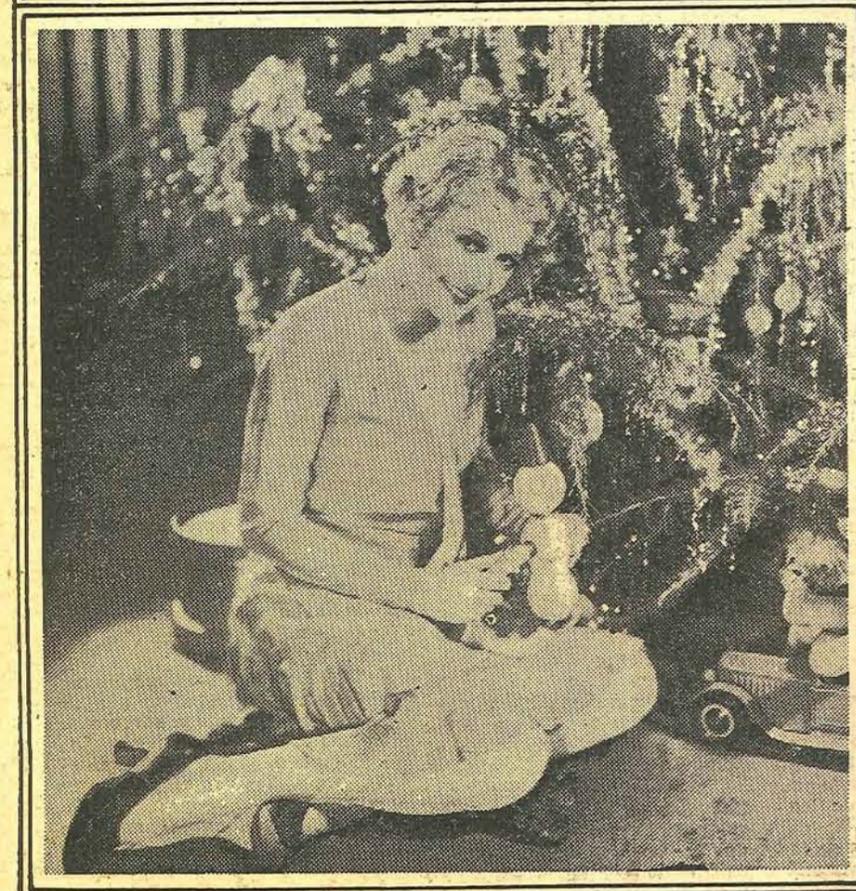
MONA
 GOYA



MARY KORNMAN



ANITA PAGE



ALICE White, la simpática y blonda luminaria de la First National, hará su debut en la versión castellana de la película "Los que danzan". Alice, que actúa en el papel principal en la película inglesa, en la española aparecerá sólo por un par de minutos en la pantalla, pues la estrella tomará la parte que hace una "extra", imitando a las figuras más populares de la colonia artística hispana.

SUZTET Duncan, esposa del actor Renault Duncan, presentó hoy ante la Corte de Justicia respectiva, una demanda por 50.000 dólares contra la actriz Edwina Booth, una de las bellezas más celebradas del "silver screen", a quien acusa de haberse aprovechado de un viaje al Africa, con motivo de la "filmación" de una película, para robarle el amor de su esposo.

La señora Duncan alega en la demanda que miss Booth, inmediatamente de regresar a Hollywood del viaje al Africa, trató de anular el matrimonio de la demandante con Duncan. A Renault se le persuadió de que debía obtener su divorcio en el acto, y la señora Duncan se vió obligada a aceptarlo, bajo la amenaza que le hizo él de que la encerraría en un asilo de dementes.

Por su parte, también la ingenua Edwina dió pasos para terminar su estado matrimonial con Andrew Schuck, lo que

consiguió, alegando que ella era menor de edad y por lo tanto "irresponsable", cuando contrajo nupcias con Andrew. A las veinticuatro horas de encontrarse libre del nudo matrimonial, la ley volvía otra vez a atar a Renault y Edwina. Tres meses de casado con una chica bonita con abundancia de admiradores y tres meses sin ver a su hijito en la custodia de su ex esposa, fué demasiado para Renault, que busca un nuevo divorcio y una reconciliación con la esposa número uno. Pero Andrew, que hasta el momento de producirse las complicaciones de su ex esposa se había mantenido resignado a su suerte, y para no ser menos que las Duncan, ha entablado una demanda por otros 50.000 dólares contra Renault, por haberle robado el amor de su joven esposa. Ya que las demandas son a base de dólares, Edwina ha entablado una contra la ex esposa de Duncan, por turbar la paz doméstica, y por los perjuicios que la publicidad del asunto le está haciendo a su carrera artística.

Cuando entran a figurar los cientos de miles de dólares entre personas de medios modestos y de deseos insaciables de figurar en los diarios, las demandas quedan sin efecto y los que pagan el pato son los abogados que, para tratar de cobrar la primera cuota de sus honorarios a sus respectivos clientes, tienen que hacerla por medio de un juez.

LAS MIL Y UNA AVENTURAS

CAPITULO VII



MPEZO para mí una noche de seis meses, cuyo frío polar me penetró hasta el fondo del espíritu. Tal vez para que la trágica fantasía resultase de la mayor realidad, el caso es que una noche entré en la prisión y salí en otra, que hubo de parecerme la misma, como si mi vida de seis meses no hubiese sido, perforando las sombras, más que un sueño agitado.

En efecto, una noche en Lima — en donde con mi compañero, el mayor Víctor Almirón, estaba detenido en un calabozo de la Intendencia de Policía — se nos notificó, repentinamente, traslado otra vez al Callao, con los catres de campaña y demás bártulos que habíamos logrado introducir para aminorar nuestras incomodidades. Una sospecha relampagueó en nuestra imaginación; pero algunas palabras reflexivas que cruzamos mi compañero y yo dispusieron los ánimos en un buen sentido, que aceleró el arreglo de las cosas para el viaje.

Cuando entramos en el vagón del tren transandino que, con rumbo al Callao, venía de la Oroya, nos sorprendió la presencia de otros dos presos, de alta consideración, sin duda, a juzgar por los numerosos guardiánes, que en largo viaje habíanlos custodiado, al parecer, desde las sierras.

Mi compañero me dijo quiénes eran. Ambos estaban embozados, pero dejaban ver los perfiles energicos de las fisonomías propias de los hombres resueltos. El de mayor edad era de no muy alta estatura, ancho de espaldas, tez cobriza, ojos oscuros y chispeantes. Era el otro de una palidez de cera, ojos claros y móviles, figura procerca, gran esbeltez y agilidad nerviosa.

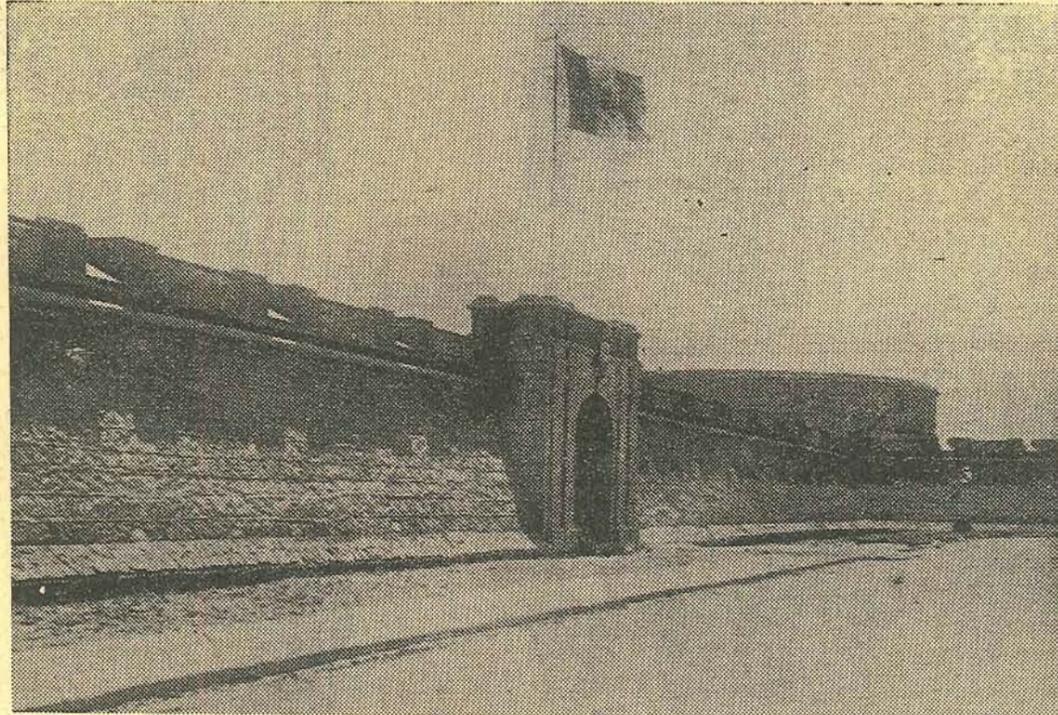
—El coronel Alvarado — dije al compañero, señalándolo al uno —. El más alto es el coronel Parra. Ambos son poderosos en Junín. Última que los hayan apresado...

No nos dejaron hablar con ellos durante la travesía. En el Callao nos esperaban muchos soldados, con distintivos de artillería, que, bajo el comando de un capitán, nos tomaron a los cuatro presos bajo su custodia. Cambiamos saludos; y nos sentimos simpáticamente, confundidos en esa estrecha unión que pone en los espíritus una mala suerte común.

Vistos de lejos, por las mal alumbradas calles retorcidas, hemos de haber entrado en la desolación de una plaza sombría a la manera de una procesión de fantasmas. La vasta negrura de un edificio almenado, con torreones en las muy distantes esquinas, me dió de pronto la impresión de un monstruo fabuloso, que abrió las fauces con lentitud y nos tragó cerrándolas con rapidez violenta.

Luego, un soplo de fatalidad, que parecía venir de una tragedia griega, nos fué empujando entre lo obscuro y hacia lo desconocido, haciéndonos sentir en la vaguedad de la conciencia, cada vez más extraviada en lo impreciso, la alucinación por un instante de ser almas en pena. Bajamos, por fin, por una rampa. Estábamos en un subterráneo. Se nos detuvo ante una puerta baja, sobre la que una linterna nos hizo ver, toscamente pintado con cal, un gran número 3. El capitán abrió la puerta y, poniendo la linterna en alto, descubrió un largo alojamiento abovedado, que parecía un túnel. Los presos nos miramos las caras, comprendiendo que íbamos a dar con nuestros dolidos huesos

PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL
UNA NOCHE DE SEIS MESES
Por JOSE SANTOS CHOCANO



en el fondo de una verdadera mazmorra.

No sin protestar con indignación, los cuatro nos dispusimos a penetrar en el alojamiento subterráneo, cuyos muros abovedados parecían estrenar la blancura de la cal, según era el típico olor fresco que de ésta salía del tal túnel como una bocanada. Nuestra disposición a franquear la puerta de la angustiosa entrada de la mazmorra fué bruscamente interrumpida por el capitán, que, dando antes mi nombre y luego el del coronel Parra, nos apartó, diciéndonos: —Tengo orden de alojarlos a los dos, separadamente, en el calabozo número 1. Tras de dejar ya encerrados a nuestros compañeros en su mazmorra, fuimos conducidos el coronel Parra y yo en busca de la nuestra. Por una nueva rampa, descendimos aún más: el número 1, enfocado por la linterna, nos detuvo ante el semióvalo de una puerta de hierro. Cuando ésta se abrió, escapóse un fuerte hedor a moho, mientras que, en el haz de los rayos de luz que proyectó hacia el fondo de la linterna, hubo un revoloteo de fantásticos insectos... El alojamiento que se nos había destinado no era una mazmorra, sino un aljibe.

—¡Miserables! — clamó el coronel Parra, destacando aún más su procerca figura sobre el grupo de nuestros custodias, que aparecieron a mis ojos como nunca menguados —. No tienen coraje bastante para fusilarnos y nos quieren asesinar lentamente...

Yo me sentí envalentonado con el contacto espiritual de mi bizarro compañero.

El capitán balbuceó algunas excusas. El coronel Parra se volvió amenazante, como un profeta hebreo; y, crispando los puños, anunció, con voz que no fué a perderse en el desierto: —Muy poco tiempo ya puede durar todo esto.

Luego, con pie resuelto, descendió en el aljibe. Yo le seguí, poniendo el pensamiento en el Bautista y su cisterna...

Las rocas vivas de los muros manaban agua.

Al caminar, aguciosamente, nuestros pies se hundían en el fango.

La humedad había engendrado millares de insectos que nos disputaban el aire envenenado, zumbando alrededor de

Castillo del Real Felipe del Callao, en cuyos aljibes estubo preso seis meses Santos Chocano. El "Real Felipe" es célebre por haber hecho en él Rodil su resistencia a las fuerzas libertadoras por más de un año después de Ayacucho, habiendo sido la del Castillo la última bandera española que se arrió en Sud América: desde el mismo fuerte fué bombardeada la escuadra de Méndez Núñez, el 2 de mayo de 1866

nuestras cabezas nerviosamente sacudidas entre el revoloteo inquietante.

Nuestros catres de campaña se sumieron, hasta quedar nosotros acostados sobre el suelo, así, blando...

Fué la primera que pasé en el aljibe una noche dantesca. El coronel José Domingo Parra me hizo saber quién era. Había él hecho la campaña de la "Breña", cuando el general Cáceres representaba el sentido de protesta; pero no quería seguirlo en sentido contrario. El espíritu de mi vibrante compañero de aljibe llenaba de fosforescencias las tinieblas apretadas, en las que nuestro diálogo cobraba emoción de ultratumba.

De pronto, fué necesario — el hacer luz. Encendí yo un candil que se nos había dejado pendiente en un clavo del muro; y en el alargado tirabuzón de su humareda viví el retorcimiento con que un ataque de asma — de que ya estaba enfermo — empezó a sacudir a mi desesperado compañero. Sentí a poco el contagio nervioso, y hasta temí asfixiarme. Una claraboya aparecía en lo alto, como una burla que nos hiciese el aire libre...

Tras el ataque de asma — en que mi angustia fué creciendo a la par que la desesperación de mi compañero — el cansancio nos rindió y nos dormimos. La realidad me penetró en el sueño.

Soñé que había caído en un pantano del infierno; y que mientras me sumía en él, innumerables monstruos alados se gozaban en revolver en las tinieblas, en medio de las que yo veía florecer el Jardín de los Suplicios.

El cañonazo de las seis de la mañana nos despertó, resonando sobre nuestras cabezas.

Estábamos encerrados en un

aljibe del Castillo del Real Felipe del Callao.

El aljibe en que estábamos encerrados quedaba, precisamente, bajo la batería de saludos del castillo, azotado en tal flanco por las olas embravecidas del mar, que venían a romperse, así, encima de las bóvedas de nuestra prisión, de esta suerte, subterránea a la vez que marina.

El Castillo del Real Felipe había sido sólida y pacientemente levantado, como el mayor esfuerzo hecho en defensa del Virreinato del Perú contra la audacia de los piratas, que, no contentos con sorprender a los galeones portadores del oro de Indias en el fatigoso viaje a España, asaltaban las ciudades costeras y aun amenazaban con entrar a saco en Lima.

Hay en esta fortaleza la sobria magnificencia de una catedral artillada, en que las dos torres, en vez de elevarse, se ensanchan, formando dos altos círculos centrales, que, por sobre la gran masa cuadrangular del edificio, apuntan hacia el mar en abierto abanico las amenazantes bocas de sus largos cañones.

En la Historia ha tenido el Castillo del Real Felipe dos figuraciones gloriosas. Fué en él donde Rodil, resistiendo por más de un año el sitio que al Callao pusieron las fuerzas libertadoras, después de la batalla de Ayacucho, hizo flamear, con actitud heroica y, por lo mismo, bella, la última bandera del dominio español en la América del Sur, que sólo llegó a arriarse con todos los honores con que se impuso a la Victoria. Fué en él donde también — con el sacrificio de la preciosa vida de José Gálvez, paladín de las ideas entonces más avanzadas en el Perú — encontró el final de su aventura la escuadra del almirante español Méndez Núñez, después de bombardear Valparaíso, con haber ganado, así, mi padre, entre los muros que me servían de prisión, la medalla para su pecho de "Vencedor del 2 de Mayo".

En la noche, he podido ver discurrir la sombra de Rodil, vigilando el sueño sobresaltado de la resistencia, con el rojizo temblor de la luz de su linterna puesto a descubrir los rostros desencajados de los últimos

muertos por la peste o por el hambre.

En el día, he podido oír el cañoneo con que el Castillo rechaza a Méndez Núñez, imaginándome la espiral de la humareda en que el espíritu de José Gálvez asciende, tras el resonante estallido de la granada histórica.

La influencia de las evocaciones ambientaba la prisión.

—La sombra de Rodil—dijele a mi compañero—nos invita a la resistencia y el espíritu de Gálvez al sacrificio...

—No hay que olvidar, poeta—me replicó el coronel Parra, lleno siempre de un viril optimismo—, que Rodil salió vivo de aquí y que Gálvez venció después de muerto...

En la claraboya apareció, muy de mañana, el rostro sonriente de nuestro carcelero, que nos tartamudeó un saludo.

No nos dejó de sorprender que estuviese en tal ominoso desempeño un alto funcionario público, cuyo apellido oligárquico quiero omitir a mérito de haberme resultado gratuitamente hostil varias veces y sentirme hoy lo bastante amargado por el dolor de los hombres para dedicarme a saborear el placer de los dioses.

—Te felicito, gago, por el honroso cargo que veo que han confiado a tus relevantes aptitudes...

Así le gritó mi compañero a quien había militado con él en el cuerpo de Ayudantes de que el glorioso general Cáceres se hizo seguir en sus batalladoras correrías de la Breña.

—Hay que servir al general de todos modos...—articuló a tropezones el distinguido carcelero, quien, a propósito como para poner una nota cómica en nuestra situación aflictiva, había nacido castigado por la mortificación de la tartamudez...

—Nadie mejor que tú, querido gago, para esta clase de servicios—hubo de replicarme mi compañero, tartamudeando a su vez muchas de las palabras, en una hilarante imitación que remató con la más sangrienta carcajada.

—No es para que te rías la situación en que están, especialmente ustedes dos...

—Pues me río de ella y de ti, ilustre carcelero.

Es la pasión política, en las discusiones de sectarismo tanto como en las disputas de bandería, tan repugnante en su bajeza, que hace aceptar papel de carcelero a quien se jacta de su caballería, igual que hace ofrecerse a otro que tal para el desempeño del papel de delator y aun de falsario.

La orgullosa piedad de mi espíritu desecha todo rencor, por injusto, hacia quienes nacieron incapacitados por su pequeñez para la magnanimidad.

Todas las mañanas, desde entonces, nos saludaba nuestro aristocrático carcelero para darnos la noticia de que aun no había empezado a cobrar fuerza la revolución, porque, de empezar a cobrarla, estaba él temeroso—y así nos lo hacía diariamente saber— de que seríamos los dos primeros fusilados...

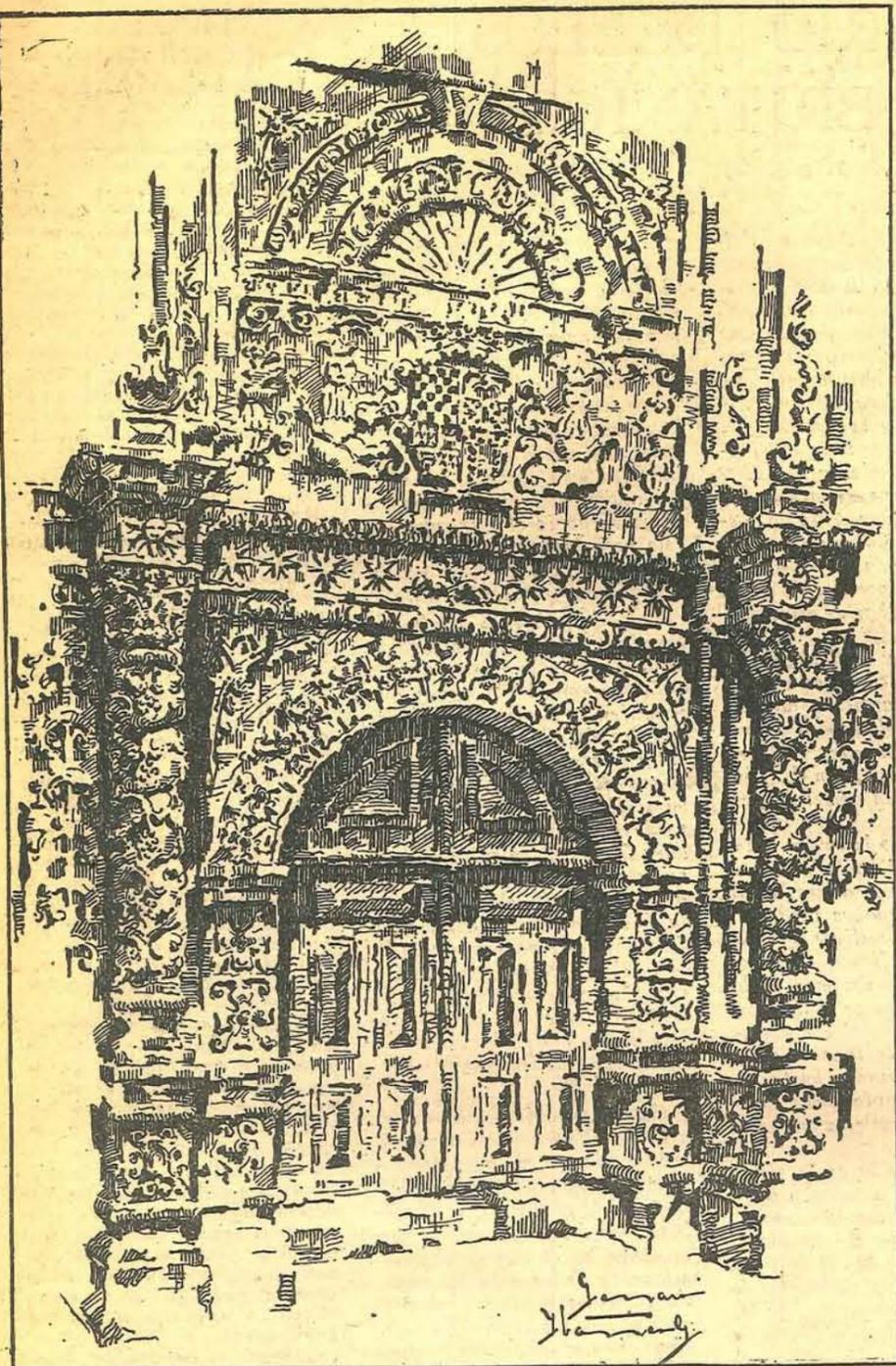
El coronel Parra lo acogía, invariablemente, con las más grandes burlas, arrastrando mi prematura gravedad en el torbellino de su carcajada homérica.

Nuestra vida en el aljibe me daba a veces la impresión de la de los mineros y a veces la de los buzos.

Ya me sentía oprimido en el traje de caucho, ya dentro de la escafandra.

Por la galería oscura se aventuraba mi imaginación en busca de la veta, escudriñando los rincones en que más de un

(Continúa en la pág. 28)



Frontis de la casa solariega de los Marqueses de Otavi, en Potosí. Modelo de arte colonial. (Dibujo a plumas de Jenaro Ibáñez)

EL INDO-HISPANO DE "LA NACION" POR W. JAIME MOLINS



FRONTE al desconcierto arquitectural — verdadero mosaico de estilos — con que se enriquece en volumen y novedad la edificación de Buenos Aires, no podemos menos que volver nuestros ojos hacia el frontis indo-hispano con que LA NACION rompió la nota comercial de Florida. La simpatía es honda y viene de lejos, porque ya en 1917, al escribir en estas mismas columnas un largo artículo sobre "el arte religioso en Potosí", contagiados por el aspecto de los monumentos coloniales de la meseta andina, propiciábamos la restauración para la moderna arquitectura, del ensamblamiento que unificó y tipificó en la piedra viva la armonía social entre el pueblo conquistador y el conquistado.

Desde luego, no bien pisan los españoles tierra de América, se inicia el proceso de una compenetración espiritual, resultado del temperamento usufructuario de los conquistadores. El indio—hablamos especialmente del aborigen de la hoyada del Titicaca, cuna del país de los tahuintasuyus—fué rescatado a sus montañas y a sus sembradíos georgicos para ser el obrero del conquistador. La mita se encargó en principio del sojuzgamiento y del reparto. La fundación de ciudades, el cultivo de la tierra, el tráfico y la explotación virtual, que debió nivelarse y metodizarse espontáneamente por efectos de una misma política comercial, tendiente, en todo caso, a sacar las mayores ventajas de la tierra y de los hombres que la habitaban. A la conquista de las armas, que tuvo muchas veces para estos argonautas el corolario de la adversidad, siguió el sometimiento evangelizante y tranquilo del aborigen. Marcharon a la misma vera la cruz y la espada. Y no bien la silvestre heredad quedó reducida a pueblo de "mitayos"—es decir, a entidad social, regimientada en la vida y en el trabajo por los "wiracochas" blancos—, comenzó el arte indo-hispano a balbucir su primer abecedario. En los frailes de la conquista tuvo el indio sus primeros maestros. Su "Pachakamak"—divinidad todopoderosa—pasó a ser, sin esfuerzo, el Dios de los cristianos, mientras sus nuevas oraciones se concatenaban literariamente con vocablos indo-latinos, amasijo híbrido que trabajó honda y eficientemente la ingenuidad del pueblo nativo.

Músico por excelencia el aborigen, cupo a la habilidad e inteligencia del español darle los recursos completos de la tónica musical, abriendo nuevos agujeros a algunas de sus flautas, como a la "tarkja", que conquistó el pentagrama completo. El "charango", a manera de mandolín, fué, sin duda, un presente español creado con elementos del terruño y como medio eficiente para extender su horizonte melódico con un instrumento de cuerda de amplísimos recursos. Mientras tanto, las pastorelas indianas—copioso cancionero, rico en ternura y expresión—adquirían giros nuevos con el ritmo y la rima que encuadraba en la estructura de los villancicos y salmodias religiosas, piezas del ritual cristiano que contribuían, piadosamente, a mantener el orden de la nueva vida y la disciplina del trabajo, así fuera en las faenas agropecuarias o en la recóndita soledad de los socavones.

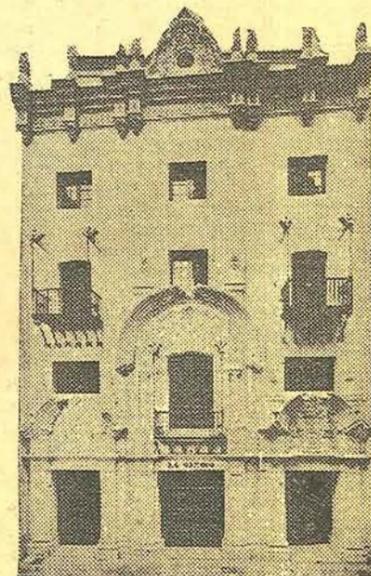
Todo este armonizamiento de una política interesada por parte del sometedor ha quedado como un determinismo racial en los pueblos de América. Pero donde la impresión objetiva encuentra mayores recursos orientadores sobre la razón de este entendimiento de pueblo a pueblo, es en la arquitectura mesetana, sobre todo en los grandes edificios, y en donde geómetras y arquitectos perpetuaron sobre la piedra viva toda una página sociológica del pasado. Y es a esta fuente monumental adonde LA NACION ha ido a abrevarse para reproducir en la calle clásica de Buenos Aires la más armoniosa y sintomática visión indo-hispana, toda una tragedia de pueblos en su amalgamamiento secular.

Frente a este espécimen, que juzgamos sin eufemismos lo más nuestro en la arquitectura de Buenos Aires, cabe contravenir la tesis de la mayoría de los indianistas, que sostienen "la imposición aborigen sobre el modelo de importación de procedencia hispana". No está allí, sin duda, la medula de esta concomitancia artística. El tinte indiano, que puso nuevos tonos y dió nuevos recursos a la manera colonial, no fué jamás una imposición aborigen. Fué una tolerancia hispana, todo un recurso de sometimiento calculado, algo así como un medio ideológico que aseguraba, por la sensibilidad y el espíritu, la contribución indiana a la religión católica y, en consecuencia, a las especulaciones del trabajo. El indio, ingenuo y bondadoso, acrecentaba su amor al templo aquel en cuya fábrica había esculpido entre columnas helénicas o el canabá churrigueresco de sus artesanos, los ídolos paganos de su vieja advocación. Y la iglesia aquella era el medio eficiente para mantener su fe en Dios y en los blancos y seguir con resignación el duro trajín de la "encomienda". El arte, en suma—música, poesía, pictografía, arquitectura—, adobado y mechado por los recursos de importación, más que una finalidad sentimental, tenía un móvil eminentemente practicante: la manse dumbre y el trabajo.

Están muy equivocados los que atribuyen al carácter indiano de la arquitectura colonial el "resultado de una imposición aborigen". Sería lo mismo sostener que la "jazz" y el "charleston" han sido en los actuales tiempos el resultado de una "imposición social", emanado de las gentes de color de los Estados Unidos y por fas o por nefas. No fué el propio español el que recogió los motivos indianos. Y como fueron indios los obreros y menestrales que trabajaron la piedra de los edificios, fué prudente y hábil—habilidad política, sobre todo—"aceptar" aquella colaboración aborigen, que venía a romper con fetiches idolátricos y monstruos semiterrigenos las clásicas líneas de importación. Fué, en suma, el compuesto arquitectural el resultado de una—¿cómo diremos?—especie de "chance" que el conquistador inteligente daba al pueblo conquistado, para ajustar, con cierta indulgencia, los resortes de una vinculación con finalidades eminentemente prácticas. Y lo que ocurrió en la meseta andina ocurrió en todas las latitudes de América. Recordad, si no, los rastros de la dominación religiosa en tierras guaraníticas y encontraréis en los rosetones borneados en la argamasa de sus templos la reproducción de la flor del guayabo, casi un símbolo de su botánica montaraz.

La "imposición indiana" en el edificio colonial no radica en esa contribución idolátrica, destinada a modificar las formas de conjunto de los frontispicios. La imposición honda, subjetiva, inconfundible, está en el sello, de artística primitividad, que la mano de obra ha impreso a la labor, un a manera de inconfundible matiz, de vibración ancestral, de psiquis... Y esto lo hemos podido observar personalmente en la fábrica de la nueva catedral de La Paz (Bolivia), uno de los monumentos—en construcción desde hace muchas décadas—con que ha de enorgullecerse el arte religioso de América. Indios son todos los artistas, menestrales y obreros que levantan este portentoso edificio y dan vida a los duros bloques de asperón y granito, perpetuando en líneas helénicas—óigase bien—la solemnidad arquitectural de este gran templo. Y es de admirar el arte y la precisión con que trabajan las piedras, arrancando al duro mutismo de las rocas la elocuencia de las espirales corintias, con la frescura de las hojas de acanto al remate de los pesados capiteles. Quien ha visto—decíamos alguna vez—esta rotunda expresión del arte, armonizada por la orquesta polifónica de martillos y cincelos, no ha podido menos que justificar aquella perfección de la petrografía tahuantisuya que aparece para la nación indiana como la gran academia artística, algo de lo que fué Chios y Mileto para la Grecia del pasado... Sobre la sinceridad de esta revelación artística, que restaura para el indio toda una fuerza ancestral, semiperdida con el tiempo, a costa de ser sembrador y trashumante, una característica peculiar habla hondo y fuerte sobre su expresionismo nativo. Por sobre la línea y el patrón sacramentales, que definen los contornos del clasicismo griego, copiados al detalle, no puede el indio substraerse a la influencia racial que le retoza en las entrañas. Y copia el modelo. Pero allá, en la hondura de las volutas, en el picoteo del buril, en aquel descascaramiento de la piedra bruta... no sabemos dónde, le imprime una especie de crispación, algo como un ligero tocamiento de una emotividad sacudida por el nervio sensorial de la raza...

He aquí la parte de espíritu aborigen que quedó en los monumentos del pasado, mientras ajustaba en los materiales y en la combinación de los estilos toda una consagración étnica, expresión sociológica la más elocuente, sin duda, puesto que su enseñanza aseguró en el tiempo y definió en la historia de América el entendimiento y la armonía social de las razas. Tal es la fuerza conceptual de este estilo indo-hispano perpetuado en las altiplanicies del Norte. LA NACION, al reproducirlo en la calle aristocrática de la primera ciudad de nuestra América, ha realizado obra de arte y de tradición. Ha fundido una época estilizando en su frontispicio lo más fundamental que tuvo la conquista: el entendimiento racial, piedra angular del pueblo criollo. Es, sin duda, bello y educativo este espécimen arquitectural, sobre todo en esta hora, en que el malabarismo de estilos—"tripotaje" de estilos, diremos con crudeza—desvirtúa los más nobles esfuerzos orientados hacia una arquitectura nacional...



LAS MIL Y UNA
AVENTURAS

(Continuación de la pág. 26)

coleóptero mentía un chispazo de magia, que me hacía esperar por momentos la aparición de los barbudos gnomos con las manos repletas de pepas de oro y de piedras preciosas.

El agua de fluía de los intersticios de las piedras en los muros, tejía con sus hilos, otras veces, la ilusión de un acuario o, mejor aun, de un rincón submarino, en que mis ojos podían sospechar a lo lejos el tumulto de la vieja ciudad del Callao sepultada una noche en las aguas.

No era mi compañero un espíritu ajeno a las inquietudes del mío. El coronel José Domingo Parra, padre, fué de un gran poeta que ya ha muerto — Juan Parra del Riego — y de otro que vive aún bordando cuentos líricos a la orilla del Plata.

Recuerdo que en un día en que el sol entraba con toda fuerza por la claraboya, proyectando en el campo del suelo la cruz de los dos hierros que, de arriba hacia abajo y de diestra hacia siniestra, la atravesaban, yo me senté a contemplar, mudamente, el símbolo de piedra que la luz ponía sobre el fango; y en mi actitud contemplativa seguí tan hondamente sumergido que no noté que mi buen compañero se puso a mis espaldas a ver la cruz que yo veía, hasta que me sacó de mi absorción con su pregunta:

—¿En qué está usted pensando así, poeta?

Le respondí con algo que he tenido después que repetir muchas veces:

—Pienso que cada uno da de lo que tiene adentro. El sol nos da luz; hay quienes nos dan fango...

Muy cerca de la estación Pilcaniyeñ, la primera plaza ferroviaria que se hallará en este itinerario, se encuentra el casco de la estación Pilcañeñ, una de las posesiones de "The Argentine Southern Land Co.", pues ésta también posee fincas en el mismo Río Negro, en Neuquén y en Chubut. La estancia de Pilcañeñ posee 30.000 lanas, 350 vacunos y 520 yeguarizos. Con las secciones de Cañadón Blanco y San Pedro, Pilcañeñ ocupa 50.000 hectáreas.

La casa donde vivirán los príncipes británicos, es de piedra, alhajada con todo género de comodidades. Es, además de reciente construcción.

Saliendo de Pilcaniyeñ, la línea del Ferrocarril del Estado, toca puntos de importancia, como Jacobacci, Maquinchao y Valcheta. Ingeniero Jacobacci, nueva designación del poblado conocido con el nombre de Kilómetro 448, es uno de los centros más progresistas del departamento Veinticinco de Mayo. Fué fundado en el año 1915, y es el punto de salida de los productos sureños que reclaman la vía férrea. Cuenta actualmente con 1500 habitantes, poco más o menos.

Por su parte, Maquinchao, capital del departamento Veinticinco de Mayo, es una población relativamente nueva, con calles rectas y edificios modernos, de material. Se encuentra en el valle de su nombre y se calcula que se halla a poco más de 800 metros sobre el nivel del mar. A cinco kilómetros de la población, el viajero da con el establecimiento ganadero de Maquinchao, de importancia señalada por el número y bondad de sus haciendas.

Esta apenas pudo alojarnos, según se había ido multiplicando en poco tiempo el enjambre empezado por los coroneles Parra y Alvarado, el ma-

(Continúa en la pág. 32)

EL ITINERARIO DE LOS
PRINCIPES BRITANICOS

(Continuación de la pág. 13)

Entre Maquinchao y Valcheta, la línea férrea alcanza a una fuerte depresión, que constituye el cauce prehistórico del Limay. En los taludes de este valle es fácil advertir las diversas capas sedimentarias que forman la corteza del lugar. Valcheta es la capital del departamento que lleva su nombre. Tiene alrededor de 1200 habitantes, y se encuentra a 114 kilómetros de San Antonio. Está rodeada de pintorescas serranías y es cruzada por el arroyo Valcheta, su proveedor de agua, así como también de San Antonio.

A diferencia de los pueblos anteriores, Valcheta es caserío relativamente antiguo, no obstante lo cual, el trabajo de sus pobladores lo ha convertido en un lugar moderno, con edificios de material y un comercio progresista. En este punto la estepa patagónica — que hasta entonces se ha presentado salpicada con las grandes manchas verdes de las chacras y cultivos que siguen la línea férrea — se va mostrando cada vez más árida, como para preluir la infecundidad de los arenales costeros. Y en efecto este tono se acentúa progresivamente hasta llegar a San Antonio Oeste, punto terminal de la jira en ferrocarril.

Situado sobre la costa atlántica, con salida al amplio golfo de San Matías, San Antonio es el puerto de mar del territorio del Río Negro. A él afluyen buena parte de los productos de la cordillera rionegrina, de las poblaciones vecinas al Ferrocarril del Estado y aun de los centros de producción del Chubut. A él también van a parar varias líneas de vapores que hacen el trayecto entre San Antonio, Buenos Aires, algunas ciudades brasileñas y varios centros europeos. Con esto, puede caracterizarse que la fisonomía característica de San Antonio sea su actividad comercial, concentrada especialmente alrededor del magnífico edificio que posee el Banco de la Nación, en el lugar.

La falla fundamental de San Antonio es su falta de agua potable. Realiza de esta manera la paradoja de padecer sed cuando tiene por delante todo el Atlántico Sur. Actualmente el agua que consume la población proviene del arroyo Valcheta, pero ya se han hecho estudios para aumentar el caudal, con aportes del río Negro.

Según la información diplomática a que nos hemos referido, desde San Antonio el Príncipe partirá en vuelo hacia Mar del Plata. Las informaciones recibidas aun no permiten precisar con justeza si el trayecto se hará cortando el continente hasta Bahía Blanca, o bien, si se tratare de un hidroavión, costearlo el borde septentrional del golfo de San Matías para seguir luego la orilla de la provincia de Buenos Aires, hasta el balneario de moda. Con todo, como se habla de que intervendrá un hidroavión de nuestra armada, lo lógico será pensar que seguirá el último itinerario expuesto, con alguna excursión

sobre tierra firme para acortar distancia. Sea lo que fuere, lo cierto es que en tiempos normales, la ruta aérea en ese rumbo presenta condiciones favorables a la excursión. Son frecuentes los vientos que toman al aparato de cola, especialmente por la mañana, y así la rapidez de la marcha cobra una intensidad insólita. Muy distinto, por cierto, hubiera sido si el rumbo enderezara hacia el Sur, pues en este caso los vientos de la comarca imponen al avión un sacudimiento bastante molesto.

Volando sobre el borde de San Matías, llama especialmente la atención la extraordinaria transparencia de las aguas, que permiten ver con claridad los detalles del fondo de la cuenca, y a mayor abundamiento el color intensamente azul de la superficie, con un ribete de verde nilo próximo a las orillas. La costa, mientras tanto, se presenta arenosa y desolada, y más al Oeste, el desierto patagónico, que sólo cambia de fisonomía al traspasar la línea del río Negro, con su halagüeño aspecto de tierra cultivada, y el curso del río Colorado que marca la transición hacia las fértiles praderas bonaerenses.

Cuando el avión se aproxime a Bahía Blanca podrá verse, al mismo tiempo, la transformación que sufre nuestra costa atlántica. A partir de la desembocadura del Colorado, va terminando en el litoral el páramo rubio de los arenales costeros para dar lugar a la desolación húmeda y verde de la ciénaga. Son los temibles cangrejales vecinos a Bahía Blanca, que se extienden por muchas leguas en manchas de un verde de limo y un gris implacable de tierra en estado de tremedal.

Esta visión termina ya pasada Bahía Blanca, si es que se continúa por la orilla continental; la costa se endurece de nuevo y presenta, como contraste, la llanura verde que viene desde el Oeste, y la franja, netamente delimitada, de la playa arenosa. Los balnearios que flanquean esta costa, dan una nota de animación al paisaje y la impresión se acendra cuando aparece Mar del Plata, con sus techos rojizos, con sus casitas blancas y sus caminos negros, con sus recias escolleras tendidas sobre el mar.

Entre Mar del Plata y Buenos Aires — tramo final del viaje principesco — la perspectiva aérea no varía mayormente. Hay kilómetros y kilómetros de campos alambrados y de lagunas espejeantes, que se suceden interminablemente con distintos grados de verdor, hasta que por fin aparece en el horizonte, detrás de sus humos y del aire turbio, una calera inmensa cortada por líneas rectas y negras, que nunca termina de pasar por más que se imprima al avión su mejor régimen de motor. Esa cantera blanquecina, que semeja haber superado todos los límites, es pura y simplemente, la ciudad de Buenos Aires, Capital Federal.

FIGURAS
POPULARES

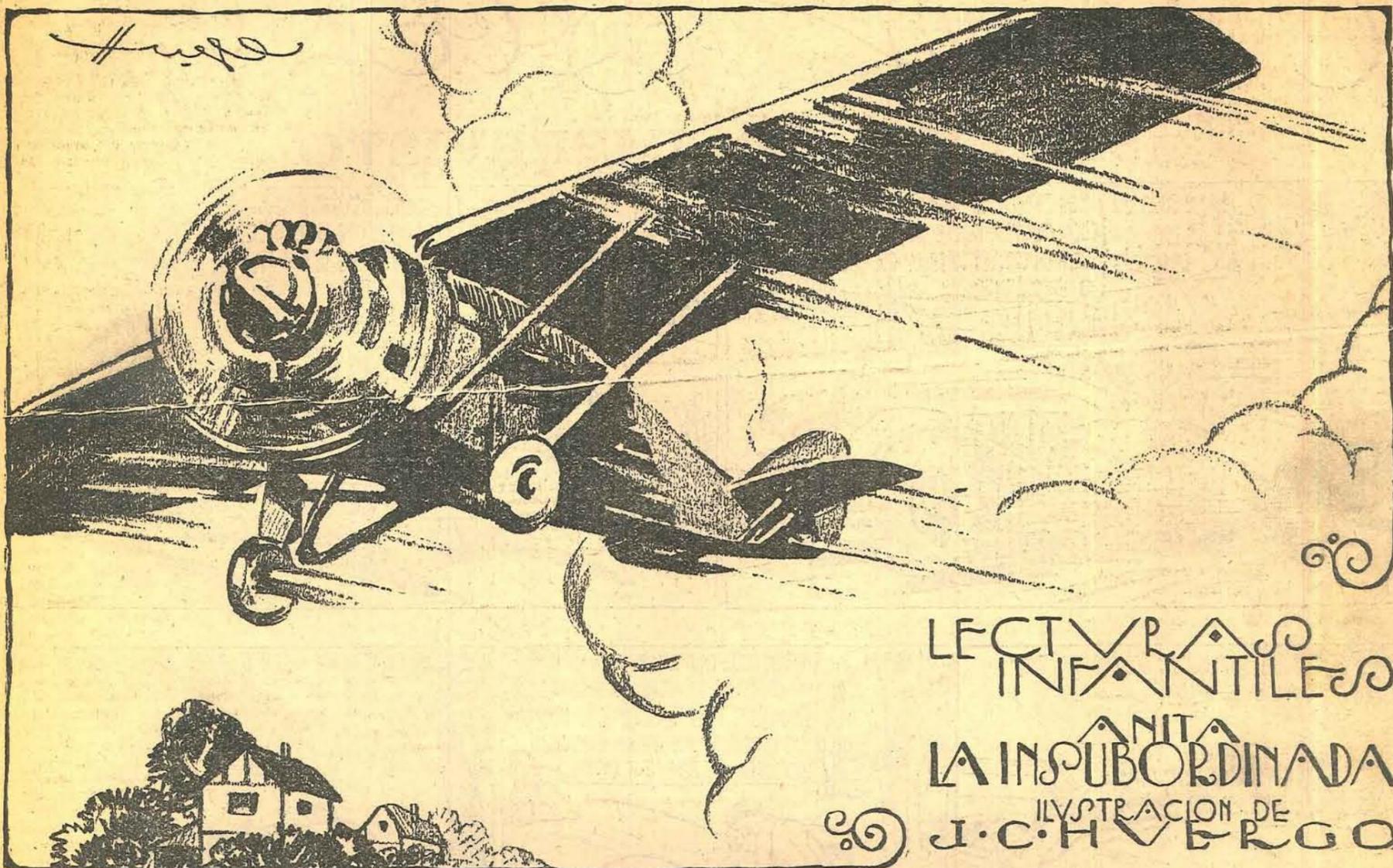
(Continuación de la pág. 18)

"Mi vecino, empezó a decirnos Sarmiento, el italiano don José Cigaglia, me notificó verbalmente que debía comparecer a la presencia del señor alcalde, bajo apercibimiento de lo que hubiera lugar... Le contesté que acataba esa resolución, y que iría inmediatamente... Y así lo hice. Acompañado por dos peones de la isla, me presenté en el despacho del alcalde, que funcionaba en un rancho a orillas del arroyo Gelves... Una vez llegado, saludé respetuosamente a la autoridad, y le manifesté que me hallaba a sus órdenes... El alcalde, un criollo de cuerpo entero, me dijo: —¿Usted es un señor Sarmiento, que ha comprado la isla lindera, junto con otras personas? —Sí, señor alcalde; yo soy Domingo Sarmiento, propietario en esa isla... —Muy bien. Yo lo he mandado llamar porque tengo una orden del juez de paz de las Conchas, don Manuel Brid, para que los vecinos se respeten los unos con los otros, y pongan sus mojones linderos... —Perfectamente, señor alcalde, se cumplirá su orden... Pero, me parece bien que labremos un acta, le respondí yo. Pero como el alcalde quería ocultar que no sabía escribir, me respondió con aire autoritario: —Aquí no hay acta ni nada que hacer... se cumple lo que yo mando, y nada más. —Está muy bien, señor alcalde. Pero quiero hacerle presente que si he concurrido a su citación, es porque considero que la autoridad judicial no debe ser desobedecida... aunque yo tengo inmunidades... —¿Qué es eso de inmunidades?, preguntó intrigado el alcalde. —Inmunidades las tienen aquellos que no pueden ser citados, y se hallan facultados para contestar por escrito... Inmunidades las tienen los legisladores, los ministros, el presidente de la República... y como yo soy el presidente de la República... —¿Usted el presidente de la República?... —me respondió, soltando una carcajada. —¿Pero vean qué loco, si me dan ganas de meterlo preso!... En vista de ello, mandé a los peones que llamaran a mis edecanes, y al rato se presentaron éstos, con su uniforme de tenientes coroneles, y cuadrándose delante, me preguntaron: —¿Qué desea Vuecencia...? Como ya no había motivo de duda, el alcalde se levantó afligido y suplicando: —Señor presidente, perdóneme y no me castigue, porque yo soy muy ignorante... —Es una lástima —le respondí entonces — que no sepa leer ni escribir quien ejerce en estos parajes la representación judicial. Los argentinos no deben ser analfabetos..."

Así terminó de hablar el que, precisamente, más luchó por la educación de los hijos de nuestra tierra, agrega el excelente D. Leopoldo, como acertado comentario al interesantísimo relato.

Pero ya hemos conversado mucho, y tengo que irme. De dos plumadas improvisa una cuarteta para LA NACION. Me la entrega exultante de alegría. Aun me refiere algunos episodios menudos, de la gente principal que veraneaba por San Fernando, en los viejos tiempos: Marcelino Ugarte, Manuel Augusto Montes de Oca...

Como yo iba siempre detrás de Sarmiento, acompañándolo a la isla, la gente por broma me llamaba "Sarmiento"... Un día, yendo con Ventura Ocampo por el arroyo Luján, le salvamos la vida al dibujante Stein, director de "El Mosquito", que se estaba ahogando, al ir a bañarse... —termina de contarme D. Leopoldo Murcho, cuando ya en el umbral, nos despedimos con un cordial apretón de manos.



S la tercera vez en el mes que me veo obligada a llamarla — dijo severamente la directora del colegio —. Esto no puede seguir así. No puedo tolerar las faltas de disciplina. Si usted no se siente capaz de obedecer como lo hacen sus compañeras, no me quedará más remedio que despedirla del colegio —. Y al ver que la niña la escuchaba con la cabeza baja sin responder, añadió —: esta vez, como castigo, no podrá salir mañana domingo a caballo, pues veo que es lo que más le agrada hacer. Se quedará todo el día en la casa.

Anita se alejó muy apenada. ¿Qué poca suerte tenía! ¿Para qué la habían enviado a ese maldito colegio, donde ni siquiera tenía amigas? Para sus compañeras ella era la india, pues era inútil explicarles que era tan inglesa como cualquiera de ellas, que su padre trabajaba en la India, pero que eran ingleses.

A ella le gustaba la vida de Kalapur. Andar a caballo, recorrer con su padre los campos, las plantaciones de arroz... Se encontraba prisionera en ese colegio que parecía tan grande a sus compañeras. A ellas les interesaban una cantidad de cosas que para Anita resultaban triviales.

Al día siguiente, las niñas se prepararon desde temprano para salir. Unas lo hacían acompañadas por sus padres, otras salían a caballo con sus profesores, o bien organizaban partidas de tennis, basket-ball, etc.

Era un día glorioso. Anita permanecía mientras tanto, sola en su cuarto. ¿Qué duro era para la pobre niña, acostumbrada a la libertad, encontrarse presa! En realidad ella tenía la disculpa del trasplante brusco, de un cambio absoluto de costumbres. No podía someterse de golpe a la férrea disciplina del colegio.

Cerca ya de las tres de la tarde, Anita seguía con la frente pegada al vidrio de la ventana, añorando su lejano hogar, cuando se le cruzó por la mente una idea que puso en ejecución sin un minuto de reflexión. Levantó la ventana, de guillotina y pasando primero el cuerpo y luego las piernas, se agarró fuertemente de la cornisa. Haciendo una verdadera proeza consiguió llegar hasta un balcón que había en el mismo piso y una vez allí, pasó como si fuera un gato a la rama de un árbol cercano, no tardando en encontrarse en tierra firme. Se detuvo un ins-

tante para asegurarse de que nadie la había visto y echó a correr fuera del colegio.

—Estaba libre!... ¿Sí, pero qué sucedería después? No importaba... ¿La despedirán del colegio! Era justamente lo que ella deseaba...

Durante un tiempo corrió sin rumbo, hasta que se encontró en un espacio de campo abierto.

—¿Qué cara va a poner la directora! — pensaba la insubordinada Anita —. ¿Qué furia va a ser! — Luego pensaba en el día espléndido que iba a pasar en completa libertad —. ¡Lástima que no haya traído dinero! — se dijo después de un rato —. Comería algo de buena gana... Iré al pueblo, allí encontraré a alguien que me ayude... Les diré cualquier cosa... que venía a tomar el tren y llegué tarde... Ya lo arreglaré...

En ese momento sintió el ruido de un aeroplano que se acercaba. ¿Qué día para volar! Anita recordaba la ocasión en que había volado, allá en la India, con su padre. Unos aviadores ingleses se habían detenido cerca de Kalapur, pasando la noche en su casa. Antes de iniciar nuevamente su vuelo, habían invitado al padre de Anita a dar una vuelta, y accediendo al pedido insistente de la niña, él había permitido que ésta volara también. No había sentido miedo alguno; ¡al contrario! ¿Qué sensación agradable había sentido al darse cuenta que había abandonado todo contacto con la tierra y que el poderoso avión se lanzaba velozmente en el espacio, produciendo a los que viajaban en él una sensación de poder y seguridad!

—Algo sucede a ese avión — pensó la niña al ver que daba dos vueltas como estudiando el lugar, y luego bajaba precipitadamente a tierra. Anita corrió hacia él y no tardaron en llegar al mismo lugar unos cuantos trabajadores del campo. El piloto descendió, ayudando a su compañero que parecía imposibilitado de moverse, y al cual acostó sobre el césped.

—Quédate tranquilo y no te hagas mala sangre — dijo el aviador a su compañero enfermo —. Ya arregláremos con quien seguir el vuelo.

El otro hombre protestaba y se desesperaba, pero era evidente que no se encontraba en condiciones de seguir el viaje. Entonces el aviador explicó que estaba volando por una copa muy importante y que su compañero se encontraba tan enfermo, que le era imposible pretender acompañarlo más tiempo. Ahora bien, él no podía seguir

solo, pues el reglamento establecía que debía volar con un pasajero, ¿quería alguno de los presentes acompañarlo?

Los rústicos se miraron unos a los otros y movieron la cabeza negativamente. Todos tenían familia y no querían arriesgar su vida.

Después de hablar unos minutos, el aviador comprendió que era inútil insistir y su compañero exclamó:

—¿Ves que no hay caso, Daniel! Yo subo de nuevo, no puedo permitir que pierdas esta carrera por mi culpa.

Entonces se adelantó Anita y muy resueltamente dijo:

—Yo le propongo ir en lugar del enfermo en el avión — y ante la sorpresa que causaran sus palabras, añadió —. Ya he volado otra vez con mi padre, allá en la India. ¡No tengo miedo ninguno! ¡Lléveme!

Al ver al alcance de su mano la posibilidad de ganar la copa, el aviador no se detuvo a reflexionar, y después de asegurarse de que la niña había volado ya en otra ocasión y que esto le había agradado mucho, subió con ella al avión, no tardando en desaparecer. La ventaja que llevaba había sido anulada por el tiempo perdido en el aterrizaje y tuvieron la enorme emoción de sentir en las alturas la proximidad de otro avión. La distancia que los separaba del punto final era corta y media hora después, el avión bajaba entre las aclamaciones del público reunido para esperar al vencedor. Grande fué la sorpresa de todos, al ver que el piloto ayudaba a bajar a una niña que reía de buena gana, encantada con su excursión. Después de una corta deliberación la comisión declaró que no había motivo para descalificar al ganador, puesto que había llegado con un pasajero, como lo indicaba el reglamento. Fué una de ovaciones a la joven, a quien debían el triunfo, pero ella quedó de repente muda y pesarosa, lo que no tardó en notar su compañero de viaje.

—Todo está muy bien — explicó Anita — pero, ¿qué le digo yo a la directora de mi colegio? Yo me he escapado, y para colmo he salido en avión, de manera que quedaré expulsada, con toda seguridad. Eso no me importa, pero mis padres se enojarán y con razón.

El aviador miró consternado a la joven. No había pensado ni siquiera en ella, tal era su deseo de triunfar.

—¿Qué hacer? — se decía comprendiendo la enorme responsabilidad que le correspondía—. ¿Cómo he podido hacer semejante cosa! Estaba loco. ¡Estaba loco!

Entonces, renunciando a los agasajos que le esperaban, el piloto tomó a Anita de la mano y corriendo la hizo subir nuevamente al avión, ordenando que pusieran el motor en marcha. Durante el tiempo que duró el vuelo, no cambiaron una sola palabra, pero cuando hubieron aterrizado otra vez cerca del colegio, el aviador pidió a la joven lo condujera para hablar con la directora. Encontraron a ésta paseando por los jardines del establecimiento, y es de imaginar su sorpresa al ver a Anita acompañada por un aviador. Pero más grande fué la sorpresa de Anita, al ver que la terrible directora exclamaba:

—¿Tú aquí, Arturo? ¿Qué significa esto?

El aviador abrazó cariñosamente a la dama y explicó en pocas palabras lo sucedido, callando, naturalmente, el ofrecimiento espontáneo de la niña y diciendo, en cambio, que él la había rogado insistentemente para que lo acompañara, prometiéndole volverla a traer dentro de dos horas. Anita permanecía callada. Varias veces quiso interrumpir al orador, pero éste le ordenó con la mirada que guardara silencio y así lo hizo.

—¿Adela — imploró entonces el aviador —, no puedes castigar a esta niña por culpa mía! Ha demostrado una sangre fría y una resolución admirable. Además, no titubeó en afrontar tu enojo para ayudarme en una mala situación. Tú sabes lo que significa para mí el triunfo. Sé buena y perdónala. Probablemente nadie conoce su escapada. ¡Perdónala!

—Señora; si usted me perdona en esta ocasión, prometo formalmente portarme de manera que nunca más tendrá quejas de mí. Puede creerme.

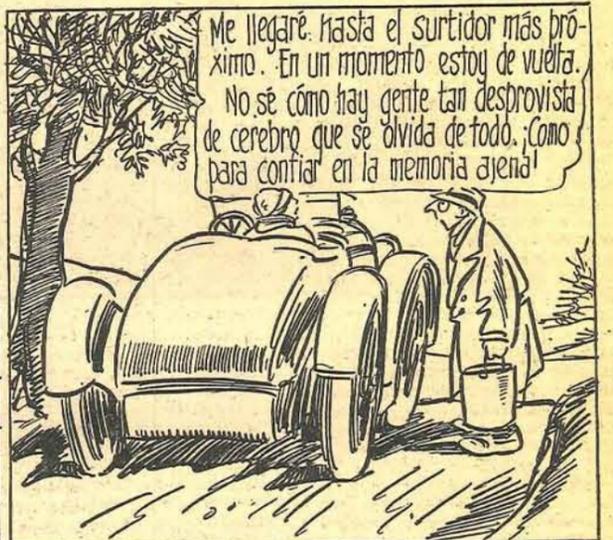
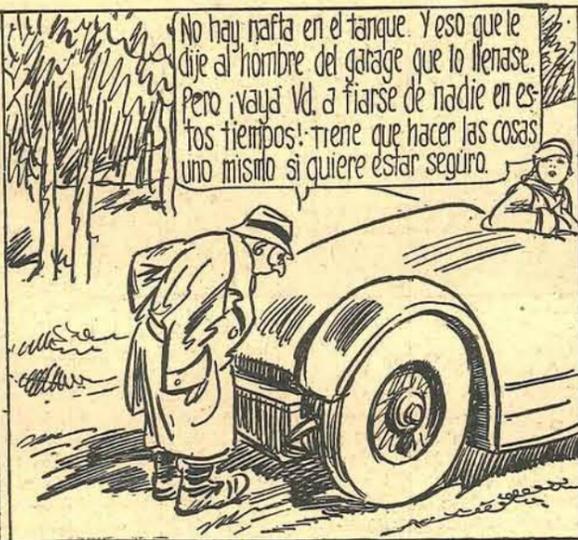
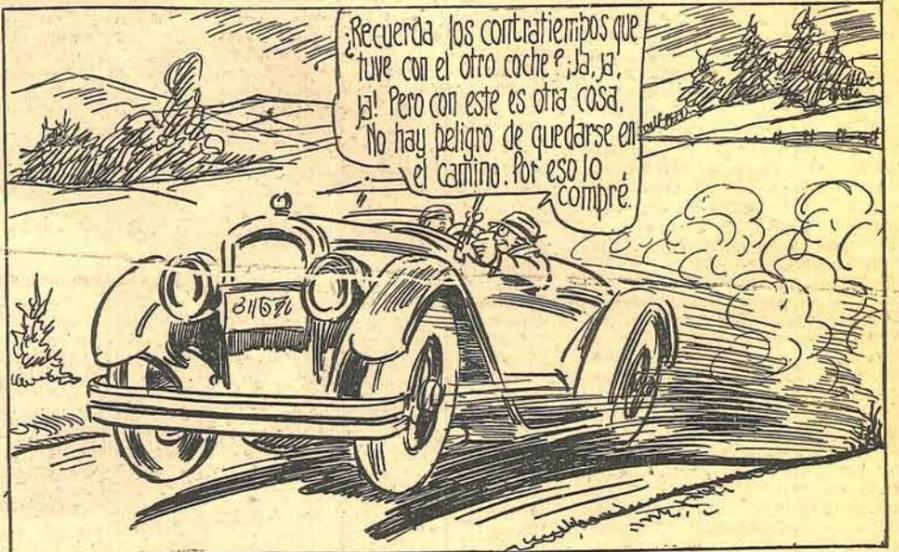
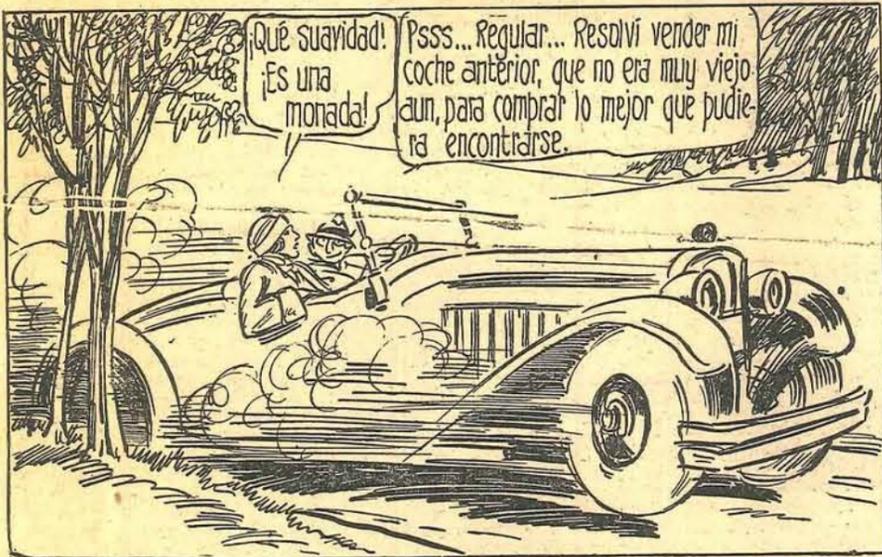
—Está bien — dijo entonces la directora —, por última vez tendré confianza en usted — y dirigiéndose al aviador, continuó —. Ya conseguiste lo que querías; nunca he visto un hermano más dominante... ni más irreflexivo — añadió sonriendo.

—Ahora me falta pedirle a usted que tenga la bondad de perdonarme — dijo el aviador dirigiéndose a Anita, y al ver que ésta le tendía graciosamente la mano, exclamó —: nunca olvidaré el enorme favor que me ha hecho... Mi vida entera se lo probará.

Anita fué desde ese momento una alumna admirable, no sólo en aplicación y buena conducta, sino como amiga de sus compañeras, quienes, viendo en ella una heroína, la trataron siempre como a la predilecta del colegio.

Betty POR C. A. Voight

SIEMPRE LO IMPREVISTO



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"WINCKELMANN O LA ESTETICA"

Por M. A. BARRENECHEA

INTERESANTE y en definitiva triste historia la de Juan Winckelmann, el sabio alemán que en sus "Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la pintura y en la escultura" y en su "Historia del arte en la antigüedad" echó las bases de los modernos estudios arqueológicos y estéticos!

El Sr. Mariano Antonio Barrenechea nos trae en un interesante trabajo relativo al hombre y a la obra. Para darle amenidad a su exposición ha imaginado relatar la biografía de Winckelmann prestándole el movimiento y la intriga de una novela. Y el procedimiento ha resultado feliz, pues gracias a él se sigue a un mismo tiempo, sin demasiado esfuerzo, la vida, la evolución mental y las doctrinas del olvidado personaje a quien muchos comienzan a considerar como precursor de la estética contemporánea. Romance y disertaciones substanciales sobre las materias que Winckelmann trató en sus obras, marchan entrelazados en la composición del Sr. Barrenechea. Empleamos a designio la palabra composición. Ninguna otra puede, en efecto, dar una idea tan precisa del género de labor que ha practicado el segundo autor para glosar y poner de manifiesto las teorías del primero.

¿Quién es, en suma, este Winckelmann, cuyo nombre ha caído en la preridición fuera de los círculos eruditos?

Juan Winckelmann nació en Stendal en 1717, de un padre zapatero. Desde su primera infancia acusó la más vibrante sensibilidad frente al espectáculo de la naturaleza. "Niño divino" se le llamaba en su pueblo por la belleza de su tipo físico. Su niñez fué solitaria y melancólica, pues la humildad de su origen y la indigencia de su familia lo condenaron tempranamente a la indiferencia cuando no al desdén de sus discípulos. Refugiase el muchacho en la lectura y el ensueño, que fueron desenvolviendo poco a poco su inteligencia y su facultad de sentir. Hasta que a la edad de 18 años, y gracias a la protección generosa de un profesor, puede ingresar a la universidad de Halle. Concentra allí todo su esfuerzo en profundizar las matemáticas, la literatura, la historia, la jurisprudencia y las ciencias políticas, para dedicarse, en fin, de una manera decisiva, a las humanidades. El estudio ha consumido su adolescencia y sigue absorbiendo su juventud, sin que camino alguno de prosperidad se abra ante sus ojos. Entonces resuelve buscar un Mecenas y elige para el caso al conde de Bunau, influyente señor y hombre de letras, a quien el joven, admirador de Voltaire, le dirige una carta en mal francés, pidiéndole apoyo. Su solicitud es atendida. Bunau lo acoge primero como empleado de la biblioteca en el castillo de Noethenitz, y luego como

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

mo profesor de su hija Elisa. Allí consigue Winckelmann vincularse con diversas eminencias de la época, ante las cuales muestra su saber y su talento en largas disertaciones dialogadas; allí consolida su ciencia y concibe su sistema filosófico; allí se enamora de su discípula, quien, a pesar de corresponderle en secreto, no se atreve a sobreponerse a la desigualdad de clases, y lo rechaza.

Afligido por su fracaso sentimental, abandona Winckelmann el castillo de Noethenitz y va a instalarse en Dresde, donde escribe sus "Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la escultura y en la pintura". Entretanto, Elisa ha quedado desolada por la separación, pues ya dijimos que no obstante su aparente desvío, amaba silenciosamente a su profesor, magnífico ejemplar de belleza varonil por aquel tiempo. El distanciamiento será definitivo. Ni uno ni otro olvidarán jamás este primer amor frustrado, y será en vano que Winckelmann, hacia el ocaso de su vida, ensaye volver a ver a su amada de la juventud. Ni siquiera llegará hasta la ciudad en que ésta vive, a la sazón casada y madre de familia.

"¡Nunca más!", como decía fatidicamente el cuervo de I o e...

De Dresde nuestro sabio, célebre ya, pasa a Italia. Visita primero Venecia, y entra luego en Roma. En ambas ciudades se impregna de arte, asiste a fiestas, observa de cerca a los representantes de las más ilustres familias patricias de la península, es presentado al Papa Benedicto XIV y nombrado por último prefecto de las antigüedades del Vaticano. Se queda allí doce años, y escribe su "Historia del arte en la antigüedad". Pero ni la gloria ni el bienestar, ni el amor de la cortesana Leticia, que lo persigue con sus transportes, le han hecho olvidar a Elisa Bunau. Para intentar verla de nuevo, para huir de la importuna Leticia, pónese Winckelmann en viaje de regreso a su patria. Mas no irá más allá de Viena. Un súbito temor de encontrarse otra vez frente a la que tanto amó lo asalta, y helo desandando el camino recorrido para retornar a Roma. En Trieste traba relación con un italiano sospechoso, Arcangeli, que se muestra con él particularmente solícito. Esta amistad lo pierde. El italiano es un bandido que codicia las joyas y obras de arte de Winckelmann. Para apoderarse de ellas ensaya primero estrangularlo; luego lo asesina a puñaladas.

Así termina la vida sin ventura del gran humanista, cuyo nombre comienza a resurgir de un olvido secular.

El contenido de las obras que dejara ha sido expuesto por el Sr. Mariano Antonio Barrenechea, en el libro que reseñamos, a lo largo de discusiones y diálogos diversos que sostiene el sabio con interlocutores de ocasión durante su existencia. El

autor de la monografía nos muestra a su héroe viviendo y hablando a la vez, y sus discursos vienen a ser la substancia — "la substantifique moelle", que diría Rabelais — de la "Historia del arte en la antigüedad" y de las "Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la pintura y en la escultura". Mas no ha de creerse que el Sr. Barrenechea se haya limitado a glosar los libros de Winckelmann. Los comenta, los explica y los aclara con excelentes notas críticas. Y en verdad que los escritos del sabio alemán necesitaban ser interpretados por un latino para espíritus latinos, pues adolecen en el texto original de una cierta pesadez no exenta de pedantismo profesional, que los hace poco asequibles a las inteligencias enamoradas de orden y nitidez en la disquisición doctrinaria. A través del trabajo del comentarista, las teorías de Winckelmann aparecen como clarificadas y aliviadas de farrago.

¿Qué encierran en último análisis los estudios del arqueólogo esteta? Los títulos de sus volúmenes son a este respecto bastante explicativos. Una historia del arte antiguo en seis tomos y una penetrante exégesis de escuelas, géneros y estilos clásicos. "Winckelmann — dice el Sr. Barrenechea — fué el genial creador de este admirable sistema, en el que se funden propósitos u objetos diversos: la estética general, la historia de las realizaciones intentadas sucesivamente por generaciones de arquitectos, pintores y escultores, y por último, la crítica de las obras, frutos de sus esfuerzos, crítica que no puede ser más que la aplicación de la estética a las realidades producidas".

La esencia y el origen del arte, el arte entre los egipcios, los fenicios, los persas, los etruscos, los griegos y los romanos: tales son los temas examinados por Winckelmann en su "Historia". Las "Reflexiones" tratan de la imitación de los antiguos. Ni uno ni otro libro son obras de simple clasificación. En el autor habian un poeta y un filósofo cuya sensibilidad y cuya inteligencia vibran como un arpa eólica ante la contemplación de la Belleza. El sabio se desdobra en artista. Y en esto reside, sobre todo, el mérito del hoy poco menos que ignorado humanista, a quien el Sr. Barrenechea evoca, analiza y exalta con entusiasmo generoso.

"SEMEADORES DA VIRTUDE"

Por BARROS FERREIRA

ESTOS "episodios de la vida de los santos", compuestos en lengua portuguesa por el literato brasileño Sr. Barros Ferreira, se distinguen, en especial, por la graciosa sencillez de su prosa, impregnada de tierno sentimiento poético. Se ve que más que el desarrollo anecdótico y detenido de los sucesos relatados, ha

seducido al escritor la posición superior, espiritual, de los seráficos personajes en que su pluma ha hallado un rico manantial de inspiración. Al proceder de esta suerte, aislando en cierto modo a los personajes centrales, ensimismados en sus pensamientos, dentro del fluir de la acción, ha obtenido repetidamente aciertos muy felices que se vierten en suaves pinceladas de delicadas tonalidades, en breves y gráficas expresiones, en matices de poliforme filiación.

Narraciones al margen de los grandes hechos, evocaciones de historia menuda, son las que forman este volumen del señor Barros Ferreira, y bajo la primera impresión parece que han sido trazadas con un propósito didáctico o meramente de aleccionamiento infantil. Esto justificaría en puridad el carácter ingenuo que en general revisiten y que responde muy apropiadamente a la índole de los trabajos en cuestión, carácter que, por otra parte, debe haber sido perseguido con porfía y que les añade un encanto más. Las conclusiones a que se llega siempre, leyendo los diez "episodios" que encierra "Semeadores da virtude", señalan una tendencia bien visible a exaltar las altas virtudes humanas, las pasiones nobles, el cultivo aristocrático del alma, corolario principal que, desde luego, no necesita encarecimiento.

Orientada, pues, en forma esencial la labor del Sr. Barros Ferreira hacia esa finalidad moral que le otorga una loable amplitud de miras, queda restringida, en cambio, en su aspecto exclusivamente literario. En lo que a esto atañe, su mérito mayor se encuentra en el delineamiento sobrio del estilo que, como indicábamos al principio de esta nota, trasunta una ternura simpática y cautivadora.

"DON MANUEL"

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

A figura prócer de Manuel González Prada, "Don Manuel", aparece evocada en este libro de L. A. Sánchez con todo su prestigio, toda su fuerza y toda su virilidad. El destacado intelectual peruano, que en su época supo ser caudillo y que en la actualidad adquiere el relieve de un precursor, ha encontrado en Sánchez, por razones de afinidad ideológica, no sólo a un exégeta devoto, si-

no a un biógrafo concienzudo y sincero, que revela en páginas vibrantes, animadas de un santo fervor idealista, pero también de un depurado rigor histórico, la vida de aquel apóstol del liberalismo peruano tan íntimamente vinculada con la historia misma del Perú en el último medio siglo. Para evocarla, don Luis Alberto Sánchez se remonta a las postrimerías del siglo XVIII con el fin de presentarnos al primer antepasado de "Don Manuel" que vino a América, abandonando su casa linajuda de la península. Nos conduce luego, a través de un relato vigoroso y animado, por la historia del Perú virreinal y luego independientemente, con la cual está estrechamente unida la historia de los González Prada, hasta llegar al biografiado, "Don Manuel", tercer hijo de una familia devota y tradicional que por un fenómeno ideológico muy común en América, surge de un medio francamente reaccionario y solemne y se lanza impetuoso por la senda de las nuevas ideas, para convertirse en el caudillo de esta ideología. Literato en su primera hora, "D. Manuel" desdeña pronto el "dandysmo" literario, tan en boga en su época, y convierte su pluma en un arma de combate. Incita a la juventud intelectual y la arrastra a la lucha política, que en aquellos días de organización nacional adquiere caracteres épicos, y su voz valiente, cálida y sincera tiene la virtud de influir decisivamente en su época. Batalla treinta, acaso cuarenta años, y todavía, en las postrimerías de su vida, siempre renovado, sabe rodearse de las nuevas generaciones y alentarlas con su palabra y su ejemplo, en una forma tan noble, tan idealista y tan elevada, que su muerte, lejos de acallar, hace que su nombre se convierta en bandera, que aun flamea como enseña gloriosa de la juventud peruana.

Esta vida fecunda y bella ha sido evocada por D. Luis Alberto Sánchez en las páginas de "Don Manuel". Con un estilo elegante y sobrio, el autor magnífico, si se quiere, la figura del biografiado, al presentarlo como el héroe de una novela en que no se sabe qué gustar más: si los episodios de la vida de González Prada, tan fecundos en belleza y en fuerza emotiva, o el relato del autor, graduado con experta mano de artifice, en que, sin exagerar la verdad ni desvirtuarla, sabe ofrecerla a través de sus facetas más puras y cautivadoras.

NOTICIAS LITERARIAS

■ ■ "La Revue de l'Amérique Latine", prosiguiendo su programa — uno de cuyos principales puntos es el de que sean mejor conocidas en Francia las literaturas de los países de la América latina —, acaba de obtener de la generosidad de un escritor argentino, el señor Sylla Monsegur, la fundación de un premio que contribuirá eficazmente a poner todos los años al alcance del público francés la traducción de una obra interesante de un autor hispano-americano.

El señor Sylla Monsegur, de quien el año último publicó "Le Livre Libre", de París, su obra "Méditations", traducida y acogida por la crítica francesa con los más lisonjeros elogios, ha decidido, en efecto, que el premio que acaba de fundar recompensará anualmente la mejor traducción francesa de una obra de literatura hispano-americana.

Este premio, que es de 10.000 francos, y que será otorgado durante un período de cinco años consecutivos, será atribuido por vez primera a fines del año 1931 por un jurado constituido en su mayoría por escritores france-

ses y comprendiendo asimismo algunos escritores hispano-americanos residentes en Francia.

La obra premiada podrá corresponder a cualquier género literario: novela, crítica, ensayo, historia, poesía, etc., y deberá haber sido publicada en español durante el año que habrá precedido a la concesión del premio.

Además de los 10.000 francos atribuidos al traductor de la obra premiada, el señor Monsegur pondrá a la disposición del autor la suma de otros 5000 francos para dar a conocer su libro en Francia.

El señor Monsegur ha confiado a la "Revue de l'Amérique Latine" la organización material de este concurso.

■ ■ Las ventas de manuscritos de grandes autores siguen en boga. En Londres, recientemente se adquirió, mediante 650 libras, el manuscrito de "Recessional", la famosa obra de Rudyard Kipling.

■ ■ ¡Vaya con los premios literarios!

El de "George Sand" — 10.000 francos — se ha concedido a la

señora Harlor, que para muchos era desconocida. No así para los que siguen atentamente el movimiento literario de estos tiempos. Porque la señora Harlor, que ha obtenido ese premio por "Arielle, campesina", tiene un pasado literario que la enaltece. Véase: "El triunfo de los vencidos", inspirado en la frase de Marco Aurelio "Vivir con los dioses"; "Tú eres mujer"; "Libertad, libertad querida" — primera parte de la frase amarga de madame Roland al ser conducida al suplicio y otras novelas. El sentido de sus obras inspirase constantemente en los contrastes, pero hay que hacer constar que en el fondo de su producción es nacionalista, de un nacionalismo sano, hasta cierto punto, pues se ve, no con antipatía, las luchas guerreras — cosa que en una mujer es más sensible, sobre todo porque las mujeres deben ser madres y las madres deben preferir las vidas de sus hijos a la muerte gloriosa en el campo de batalla. Claro es que hay la excepción. Y la excepción es la legítima defensa de los pueblos atacados por otros pueblos de presa. "Primo vivere".

LIBROS ESPAÑOLES AL PRECIO DE ESPAÑA

Toda clase de libros españoles, los enviamos por correo certificado seguidamente, cobrándolos al precio que los mismos marcan para España, garantizando que nuestros servicios son siempre de libros nuevos. Envíe cheque, giro o en forma que desee, con el importe de los libros que nos pida y los recibirá en dichas condiciones corriendo todos los gastos de envío por nuestra cuenta. Citamos algunas colecciones importantes:

- CERVANTES—Obras completas. Un volumen de 1953 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pts. **50.—**
- SHAKESPEARE — Obras completas. Un volumen de 2197 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, pesetas **50.—**
- SANTA TERESA DE JESUS — Obras completas. Un volumen de 1.400 páginas, editado a todo lujo, piel flexible, ptas. **40.—**
- GALDOS. EPISODIOS NACIONALES — 46 tomos en rústica, ptas. **138.—**
- BLASCO IBÁÑEZ — Obras completas. 37 tomos. En rústica, ptas. **185.—**
- RAMON PEREZ DE AYALA — Obras completas. 19 tomos. En rústica, ptas. **95.—**
- BENAVENTE — Teatro completo. 35 tomos. En rústica, ptas. **175.—**
- HERMANOS ALVAREZ QUINTERO — Teatro completo. 31 tomos. En rústica, ptas. **155.—**

Servimos en iguales condiciones cuantos libros desee, facilitando catálogos gratis. Nuestro crédito y organización garantizan nuestra sensacional oferta.

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

CARRETAS, 27-29. Apartado de Correos 1.003. MADRID (ESPAÑA)

MADRID PUBLICIDAD GEX ESPAÑA

LAS MIL Y UNA AVENTURAS

(Continuación de la pág. 28)

yor Almirón y yo. Una promiscuidad tal vez muy democrática, pero he de confesar que poco grata para el espíritu de selección de un poeta, barajó nuestras vidas con las de muchos, de cuyos nombres, para aprovechar la lección cervantesca, hago muy bien en no querer acordarme...

Tanto mi compañero de aljibe como yo no dejamos de tener a veces la oportunidad de extrañar — retorciendo el lirismo filosófico — "la soledad de dos en compañía". No fué el menor tormento para mí el de convivir con tantos, de gustos y costumbres distintos de los míos, en una obligada compañía capaz de despertar la preferencia por toda soledad.

Una monotonía desesperante me hacía conocer el efecto de una andanza sin fin por un desierto. Sólo venía a interrumpir la fatigosa sucesión de los instantes—que eran como los granos de un reloj de arena en que el desierto se volcase—tal cual noticia de la revolución, venida por los aires a caer como un guijarro giratorio en las aguas estancadas de mi espíritu.

A cada noticia que llegaba daba mi espíritu, así, un salto. La indignación me sacudía. Un grito de rebelión se anudaba en mi garganta. Dijérase que la monotonía del desierto era interrumpida por el rugido del león...

No es posible olvidar la primera visita que en la prisión se me permitió recibir: la de mis padres.

Mi padre se me apareció, erguido en su ancianidad, con los cabellos de algodón y las mejillas de manzana, no como siempre lleno de majestad tranquila, sino disimuladamente emocionado...

Había él acudido a quien fué su compañero de armas, ganando juntos los galones de capitán bajo las órdenes del Mariscal Castilla; y había acudido esperando en obtener, por la virtud de los recuerdos, mi libertad. —No se le soltará hasta que haya cambiado de piel como una serpiente...— Hubo de contestarle quien quería hacerme responsable de todo lo que contra él, no siempre decorosamente, se había publicado, sólo por ser yo el único, en verdad, que estaba preso, de cuantos en diversos tonos opusimos nuestra pluma a su espada. Tanto como a mi padre tal frase, silbante y venenosa a la manera del reptil a lo largo de las anilladas sílabas arrastrado, me dolería el que se me supusiera en actitud de cobrar una injusticia debida a desconocimiento apasionado por parte de quien no podía conocerme, ni podía dejar de apasionarse. La serpiente aludida no cambió de piel, sino que echó plumas, como la del símbolo azteca.

La disimulada emoción de mi padre me hizo apreciar más aun la entereza admirable de mi madre, cuando abriendo los negros y fulgurantes ojos me alargó entre las tenazas de sus férreos dedos vascos un retrato; y me dijo en voz alta: —Guarda este retrato para que no te olvides de quien tienes sangre en tus venas.

Era el retrato de D. Francisco Antonio de Zela, abuelo de mi padre; y de quien ya se sabe que estuvo también a punto de ser fusilado y murió en la prisión, por el delito de haber dado en Tacna el primer grito de Independencia del Perú.

Nunca el retrato de tal prócer hubo de parecerme mejor que en la oportunidad en que, ejemplarmente, lo recibí de manos de mi madre.

El hálito del amor no perfumó el aire oprimido de mi prisión.

Nunca sentí, en mi noche de

seis meses, vibrar sobre mí el pensamiento con que me acompañara, desde lejos, la ternura amorosa de una mujer.

La que huyó de mí al saber que yo la amaba no había de acompañarme con ningún pensamiento amoroso.

La que se fué, ignorando como tenía que ignorar mi mala suerte, no había de pensar tampoco en mí.

La que ni siquiera hubo de reparar en mi audaz interés por ella, menos aun.

La que pasó como una sombra, que yo perseguí en vano... tal vez.

Era un sueño de amor el único aleteo luminoso que rasgaba mi noche de seis meses.

Como no se trataba de una situación concluida, sino antes bien de una situación que se iniciaba — al margen de una amenaza de revolución —, la poesía de la larga aventura, lejos de ser de elegía, era de apóstrofe.

El tono en que mi corazón cantaba, en vez de ser de tristeza, era de cólera.

Si por fuerza había de resonar en mi prisión un canto de difuntos, no había de ser el "De profundis", sino el "Dies irae".

Viví mis "Iras Santas" dentro de la prisión con tanta sinceridad como antes; y si me daba cuenta de mi encierro era para amenazar a quienes me encerraban también con encarcelarlos en mis versos y ponerles como reja mi lira.

La mala salud del coronel Parra y la mía—como natural consecuencia de nuestro alojamiento en el aljibe—nos permitió ser trasladados, con algunos otros compañeros enfermos, al Hospital Militar de San Bartolomé de Lima.

Aquello me hizo la impresión de un tragaluz inesperado en la travesía de un túnel.

Las grandes mariposas blancas de las cofias alegraron los ojos de mi ya largo insomnio.

Serené mi espíritu en el aura de paz ultraterrestre, dentro de la que se movían las figuras ceremoniosas de las hermanas de caridad, como modeladas en cera—en cera mística—, animadas por un resorte misterioso y resguardadas bajo una urna de cristal.

Duró muy poco el oasis, que se escapó como un espejismo dentro de mis manos, cuando empezaba yo a paladear la dulzura de los primeros dátiles.

El coronel Parra, a quien hubo de dársele habitación alta con ventana a la calle, por motivo de sus frecuentes accesos de asma, ató sus sábanas y se descolgó por ellas una noche, escapándose hasta no aparecer sino con una espada en la mano en plena revolución.

En el vagón del tren en que el mayor Almirón y yo hicimos el viaje al Callao, que pudo concluir en nuestro fusilamiento y concluyó en nuestra fatigosa prisión, viajaba una agraciada muchacha de ojos cuyo color me fué siempre fatal.

Hícele a mi compañero la observación del caso; y aunque él se rió con todas las ganas de su incredulidad, hubo de sorprenderse al reconocer en ella a una viajera de ferrocarril con quien le había tocado ir, hacía pocos días, en un vagón que saltó de la vía, descarrilando, con muy serio peligro.

En la misma mañana en que se descubrió en el Hospital Militar la fuga del coronel Parra apareció no sé a qué por allí la misma agraciada, pero maléfica muchacha. Nos hablamos. Tuvo la galantería de asegurarme que había llorado mucho al saber mi aventura con la muerte; y me prometió volver al siguiente día, para conversar detenidamente conmigo. No fué posible que regresara a verme, porque a la

BRIDGE AUCTION O CONTRATO AMERICANO

LEON CASABAL



♠ 2	♥ A-K J-9 4-2	♦ 7-2	♣ A-Q J-4 3
-----	---------------------	-------	-------------------

CUANTOS y cuántos son los aficionados que prefieren jugar el Contrato Americano? En los Estados Unidos, país de donde proviene, están en minoría los que han adoptado este nuevo sistema de anotar y declarar. En los clubs ingleses se practican ambos juegos, pero también el Auction, con preferencia. En el continente europeo, y en Francia especialmente, se juega con preferencia el "Plafond", que es un contrato sin zona vulnerable. Entre nosotros el Contrato Americano está entrando...

♠ K-7-5 4	♥ 8-5	♦ K-Q-10 5-4	♣ 8-5
--------------	-------	-----------------	-------

do, pero con alguna resistencia, muy lógica, por cierto, como lo justificaré más adelante.

En los clubs de golf de todas partes, lugares típicos y habituales de grandes partidas de Bridge, se juega siempre con preferencia el Auction y, entre nosotros, el "Plafond". En los grandes vapores que viajan a Europa, donde se encuentran tantos entusiastas aficionados, siempre llega el momento de elegir la clase de Bridge que se jugará, y se termina prefiriendo el Auction.

Mis observaciones personales y lecturas y comentarios me llevan a las siguientes conclusiones:

- 1º. Que el Auction es el Bridge universal.
- 2º. Que el Plafond es el preferido en nuestros círculos sociales.
- 3º. Que el Contrato Americano está ganando adeptos, pero que todavía sólo es jugado por una pequeña minoría.

¿Cuál es el futuro del Contrato Americano? Hay algo que alarma y detiene a los aficionados, haciéndolos reflexionar, para adoptar este nuevo sistema de anotación: es el precio exorbitante con que se pagan los errores y fantasías.

En el reciente "test" match entre los mejores jugadores representantes de clubs ingleses y americanos se hizo palpable la diferencia de puntos que pueden resultar de malas interpretaciones de manos entre Auction y Contrato.

Jugando Contrato Americano en cuatro manos del juego los americanos ganaron una diferencia neta de cuatrocientos cuarenta puntos el primer día. En el último el team inglés ganó novecientos cincuenta puntos. Pero los americanos se habían asegurado una delantera decisiva el segundo día del match, con lo cual terminaron por ganar cuatro mil novecientos noventa puntos.

mediante me trasladaron violentamente otra vez a las mazmorras del Callao.

El tragaluz del túnel desapareció y siguió el curso de mi sueño sobresaltado, perforando las tinieblas de mi noche de seis meses.

Noche cuando se me abrieron las rejas y se me devolvió a mi hogar. Cuando el sol de la libertad hizo que su figura retórica brillara con

NORTE			
Score: Comienza el partido. Sur da las cartas. ¿Cómo debe desarrollarse el re-mate?			
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema.)			
SUR			

♠ A-Q J-9 3	♥	♦ A-3	♣ K-9 7-6 2
-------------------	---	-------	-------------------

Esta enorme diferencia entre dos teams compuestos por jugadores elegidos entre los mejores, y que juegan idénticas manos, logre darnos una vaga idea de lo que puede resultar la diferencia de puntos en un partido entre un jugador bueno y uno malo, con idéntica suerte, jugando Contrato Americano. Resulta muy significativo que en un partido entre dos teams calificados, cuyos errores, por su insignificancia, pasarían inadvertidos seguramente para la mayoría de los aficionados, se pueda llegar a una diferencia tan notable.

Y ésta es la razón de por qué teme la mayoría de los aficionados iniciarse en el Contrato Americano.

El nuevo sistema de anotación y el alto precio que devengan los errores no pueden sino favorecer al buen jugador.

En los clubs donde a menudo cuatro jugadores de fuerzas diferentes resuelven hacer una partida, el Auction es el mejor Bridge, por la sencilla razón de que es menos costoso y facilita las oportunidades de escapar barato de una mala declaración o de una falta en el juego.

Con todo esto, existen muchas personas (autores, entre ellos) que piensan que el Contrato Americano llegará a el viejo Bridge hace veinte años. Yo no lo creo. El siste-

reemplazar al Auction con el tiempo, como éste lo hizo con ma de anotación del Contrato Americano es arbitrario y caprichoso, sin razón de ser en determinadas situaciones, y es de esperar que muy pronto aparezca otro método más lógico. Hasta ahora el equilibrio y la lógica de la anotación del Auction no han sido superados.

Alguien me objetará que resulta obvio tratar las diferencias financieras de ambos Bridges cuando debe ser fácil equipararlos jugando más barato el Contrato. Ello, sin embargo, no puede resolver el problema para el jugador me-

♠ 10-8-6	♥ Q-10-7 6	♦ J-9-8 6	♣ 10
----------	---------------	--------------	------

diano de obtener una oportunidad de defensa equilibrada a la que tiene el buen jugador. La timidez, en ciertos momentos, cuesta carísima y la audacia inoportuna puede resultar desastrosa. Esos errores se pagan en una proporción fantástica en el Contrato Americano, proporción que no existe en el Auction.

Y aquí viene al caso otra pregunta.

¿Por qué dar una "chance" al jugador débil? Lo razonable debe ser que el bueno debe triunfar siempre. Si ésta es la lógica debe adoptarse el Contrato Americano. Pero esta lógica terminará matando un juego en el que no puede establecerse handicap y donde quiere eliminarse la emoción del azar. Los juegos más populares son esencialmente ilógicos, al menos los que tienen por fin la recreación del espíritu.

Los jugadores medianos no son siempre aprendices. A diario nos enfrentamos con aficionados que lo han practicado años y años y no han dejado de ser jugadores medianos. Para ellos la fuerza del Bridge reside en las buenas cartas y la variante del Contrato no les ha implicado una reforma de métodos en el procedimiento.

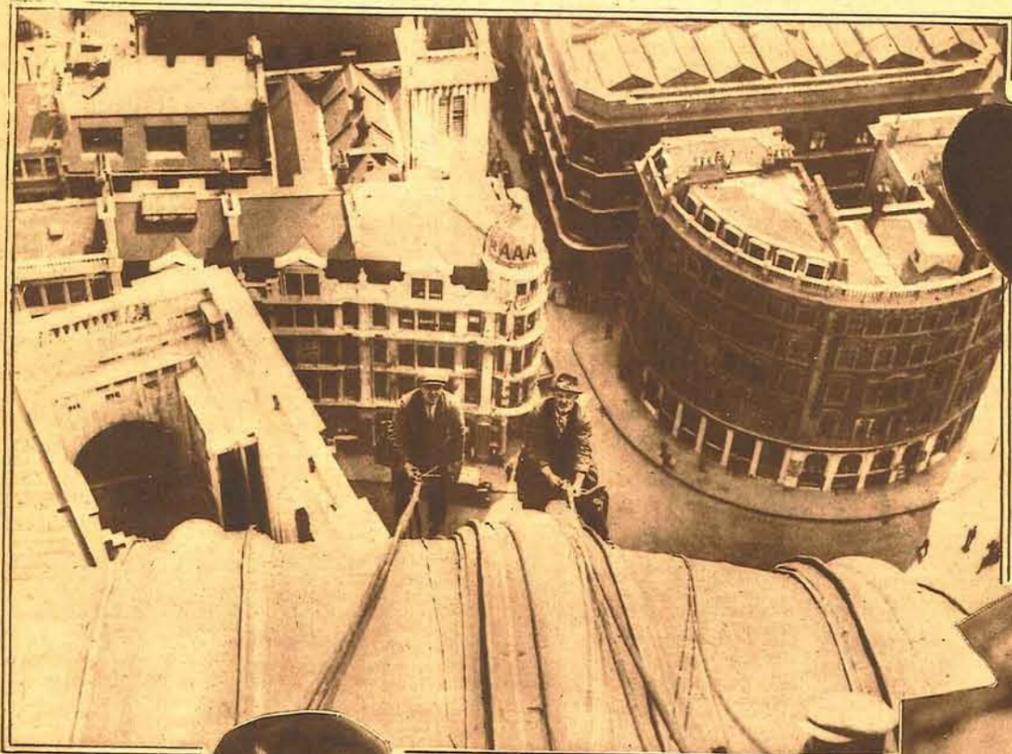
Un buen jugador que remata su mano haciéndole rendir el máximo exacto y que sabe doblar cuando los adversarios se desbordan ganará siempre se juegue Contrato, Plafond o Auction, pero ganará mucho más y más a menudo jugando Contrato.

Yo creo que el jugador modesto y razonable debe meditar y llegará a la conclusión de que el Contrato Americano no es un juego para él, y para comprobarlo yo lo invito a que se remita a la estadística de sus partidos perdidos y ganados; si en el Auction ganaba cuatro sobre diez, en el Contrato sólo conseguirá dos.

QUEMADURAS DE SOL USE PASTA VASENOL

toda elocuencia en la cotidiana realidad de mi vida, me sorprendió revolviéndome sin dormir en el lecho, con la imaginación avivada por todos los recuerdos de la prisión, que ejercía sobre mi espíritu la magnética atracción del abismo...

(Continuará)



Dos "alpinistas" de catedrales, oficio que requiere nervios bien templados y un absoluto desdén por el vértigo de las alturas, renovando la instalación de cables eléctricos en la Catedral de San Pablo de Londres.



Flora Fischer, linda vienesa que a los diez y ocho años de edad posee los campeonatos austriacos de Damas Amateurs de tennis, golf, salto, carreras a pie y tiro al blanco. Es también campeón de gimnasia.



La condesa Delfine Aversperg, campeona austriaca de polo, que últimamente formó parte de un equipo que actuó en Egipto.



Las manos que usan **JABÓN HENO DE PRAVIA**

adquieren finura y suavidad. Al verlas junto a las flores, no se sabe, a veces, cuándo la rosa empieza a ser mano y cuándo la mano deja de ser rosa.

\$ 0,70

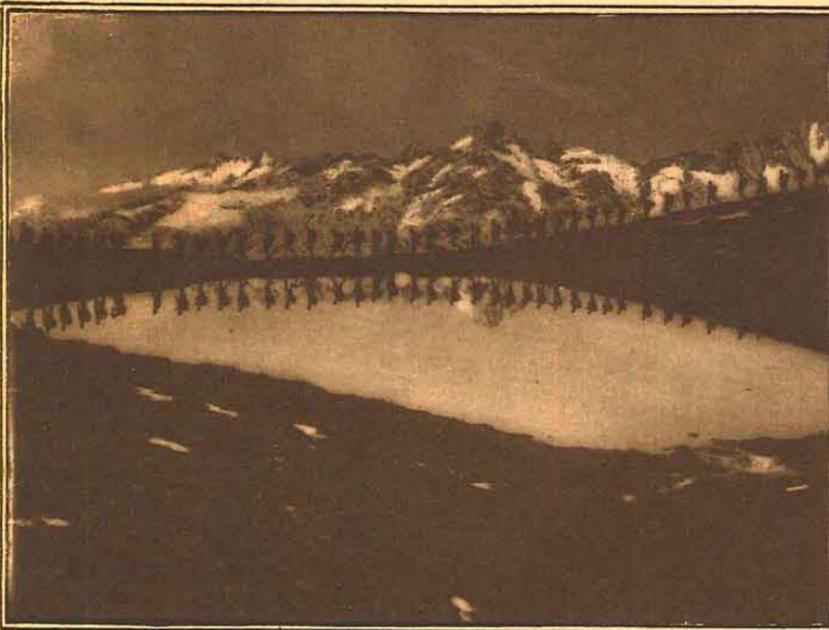
en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.





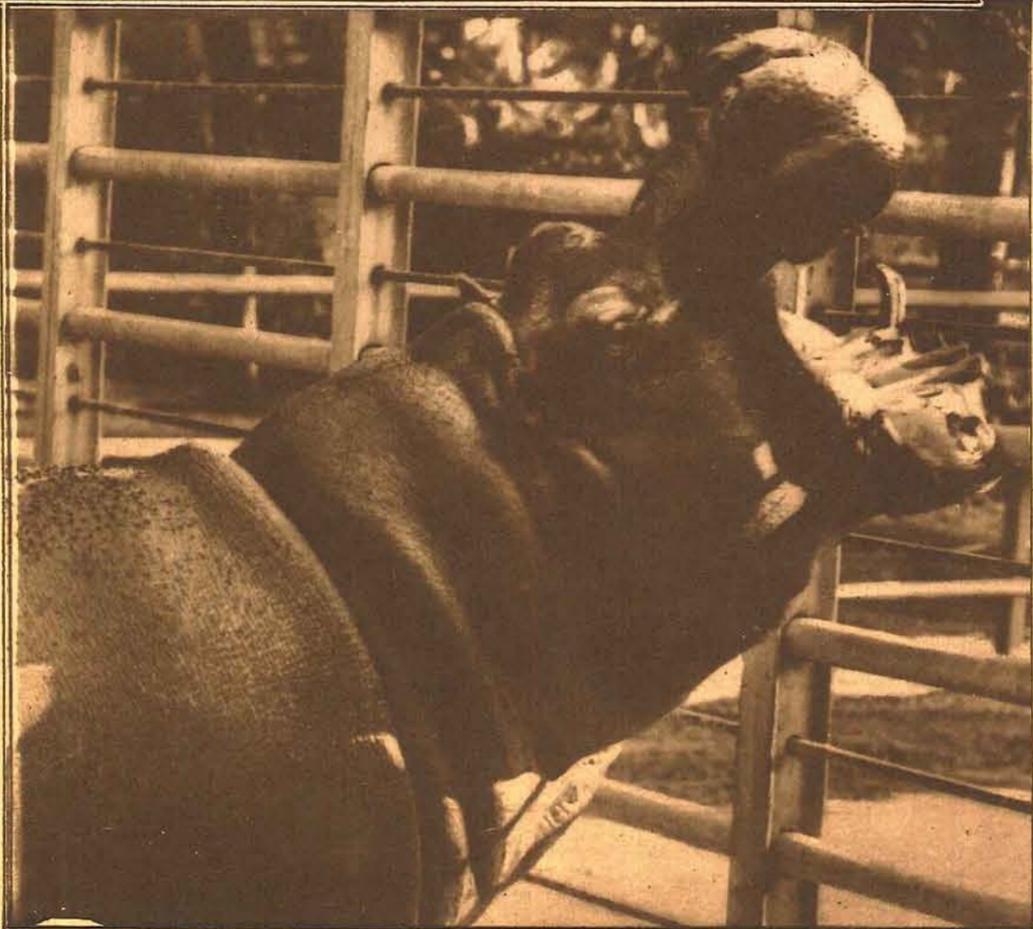
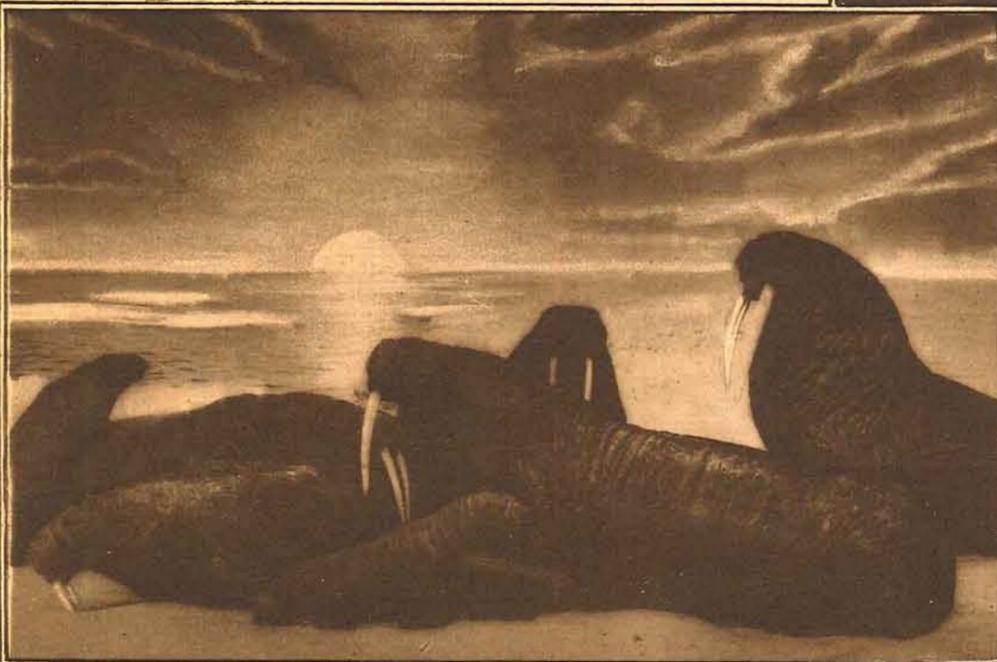
La imponente de los Alpes cubiertos de nieve y la superficie tranquila de un pequeño lago, han permitido a la máquina fotográfica obtener esta bella instantánea de una compañía de soldados suizos volviendo de maniobras en las montañas.



Grupo de focas cazadas en el Pacífico por los exploradores norteamericanos Bruce Thorne, de Chicago, y G. Graves, de Nueva York, últimamente exhibido a la curiosidad pública en el museo de la ciudad nombrada en primer término.



¿Algún nuevo baile?... No; simplemente una figura de gimnasia.



La "sonrisa" de uno de los hipopótamos del jardín zoológico de Palermo.

LUPE VELEZ

NO hay nada mejor que la Crema Hinds para conservar el cutis blanco, aterciopelado, juvenil. Desde los principios de mi carrera artística he venido usando la Crema Hinds para proteger mi cutis contra los rigores del clima frío de la ciudad de México y para conservarlo blanco bajo los ardientes rayos del sol de tierra caliente. No he encontrado otra crema que supere, ni siquiera que iguale, para ello, a la Crema Hinds.

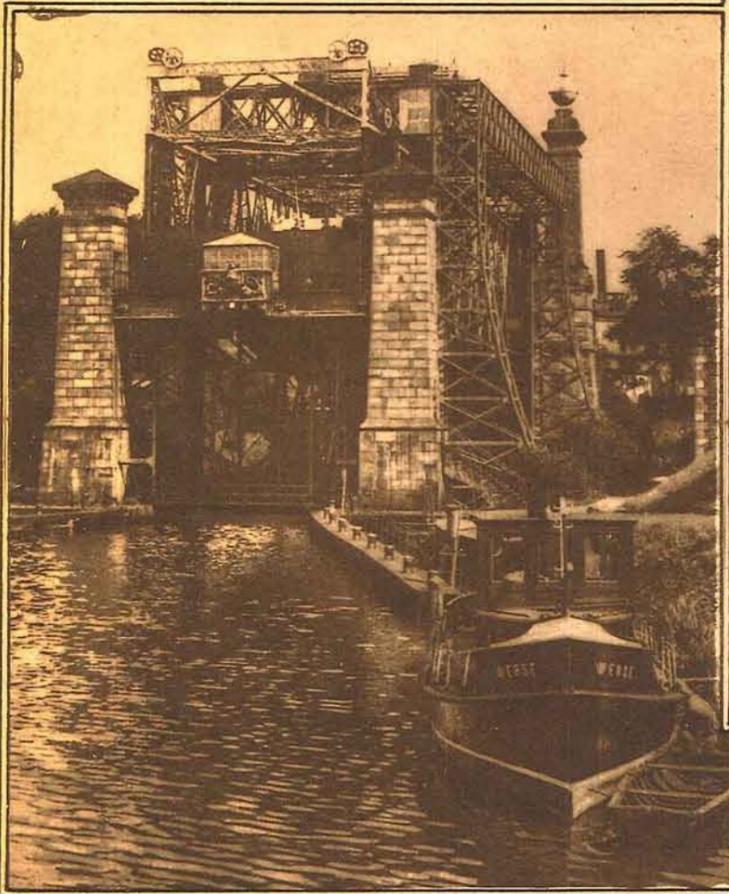
... Lupe Velez.

Es bien sabido que las inclemencias del tiempo aviejan el cutis despiadadamente. Medio siglo de uso ha comprobado la eficacia de la Crema Hinds para protegerlo contra el aire y el frío, el polvo y el sol, y para conservarlo deliciosamente blanco, fresco y juvenil. Un ensayo bastará para convencerla.



Pídala donde vendan artículos de tocador

CREMA HINDS



En un importante canal existente entre las ciudades de Berlin y Settin ha sido construido este gigantesco elevador para botes, cuya fuerza le permite subir hasta embarcaciones de 100 toneladas a una altura de 30 metros. Su costo ha sido aproximadamente de seis millones de dólares y para su construcción fueron ocupados prestigiosos ingenieros.

La iglesia de Sañogasta, en La Rioja. Une a la sencillez de su estructura su original campanario.



Las calles arboladas es una preocupación latente en los urbanistas norteamericanos, siendo características en muchas ciudades avenidas como la presente, que pertenece a Hollywood.



Calcetines Holeproof

pronúnciese "Jolpruf"



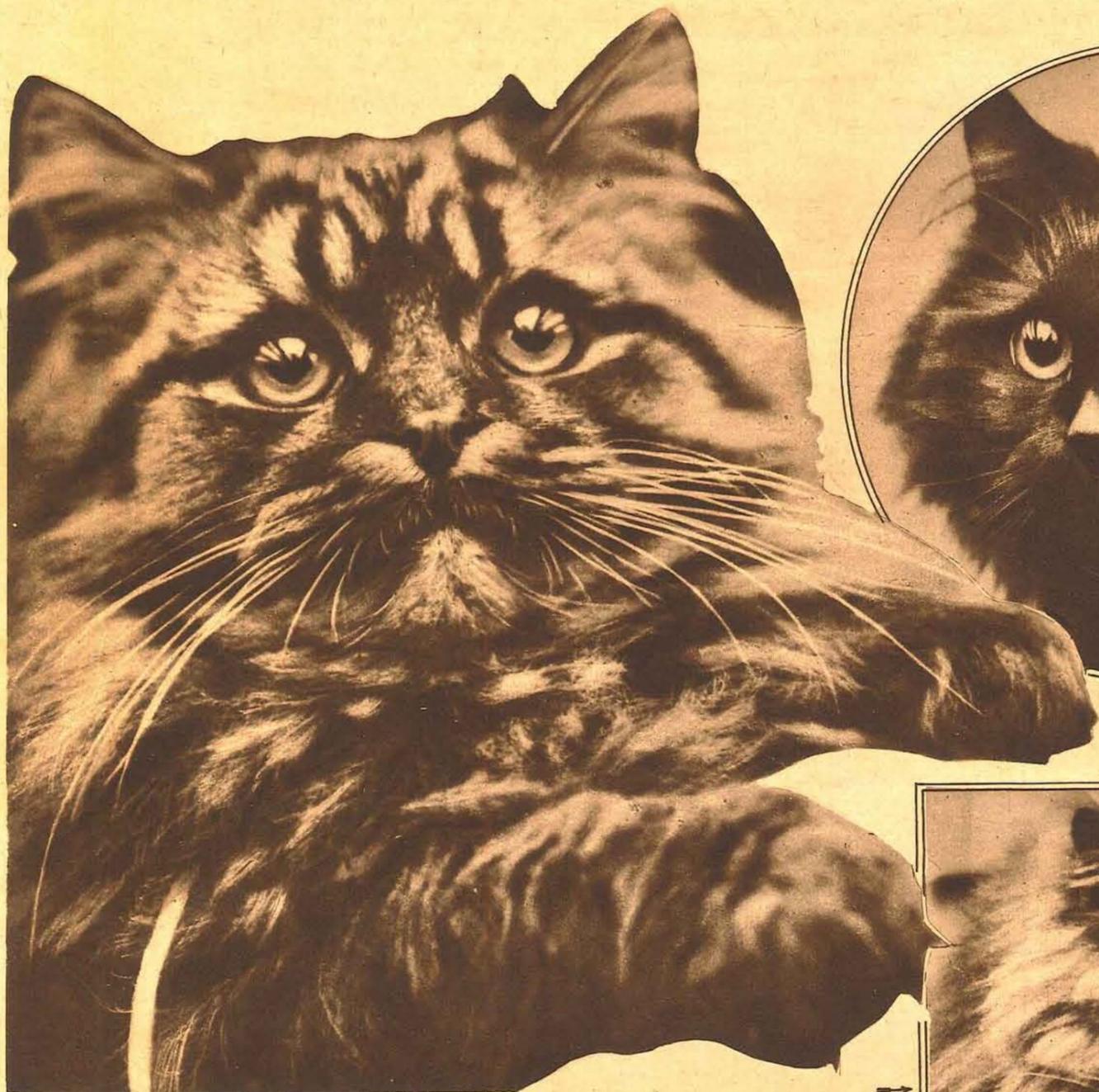
LOS Calcetines Holeproof son característicos del hombre elegante, porque completan su impecable apariencia. Y, además, duran de 3 a 4 veces más que otros.

Los Calcetines Holeproof son famosos en todo el mundo por su durabilidad. El refuerzo "Ex" triplica su resistencia en la puntera. Por eso duran tanto.

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255 - En Montevideo: PIZ-ZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734

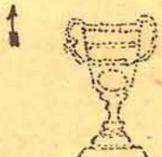


Las esposas de los ministros del Gabinete japonés reunidas para presenciar una demostración de planchado según un nuevo método que se aplica lo mismo a las ropas orientales que a las occidentales.

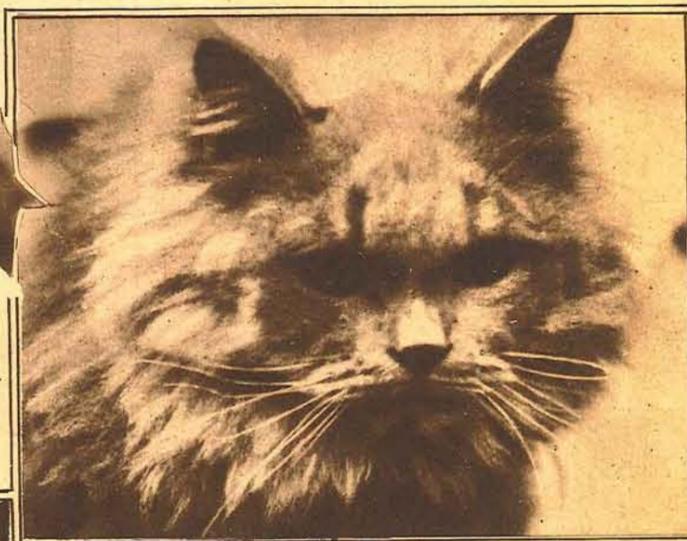


"La belleza de Hardley" se llama esta gata a la cual le fué otorgada una gran distinción en el mismo campeonato.

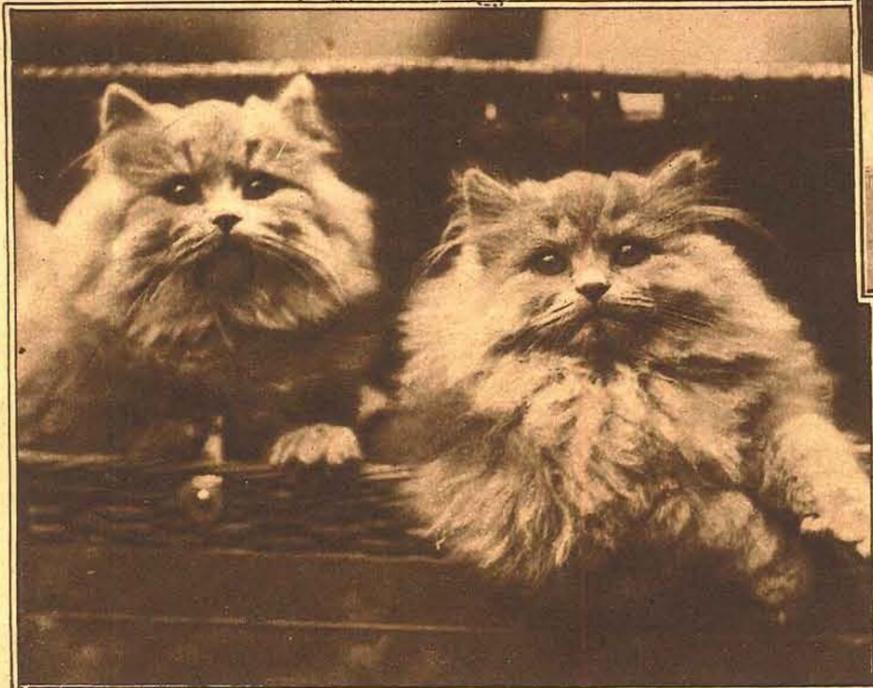
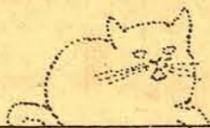
"El pequeño John", campeón Brown Tabby en el último certamen organizado por el Club Nacional de Gatos, en el Crystal Palace de Londres.



Propiedad de la señora Nathans es este campeón "Parkside Cream Tart".



CAMPEONES!



En la exposición internacional felina de París, efectuada bajo los auspicios del Club de Gatos, de París, fué exhibido "Rito", primer premio Persa Blanco.

La raza de los Persas Azules fué representada por estos dos animales que obtuvieron primeros premios en el Crystal Palace de Londres.

LAS PICADURAS DE INSECTOS

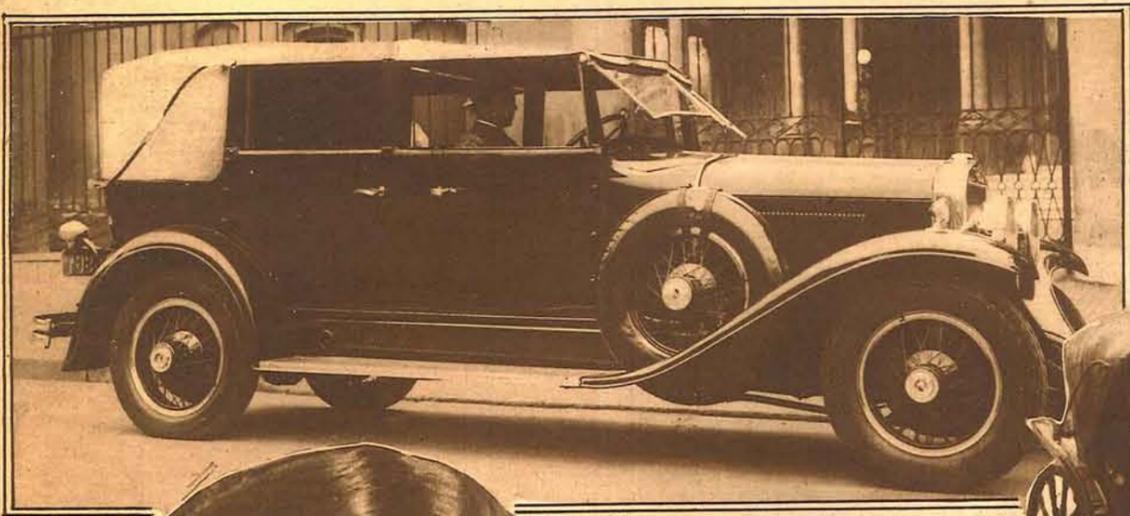
SE calman rápidamente con Iodex, que alivia la comezón y el dolor. Iodex tiene las mismas virtudes que el yodo, pero posee la ventaja adicional de no irritar ni manchar la piel.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.



IODEX

MENLEY & JAMES, LTD.
70 W. 40th St., Nueva York, E.U.A.



CONTRASTES PORTE-
ÑOS.—El "regio" automó-
vil particular y el "Mateo",
el popular "Mateo" que len-
tamente va desapareciendo
de las calles porteñas, "arra-
sado" por el progreso, for-
man un contraste acentua-
do en la vida diaria.



Eva Bartoschek, belleza ale-
mana de 19 años: "Miss
Berlín 1930".



«Es la
PUREZA DE SUNLIGHT
QUE HACE LA DIFERENCIA»



«He probado muchos jabones pero ninguno de ellos ha dado a mis ropas la hermosa blancura que proporciona el Sunlight. Así que usted vé que un jabón puro hace una diferencia, no es verdad? Además encuentro que mis prendas duran mucho más ahora que uso Sunlight, puesto que no hay ninguna sustancia química que eche a perder y quite el color de las telas.» Es por su maravillosa pureza que tantas mujeres prefieren el Sunlight. Ellas reconocen que no pueden esperar los mejores resultados de un jabón ordinario e impuro. Pero, con la rica y penetrante espuma del Jabón Sunlight, la ropa de la casa queda de una blancura inmaculada — las prendas de color conservan su belleza y frescura. Además, el empleo de Sunlight prolonga la duración de todo lo que se lava con él.

Busque la garantía de pureza de \$10,000 sobre cada pastilla de Sunlight.



Ni un gramo más, ni un gramo menos...



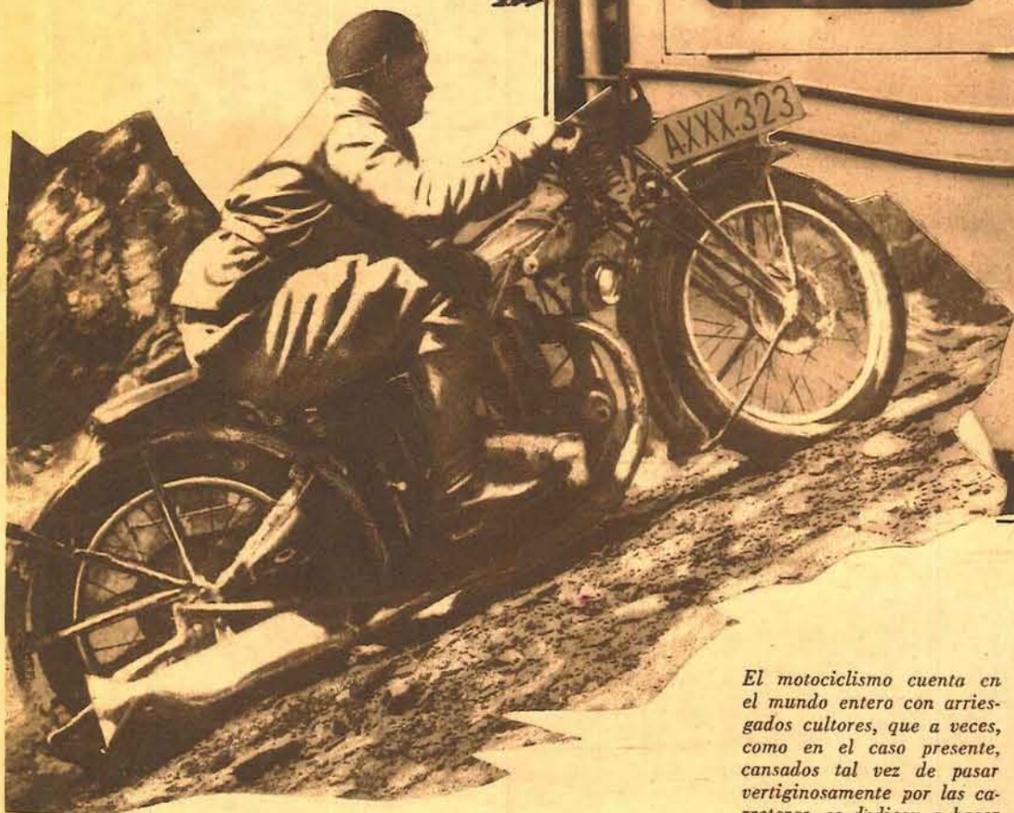
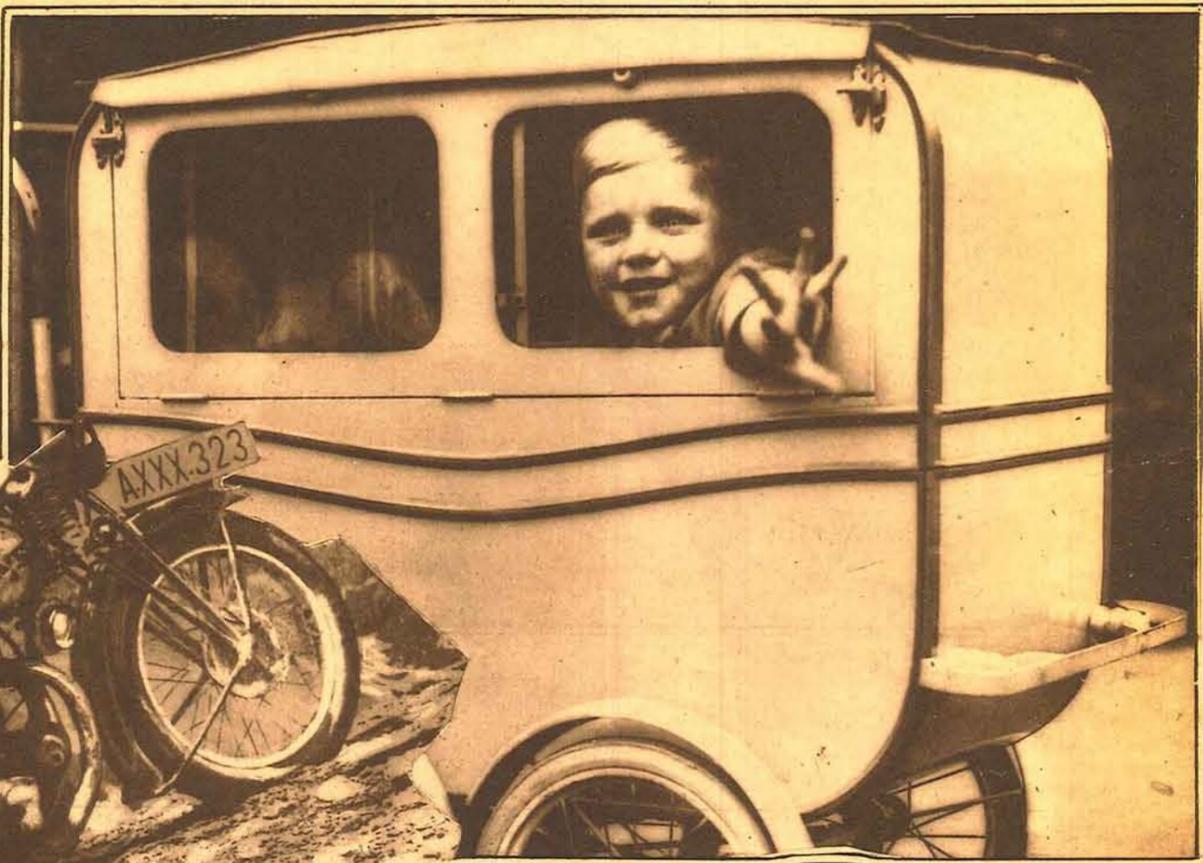
Jabon

Sunlight

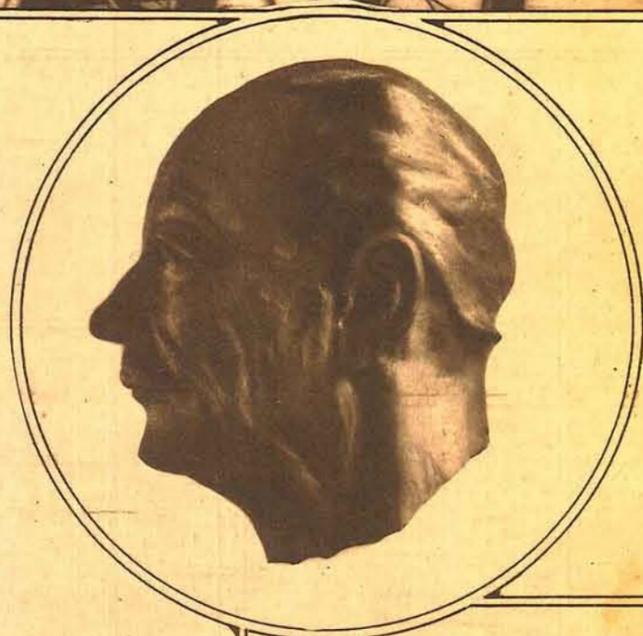
«En dos tamaños
—30 y 50 ctvs»



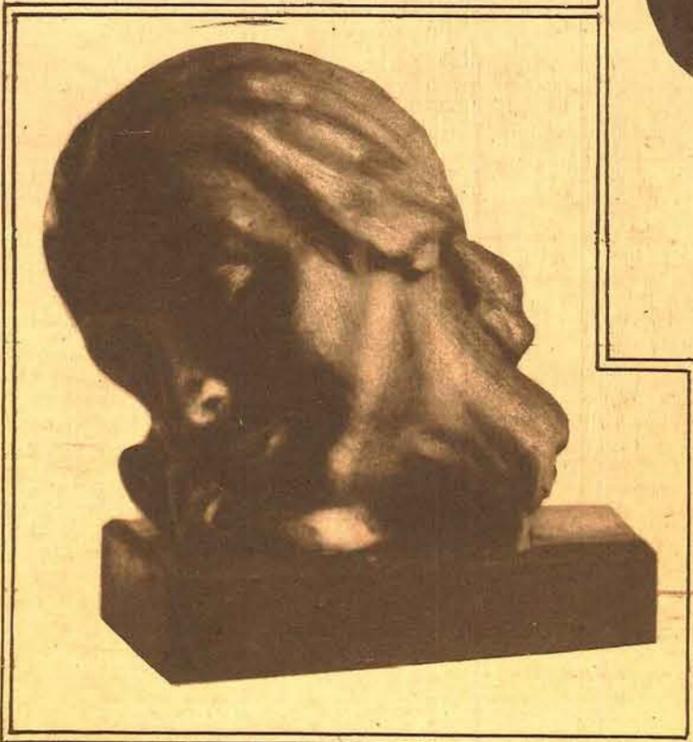
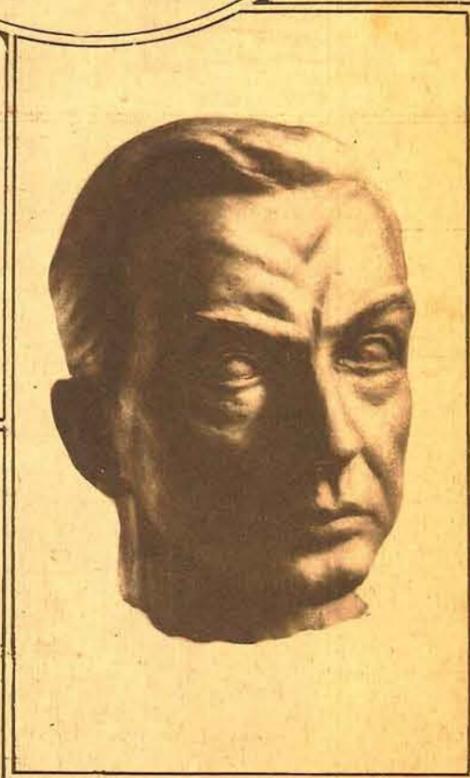
En la última exposición automovilística de Gran Bretaña fué exhibido este modelo de coche para chicos, ejecutado sobre las líneas de las carrocerías de los automóviles.



El motociclismo cuenta en el mundo entero con arriesgados cultores, que a veces, cansados tal vez de pasar vertiginosamente por las carreteras, se dedican a hacer alpinismo, aumentando con ello el riesgo de las caídas.



"Maquettes" de Octavio Perú.



Lo mejor para teñir.

Rechace imitaciones.



Vd. debe Vigilar la Buena Conservación de sus Dientes

Evite el uso de dentífricos ásperos, que destruyen el esmalte. En muchos dentífricos comunes se usan sustancias que actúan como esmeril. — Compare Vd. las ampliaciones del microscopio y podrá apreciar el valor de LA PASTA DENTAL ODOL. Como se notará la Pasta ODOL es de una consistencia finísima, que ni aún bajo el microscopio deja ver cristales con aristas ni cantos cortantes. Su valor como agente limpiador reside en su composición química, basada en la experiencia de 40 años de elaboración de artículos para la higiene bucal.

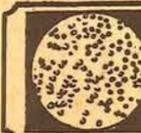
Quien quiera limpiar y cuidar concienzudamente su boca, manteniendo sanos sus dientes y perfumado su aliento, deberá usar diariamente Pasta ODOL, espumosa y de sabor sumamente agradable. — Si desea recibir gratis una muestra, solicítela a su proveedor o envíenos el cupón.



Nótese las sustancias ásperas y cortantes que contienen los dentífricos comunes.



Compárese la masa finísima y uniforme de la Pasta ODOL.



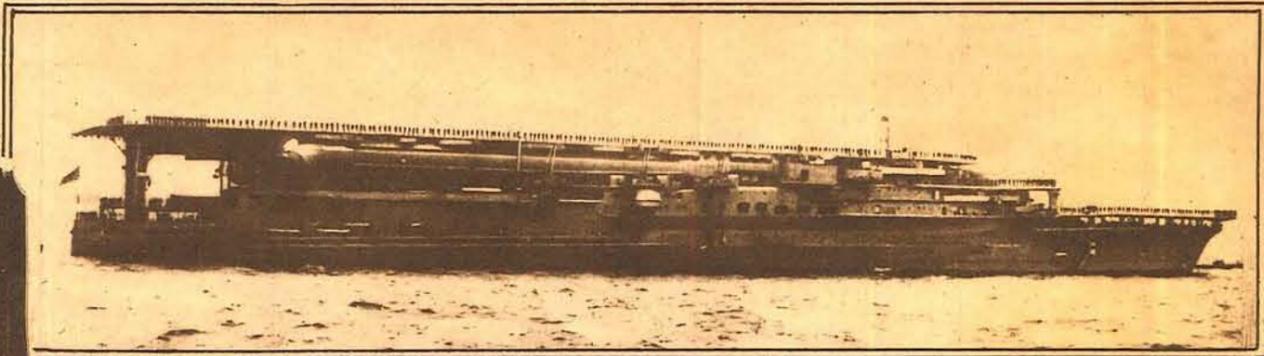
Usando a diario el ODOL líquido para gargarismo y enjuagatorio, Ud. destruye el 99% de las bacterias dañinas de la boca y garganta, evitando las caries y el mal aliento. — Frascos de ensayo se venden en todas las casas del ramo a \$ 0.30.—



Compañía ODOL, Oro 1801. B. As. Sírvanse enviarme una muestra gratis de Pasta ODOL.
Nombre.....
Dirección.....



La actriz cinematográfica Lillian Gish frente a su retrato ejecutado por Nicolai Fechin, artista ruso, y que ha sido avaluado en un millón de dólares.



Un portaaviones japonés de 26.000 toneladas, recientemente botado en la bahía de Kobe.



TEATRO ARGENTINO
BOLÍVARES 1408
U. Y. DE MAYO 4000
ADMINISTRACIÓN

Compañía Argentina dirigida por ARMANDO DISCÉPOLO

Buenos Aires, 20 Abril 1938

Crema de Oriente es un verdadero bálsamo para tonificar el cutis. Los resultados son inmediatos y contundentes. Por eso lo considero indispensable para todo tocador.

Berta Singerman



Berta Singerman

Doña Berta Singerman, la celebrada recitadora y primera actriz, cuya fotografía y carta autógrafa reproducimos, dice en ésta:

"Crema de Oriente es un verdadero bálsamo para tonificar el cutis. Los resultados son inmediatos y contundentes. Por eso lo considero indispensable para todo tocador."

Alisa las arrugas, borra las pecas, manchas cutáneas y aclara la piel

este tratamiento garantizado, popular entre las actrices

No es un cold-cream. No es un tónico para el cutis. Crema de Oriente Vindobona sobrepasa todo lo que usted pueda haber ensayado. Sus componentes son distintos; por eso son diferentes sus resultados también. Le traerá a usted un cutis blanco, liso y lozano.

— o le devolvemos el dinero.

Aplicada por la noche al acostarse, mediante fáciles masajes con la yema de los dedos, es absorbida rápidamente y rejuvenece las capas profundas de la piel. No la estira. Modifica su contextura, mejorándola, porque siendo vaso-constructora, le suministra los elementos vitales que la vida y los agentes exteriores le han robado. Con cada aplicación su cutis mejorará. Se reafirmarán las partes flácidas de la piel, y se borrarán aún las arrugas más pronunciadas — alrededor de los ojos, en el cuerpo, en la frente, junto a la boca.

Las opiniones de las más bellas actrices coinciden

"...no recomendaría tratamientos caros y complicados, sino revelaría simplemente un pequeño secreto de tocador muy mío: "Crema de Oriente Vindobona" aplicada profusamente todas las noches en el rostro, brazos, cuello y escote. ¿Por qué? Muy sencillo.

Porque es una crema capaz de construir un cutis nuevo, hermoso, perfecto aun donde antes hubiere uno deplorable.

AMELIA SENISTERRA."

"Tengo por norma, todas las noches antes de acostarme, hacerme una abundante aplicación de Crema de Oriente Vindobona en el rostro y brazos, y aconsejo hacer lo mismo a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro y limpio, siempre joven."

MARÍA ESTHER DE POMAR."

Rejuvenece la piel y la libra de todas las impurezas

La piel de usted se renueva de continuo. Las células, los vasos que componen la superficie actual de su cutis, morirán mañana mismo y serán reemplazados por otros nuevos. Al llegar los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona a las capas ocultas de la piel, intervienen en la elaboración del cutis que usted ostentará mañana. Aceleran su renovación. Apuran la expulsión de la piel marchita y con ella se van las pecas, los paños, las manchas cutáneas. Crema de Oriente Vindobona impide que esos defectos se reproduzcan en el cutis nuevo. No levanta la piel. Nadie se dará cuenta de que usted hace algo para mejorar su cutis. Día a día el espejo le señalará cómo éste rejuvenece y se aclara. Los barritos desaparecerán. Los poros se contraerán. La piel aparecerá más fina y transparente. Se borrarán de ella las huellas del sol y de los años. Las paspaduras sanan en seguida.

Los resultados son seguros y garantizados

La mayoría de las figuras importantes de la escena, día a día se aplican ese científico producto sobre la piel. La simpática Evita Franco dice por eso, con razón, que ha visto "casi milagros realizados con ella, borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas". La hermosa María Esther de Pomar aconseja a toda señora hacer aplicaciones de Crema de Oriente Vindobona por la noche, antes de acostarse. Es el tratamiento por el cual ella mantiene su piel lozana. Otro tanto podemos decir de Iris Marga, Berta Gangloff, Lucita Corvera, Blanca Podestá y muchas otras actrices más.

Los Laboratorios Vindobona, una de las más grandes Instituciones dedicadas a proporcionar a la mujer todo aquello que le ha de ser útil para acrecentar y conservar su juventud y belleza, le garantizan a usted un cutis claro, limpio y sin arrugas, con el uso de la Crema de Oriente Vindobona. Si no lo obtuviera, le devuelven íntegro el dinero gastado.

Adquiera su primer pote hoy, en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA Nº 8 — Piso 1º

(Venta atendida por señoritas)

BUENOS AIRES

Las casas de mayor prestigio también venden Crema de Oriente Vindobona:

Gath y Chaves
Casa Central y Sucursales
Farmacia Inglesa
Avda. de Mayo 900
Casa Arg. Scherrer
Suipacha 171
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano
En Montevideo:
Andes 1338, piso 2º

Franco Inglesa
Florida y Sarmiento
Farmacia Gibson
Florida 281
Farm. Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Tienda La Piedad
Cerrito y B. Mitre
En Mar del Plata:
(En todas las buenas farmacias)

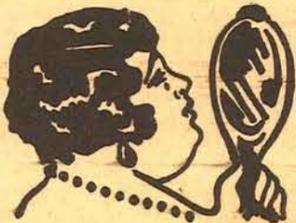
Pedidos del Interior se atienden en el día.
Folletos Gratis. Llene y envíe el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 63
Florida Nº 8 — Piso 1º — Buenos Aires

Sírvase remitirme folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

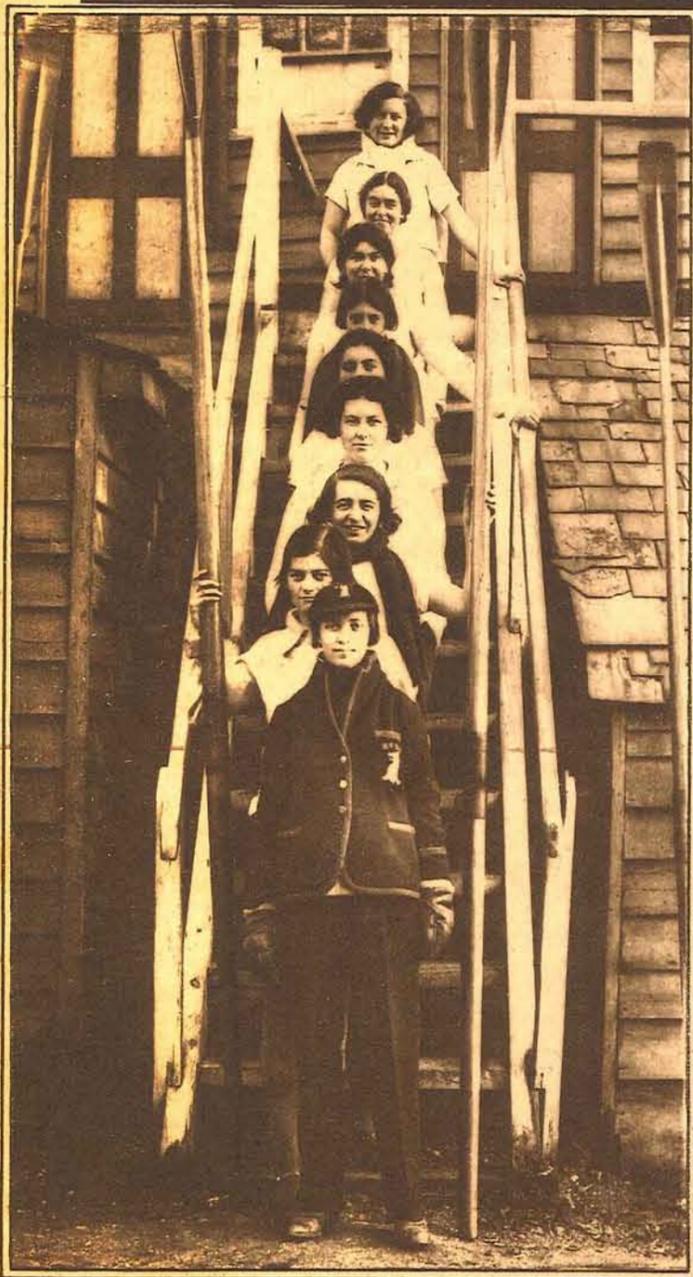
Nombre
Calle No.
Ciudad F. C.

ADELGACE, ADQUIERA UN CUERPO ESBELTO CON POMADA REDUCTORA SAROWAL



Esta pomada que se infiltra rápidamente, destruye los tejidos adiposos y las grasas y reduce las carnes. Es un hecho probado. Usted puede con Pomada Reductora Sarowal modelar su cuerpo, como modela un escultor sus obras maestras. Un ligero masaje con esa científica pomada y a los pocos días la papada desaparece; las caderas disminuyen, favoreciendo la silueta; los brazos, las piernas, los tobillos adelgazan hasta donde se desee. Pomada Reductora no mancha. Es saludable. Sus efectos son rápidos. Las casas más prestigiosas del ramo la recomiendan. Compre usted un pote hoy.

De venta en la Franco Inglesa, Sarmiento y Florida; Laboratorios Vindobona, Florida 8; Casa Arg. Scherrer, Suipacha 171 y en todas las casas importantes.



Team de remo femenino del Colegio de Newham que últimamente ha disputado varias regatas con elementos de la Universidad de Oxford y cuya actuación ha despertado elogiosos comentarios.



Mientras entre nosotros la gente busca las playas como diversión y desahogo en los días de fuerte calor, en Europa están en su apogeo los sports de invierno. En Suiza.



En esta otra fotografía tomada también en Suiza, se puede apreciar la belleza del paisaje blanqueados los techos y las montañas por la nieve.